

La Luna Árabe de Mike Blacksmith

-1-

Paisaje nocturno con botellazo

Había caído la noche sobre el bulevar y al trasluz de las farolas municipales, las sombras y las claridades formaban una tétrica composición. Bordeando los agostados jardines, no muy lejos del antiguo edificio de la Falange, caminaba un joven con pasos lentos, casi redondos, envolviéndose en cada uno de ellos con las punteras de sus botas cubanas. Su taconeo, descarnado e inquietante a nadie anunciaba nada.

El joven se apoyó contra una farola despintada y a su luz, la cabellera se le aureoló. Tenía un rostro afilado, duro y patilludo. Fumaba con gestos cansinos aunque no lo estaba, y entre bocanada y bocanada contemplaba sin otro afán el desierto bulevar. Metió luego la mano en uno de los bolsillos de su cazadora de negro cuero y sacó la postura [1] que acababa de pillar. La sopesó con gusto. Se la llevó a la nariz y la olisqueó por enésima vez. Tiró el cigarro y caminó hacia la avenida para buscar un tequi.

No tuvo que esperar mucho. Además conocía al taxista.

— ¿Qué pasa, tronco? ¿Dónde vas a estas horas?

— ¡Coño! ¡El taxista de los ojos aterciopelados! Pues iba para el centriri.

—Y yo a encerrar, pero siendo tu menda dónde quieras.

—Pues a Libertad.

— ¡A ver qué cae!, ¿no?

—Ya ha caído —y le enseñó la china de su comisión.

—Parece de buten.

—Sí, bichela [2] fetén, pero ya veremos.

La ciudad hacia rato que se había acostado y había pocos transeúntes, aunque todos escogidos para ser arropados por el manto de la Luna: estudiantes desvelados, macarras y sus putas, empleados del ayuntamiento regando las calles, guripas haciendo la ronda nocturna con la espalda quebrada por el correaaje, estupas, vagabundos, borrachos, viejecitas

¹ *Cierta cantidad de chocolate, hachís.*

² *Parece*

acurrucadas en los portales, chorizos en todas sus variantes: palanqueros, espadais, sirleros, butroneros. Y también los primeros punkis y otros idiotas.

—Adiós Jambo—se despidió el taxista al que había homenajeado, a su pesar, con un pellizco de la china. Sólo un par de canutos antes de empiltrarse.

El Jambo recorrió sin ninguna prisa los pocos metros que le separaban del pub. Era una costumbre inveterada suya esta de terminar lentamente los últimos pasos de todas sus citas. Debida fundamentalmente a que siempre llegaba pronto a todas ellas. Las causas, bien simples: pocas ocupaciones, mucho entusiasmo, y unas permanentes ganas de menear el rabo [³]. Para un tipo tan apaleado como el Jambo, esta viveza mental y corporal era sorprendente, pero cualquier observador interesado, colegía a las pocas de cambio, que el vallecano tenía bien asentada su vehemencia en una robustez a prueba de bomba y una experiencia en palos de palabra y de obra que se remontaba a la infancia. Iniciaba una temporada buena. Buenas perspectivas que decían los rojos. Había dejado el piso de Nueva Numancia para alojarse, nuevamente por la gracia del Perico, en el Comunín, con habitación propia y todo. Y lo mejor, el Rubio había vuelto de Barcelona, y aunque no dio explicaciones a nadie, a nadie le importó un carajo. El Rubio se acomodó en una habitación del Comunín y reanudó su vida de trompo, su militancia en el PCE y sus envidiables ligues con guiris, en los que estaba especializado, de mismo modo que Perico lo estaba en curritas y el Jambo en bichos raros.

Esta era la vida que al Jambo le gustaba. Vivir rodeado de comunistas, tener ligues ocasionales, sin entregarse mucho, eso decía al menos, y correr lances interesantes contra Franco, siempre contra Franco. Aunque la guerra se había puesto un poco jodida desde que salió de Carabanchel y desde que aquel extraño secreta de la madám le tundiera el cuerpo a culatazos de pusca para luego dejarle libre. Las puñadas de Garcés habían cicatrizado, y aunque Perico decía que el tomo [⁴] del Jambo era como los bosques del Canadá, (muy espeso, pero lleno de calvas), algo ignoto crecía en el corazón del vallecano. Él no lo sabía todavía, pero allí estaba creciendo, lenta pero inexorablemente. Era miedo, miedo que se tejía en sus órganos y que el Jambo no hubiera nunca reconocido como suyo.

Pero esta noche no era el caso. Esta noche se lo hacía de facilón, pasar por un duro macarra barriobajero, aunque con rojas tonalidades por su condición de obrero, y brillos

³ *El otro.*

⁴ *Pelo, cabellera.*

radicales por las compañías que le gustaban. Y es que, como el Rubio decía, de tanto currarse la página, bordaba el papelón. Además, lo de rojo y radical, lo era por la sangre. Hijo de perdedores que no sólo perdieron en la contienda civil, la propia guerra, sino también la hacienda. Perdedores empobrecidos, humillados, masacrados y saqueados. Y la diferencia entre ser y parecer cuando uno es pobre, rojo, y trabaja en la construcción, aunque se tenga un marcado toque revolucionario, es muy fina, es, a veces, indistinguible. Y además, ¡qué importancia tiene eso! En cualquier caso, aquella noche, el Jambo iba sólo, llevaba costo de encargo, y se dirigía, desde Vallecas, al centro, afán de los afanes de todo enrollado. Tres circunstancias para, como ya hemos dicho, currarse la página con interna alegría y dureza, mucha dureza de puertas afuera. ¡Chachipén, colegas!

El pub estaba concurrido. Le pidió una cerveza a la camarera, aquella camarera cargada de historias y de ojeras. Se apoyó en la barra indolentemente y esperó la llegada de sus amigos, o quizá clientes, a quienes iba destinada la postura. Veinticinco gramitos.

Para el Jambo, esperar era la cosa más insufrible del mundo, precisamente porque se pasaba la vida haciéndolo. Tías, compañeros, troncos, todo el mundo llegaba tarde. Esta vez tuvo suerte. Antonio apareció enseguida. Venía acompañado por una chica. Esto último le daba color al cotarro.

— ¿Pillaste [⁵]? —le preguntó el recién llegado, currante de Artes Gráficas y al que conocía de la guerra, es decir, de la política, o quizá de Comisiones.

—Sí. Nos sentamos ahí y te lo enseñó.

Buscaron un lugar recogido y le mostró la postura. A Antonio le parecía muy poco, que aquello no daba veinticinco gramos ni loco. Tenía razón y por tanto el Jambo se mosqueó.

— ¡Pues la próxima te lo pillas tú!

—Bueno, vale —y disimuladamente le pagó—. ¿Cuánto te has quedado?

—Me tengo que buscar la vida, ¿no? —se defendió el Jambo, que sacaba en claro la china que había enseñado al taxista.

—Cuando oigo decir eso de que me tengo que buscar la vida —dijo Antonio con cara de resignación—, sé que me están tangando [⁶].

⁵ *Pillar es sinónimo de adquirir. Se usa principalmente para comprar chocolate, costo, hachís.*

⁶ *Estafando.*

Puede que en otro sitio el Jambo se hubiera apiadado de su conocido, puede, pero allí, en el lugar donde la basca menos descansaba de sus papelones, no iba el vallecano a asinar canrea: [7]

— ¡Venga hombre! Me vas a hacer llorar.

—Bueno, es igual —se resignó el currante de Artes Gráficas.

El Jambo cambió de táctica. En realidad era por la tía que venía con Antonio.

—Os invito a un par de canutos y en paz. Además..., es lo suyo, tronco, las molestias.

La acompañante de Antonio estaba fuera de lugar allí. Era una chica guapa de ojos claros que vestía bien. De esas guapas a la primera mirada y a las que los ojos nunca se cansan de ver. Una belleza llena de alma, es decir de inteligencia. Les miraba sin intervenir.

— ¿Dónde nos lo hacemos? —quiso saber el Jambo.

En ningún sitio —cortó Antonio que también era un rato largo—, dame un pellizco de lo que te has quedado y nos largamos.

— ¡Qué mal rollo tienes, tronco! —le espetó el Jambo que no estaba dispuesto a enseñar la china por nada del mundo, y siguió:

—Ahora va a parecer que soy un flai [8]..., un manguí [9].

—No hombre, no, es que tenemos prisa.

—Sí. Hemos quedado —terció la chica. Y pese al esfuerzo que le supuso intervenir en la discusión, lo hizo con una voz suave pero firme. Una voz que hubiera entonado en cualquier lugar del mundo, bien fruncida con sus ojos grises, casi casi, azules.

Semejante composición arruinó las "perspectivas" que pudiera tener el Jambo para la noche. Belleza, clase, firmeza al hablar, ojos cargados de fuerza, maneras educadas, ropa fina. Imposible que cupiera en cualquiera de las canciones de maldito rock duro vallecano que él conociera. Y cuando una mujer, por muy hermosa que sea, no cabe en tu música, puerta, colega.

⁷ Tener compasión.

⁸ Mal tipo.

⁹ Chorizo. Aquí se usa como mala persona.

—Pues aire... —fue la seca respuesta del Jambo. Por tanto, se hizo el duro y el ofendido. Coincidiendo a pie juntillas con lo que hacen todos los camellos cuando con el debido respeto y sin ánimo de faltar, se les señala educadamente que nos están estafando.

No sin cierta tensión, la pareja se fue justamente cuando se acercó la camarera.

—Ya nada —le contestó el Jambo a la pregunta de qué iban a tomar.

—No hubo bisnes [¹⁰], ¿eh? —dijo la bella y misteriosa empleada con una sonrisa mordaz.

—Aquí no hay más negocio que el vuestro, titi —le cortó. En estas cosas el Jambo no necesitaba ser un experto. Las ojeras de la empleada no eran debidas a su mala salud, sino a las sustancias que se metía en el cuerpo cuando las piernas flaqueaban tras horas y horas de aguantar capullos chistosos, estudiantes de descuidadas y alegres manos, sebosos oficinistas desnortados, y otras faunas grandemente hambrientas de las historias que las grandes ojeras y las no menos grandes dotaciones de la camarera, prometían.

—Tranquilo —le respondió nuestra momentánea protagonista.

—Cóbrame la garimba [¹¹] que me voy.

Hacía frío. El Jambo se subió las solapas de la cazadora y cerró la cremallera. Bueno..., se dijo, cómo estropear una noche sin ni siquiera empezarla.

—Hay que joderse —se recriminó. Luego se lió un canuto según los cánones no ha mucho aprendidos y se sentó a fumarlo en la acera. ¡A ver si se le pasaba el mosqueo! Cuando estuvo completamente enervado, se dio una vuelta por la zona. No por nada, por mirar un poco. Terminó en un pub de la calle Barbieri.

Estaba tomándose una cerveza y sopesando si se iba a dormir cuando los vio sentados y en animada conversación. Antonio y su acompañante y nadie más.

— ¡Qué mendas! —susurró con desprecio. Y en vez de tratar de amigarse, que es lo que deseaba, se dejó llevar por las ganas de armarla. Y les clavó su famosa mirada que mata.

Finalmente le vieron. Otra cosa era imposible. Pero Antonio no se amilanó. Se echó a reír y con gestos de fingidas circunstancias le invitó a sentarse con ellos. El Jambo rehusó con un ademán esquivo.

¹⁰ *Negocio.*

¹¹ *Cerveza en el argot carcelario.*

Ella cruzaba las piernas dejando admirar a la concurrencia el principio de sus bellos muslos. Tenía un cigarrillo encendido y movía la mano con elegantes maneras de fumadora. Hablaban entre ellos, pero Antonio, que no quería perder el contacto con su proveedor y que estaba muy desinhibido, se decidió a acercarse al Jambo para limar asperezas.

—Tronco, siéntate con nosotros. Ya sé que me he enrollado mal, pero..., ahora me desenrollo, ¿eh? —y le sonrió con picardía y con su natural forma de ridiculizar el lenguaje macarrilla.

Lo que verdaderamente animó al Jambo a aceptar fue aquel relumbrante par de piernas que de medio muslo hasta el zapato gritaban y gritaban: imirad que par!

Estaba claro que ya se habían fumado algún canuto porque tenían los ojos brillantes y estaban muy ocurrentes, que es, mayormente, para lo que fumaban canutos los intelectuales del rojerío. Aunque Antonio, como el Jambo, sólo quería ligarse a la chica, pero por lo fino.

El Jambo se moría de ganas de decir algo. Algo más que ¡Hug!, o yo Tarzán, tú Jane. Y así, sentado a su mesa, viendo y oyendo como Antonio se las daba de yo que sé, porque no entendía nada de lo que decía pues entre otras cosas hablaban de política, pero de una política muy rara, que venía en libros que el vallecano no leía, y que no trataba de la Guerra Civil, ni de obreros, ni de nada parecido, y que al Jambo le resbalaba un poco, sinceramente, ese tal Marcuse y otro nombrado que sonaba a Reich y que según oía había encontrado la verdadera función del orgasmo solucionando el por qué se follaba tan poco y tan mal. Y por ello, la nada se apoderó de la faz de vallecano y ni siquiera atusándose el pelo le cogió tono la expresión de convidado de piedra, aunque la piedra fuera de hachís.

Un rato después, los animados contertulios le dieron un repaso a la situación política. Aquí quiso el Jambo intervenir, a fin de cuentas, en esa guerra estaba también él, pero el calibre de la oratoria de Antonio y la teórica sabiduría de su pareja, le impidieron de nuevo demostrar que él era algo más que un casual camello malhumorado. Volvió a atusarse el pelo, se dio tres largos tragos, encendió un celtas emboquillado, pero nada, nada para llenar tanta ausencia.

Decidió cambiar de táctica. Desde su obligado puesto de observador hizo eso mismo en la persona de ella tratando de adivinar lo que había debajo del ajustado suéter y los insondables misterios que corrían más allá del principio de sus muslos. Era un truco que le había enseñado el Rubio, el más afamado ligón de todos sus conocidos. Un truco para desesperados. Lo último antes de irse a casa con el rabo entre las piernas —y digo bien—,

pero con la cabeza muy alta. Y así siguió, primero disimuladamente y luego con descaro, hasta que sus acompañantes se dieron perfecta cuenta y empezaron a sentirse molestos.

—Parece que nunca hubieras visto una mujer —le espetó ella muy seria.

—En las películas —respondió, y sin poderlo remediar soltó una estúpida risita. Antonio se sonrió por compromiso y se dijo que era hora de librarse del vallecano.

—Bueno, muchacho —dijo—, nosotros nos vamos...

—Eso dijiste antes.

El Jambo supo que tenía una mala noche. Siempre se da alguna en cada semana, pero esta era especial. No todas se conocen mujeres así. Y como viera que se levantaban para irse quiso aclarar que:

—Creo que me habéis tomado por lo que no soy.

Antonio se encogió de hombros, ella ni se dignó mirarle mientras aplastaba el cigarrillo con decisión. El vallecano disparó entonces su último cartucho:

—Y en cuanto a ti —y aquí se dirigió a ella—, me hubiera gustado conocerte en otras circunstancias...

—No lo dudo —le respondió la chica, relamiéndose de gusto por el corte.

El Jambo pareció encajarlo bien. No movió un músculo. El papelón es el palelón, pero en el pecho le rugía un tigre despechado.

—Hasta otra, chaval, nos veremos —se despidió Antonio tratando de aparentar que no le guardaba rencor.

Una hora después, caminando en dirección a Vallecas, el Jambo seguía dándole vueltas al asunto. La verdad es que la tipa le había impresionado. No se puede hacer de un par de horas una historia, se recriminaba. Probablemente no volverás a verla en tu vida, pero como estás más solo que la una haces un jarillón ^[12], una película. Y es que en el fondo eres un peliculero. Y se cagó en sus mismos muertos y le dio una patada a una papelera. Que le dieran cortes le ponía muy agresivo. Sí. Los vallecanos tienen la estima muy fina y no les gusta que les vacilen excepto con una guitarra eléctrica.

Se metió en un bar cerca del Puente. Tenía gusa, hambre, y a todo el mundo le viene bien un bocata de vez en cuando. Pidió uno de jamón y una caña. La barra estaba casi vacía. Un

¹² De jari, asunto. Aquí se usa para señalar exageración.

grupo de punkis —adelantados de su época— matando el hambre. Le largaron algunas miradas hostiles, no por nada, simplemente por currarse también el papelón. Destacaba una tía de abundantes carnes que llevaba unos leotardos ajustados que le hacían parecer bailarina o algo así. Ella le miró desafiante pero al Jambo le importó un bledo, incluso si se hubiera quitado los leotardos allí mismo, lo que no era ápice para una pequeña pero amarga reflexión. Y no era la primera vez: cada vez había más idiotas. Sí, claro. Todos estamos contra Franco. Hasta los idiotas [¹³].

El Jambo pidió otra caña y luego otra más y luego perdió la cuenta. A cada cierto tiempo, del grupo de punkis desaparecía uno camino del servicio que era relevado rápidamente por otro. Supuso que se estaban dando un chute. Y según esto ocurría aumentaban sus gritos y sus ademanes agresivos. Lo que fuera que se estaban metiendo era muy bronquista, aunque a él le tenía sin cuidado. En una de las miradas que les dirigió, la tía se le plantó con ganas de jarana:

— ¿Qué miras tú?

Tuvo por un momento deseos de pasar, de marcharse, salir de naja y se acabó. Sin embargo, todo el odio que en el fondo les tenía le vino a la boca en su contestación:

— ¡Achanta la mui [¹⁴], hija de puta!

Y puso su gran puño obrero cerca de las narices de la jai para que viera que como ese tenía otro más y que estaba muy cabreado para aguantar tías con leotardos que no fueran de primaria.

Sus compinches dudaron un momento antes de abalanzarse sobre él. Pudo derribar al primero de un puñetazo, aún colocó una patada a otro de ellos, pero habían sacado sus cadenas y el primer cadenazo le cayó en el hombro dejándole privado de toda fuerza. Otro punki le dio con una botella en la cabeza. Después le dejaron tirado junto al mostrador y se marcharon. Aún estaban aprendiendo a ser malos chicos

El camarero le ayudó a levantarse. Tenía una buena brecha en el nacimiento del pelo, iotra más! Afortunadamente, las botellas de cerveza de un tercio no suelen romperse contra la cabeza. Se lavó la sangre en los servicios. En el suelo, junto al retrete, había una jeringa

¹³ *Nada contra los punkis, era cosa del Jambo.*

¹⁴ *¡Cállate!*

desechable. El Jambo no las había visto nunca. La aguja también estaba manchada de sangre.

No siguió los consejos del camarero que le indicó la cercanía de una casa de socorro. Apretándose la frente con un pañuelo y tras largo caminar llegó al Comunín. Despertó a Perico, quién además de tener la costumbre de curarle y darle un par de puntos propuso una razia en tropel de comuneros para ver si los encontraban. Pero el Jambo sólo quería meterse en la cama.

Antes de dormir, se sintió deprimido, casi iracundo, que era la forma en que los malos momentos se manifestaban en él. Iracundo contra Antonio, contra su bella amiga, y contra él mismo, por no haber sabido presentarse como otra cosa que no fuera un estúpido macarra. Estas historietas nunca terminaban bien. Las pajas mentales, como decía el Perico, sí que son dañinas, ¡y no las otras!

Y es que el Jambo padecía desde siempre una absoluta falta de reconocimiento propio. En el fondo de todas sus aventuras yacía siempre el no ser quien representaba. Y el papelón de hoy, pese a que lo bordaba, no era el mejor. Claro que él no quería un papel de imbécil, pero siempre se le dieron muy bien...

-2-

De cómo los grises hacen del Jambo un héroe

El Rubio se estaba duchando entre el fragor del agua siempre tibia y su atronadora voz escasamente afinada. Se estaba maqueando de lo lindo, había quedado con la americana, su último ligue, y quería causarle la misma buena impresión que hasta la presente. ¡Ingenuo!

Para ello se había afeitado a conciencia y se había lavado la cabeza con un champú que le había mangado a otro comunero. El Jambo también estaba en el ajo. A cambio de prestarle al Rubio su mejor cazadora, éste le había pedido a su novia americana que se llevara otra amiga guiri, de forma que estaban citados con ellas en Atocha. Esto, en cierto modo, tenía molesto al Rubio, poco amigo de compartir nada que tuviera que ver con mujeres, aunque fuesen las amigas de una amiga, pero la cazadora le sentaba fetén, el Jambo era su muy amado tronco y todo tiene un precio en la vida. Así es que el Jambo también se acicalaba frente al espejo tratando de ordenar su pelo ya un poco largo y de disimular en lo posible la fea cicatriz a medio curar que le había quedado de su bronca nocturna. De este asunto hubo de dar algunas explicaciones en el Común, donde la vida de cada comunero era un poco la vida de todos, pero en un lugar donde se apuchelaba, se vivía, intensamente —como en el Pozo—, las historias se perdían prontamente al hilo de otras nuevas.

No tenía el Jambo el ánimo muy jacarandoso, ni estaba en su mente la posibilidad de tirarse a una yanqui —estadísticas cantan—, pero impenitente trotacalles, sentía en el cuerpo la llamada de la jungla del asfalto y a ella respondía afirmativamente, como era su norma y la de todos los comuneros que en el Pozo fueron: ¡había que intentarlo!

—Pareces una lumi —le dijo a su amigo cuando camino de la parada de la garrula [¹⁵] le olió—, ¡vaya peste!

— ¡Peste la que echo cuando salgo de la obra! —le cortó el Rubio.

—Es chachi —reconoció.

Ya en Atocha se tomaron un café en Deva. Era viernes por la tarde y la cosa estaba animada. Obreritas en busca de novio, macarrillas en manada camino de la discoteca y horteras varios entremezclados con obreros recién salidos del tajo y con pelás en el bolsillo.

¹⁵ *Autobús suburbano.*

También había grises paseando arriba y abajo pues la Junta Democrática tenía convocada jornada de protesta.

Las americanas tardaban y el Rubio se estaba poniendo de mal humor. Por un lado estaban invitados a un comando en el Puente y faltar a estas cosas siempre traía remordimientos, al menos para el Rubio, y por otro las yanquis se retrasaban. Repentinamente se oyeron grandes voces. Calle Atocha abajo venía un tropel de gente pidiendo amnistía y libertad entre carreras y sofocos. Lo encabezaban Torres y Agustín, dos ferrallas de Comisiones. Un poco a la zaga los grises ponían a prueba los nuevos materiales antidisturbios. Se asomaron a las cristaleras, sonaron varios estampidos y la gente, manifestantes o no, se abalanzó a las bocas del metro y a los bares. Botes de humo —toda una novedad— cayeron cerca de la fuente. El Jambo le dio un codazo al Rubio:

—Tus americanas se habrán dado media vuelta.

El bar se había llenado de gente temerosa. Había quien pretendiendo disimular, pedía a toda prisa una caña, y había incluso quienes querían seguir la protesta desde dentro, con gran enojo de los camareros.

—Todavía nos van a marar —exclamó el Rubio viendo el cariz que tomaba el asunto.

— ¿Nos piramos?

— ¿Y las troncas? —se preguntó el Rubio.

—A ver si nos van a dar de palos como a unos gilipollas por tus yanquis.

Ahora resulta que las yanquis eran sólo del Rubio.

—No sé —respondió éste, dudando entre el deber rojeril, la carne yanqui prometida, y el puro y simple acojono que daban las grises amenazas.

Tampoco tuvieron que decidir, una pelota de goma atravesó limpiamente los ventanales yendo a estrellarse contra la mampara de las botellas entre estallidos de cristales y licor. La gente se arrojó al suelo. Los grises abrieron las puertas y ordenaron desalojar. Las voces las daba un sargento gigantón con un bigote espeluznante.

Según salían los iban aporreando.

El Jambo buscó a su amigo, pero se había esfumado. Al levantar la vista un poco más, el corazón le dio un vuelco. ¡Allí estaba ella, la amiga de Antonio!, con la cara demudada por el miedo y buscando una forma de escapar de las porras y culatazos. El Jambo nunca pudo explicarse por qué reaccionó así. Apartó a la gente a codazos, cogió una silla y la estampó

contra una de las ventanas al otro lado de los grises, luego, y sin más explicaciones, tomó fuertemente la mano de ella y la obligó a saltar hacia la calle. Otros les imitaron. Corrieron por la calle Drumen. Él casi la arrastraba.

Se detuvieron exhaustos. Ella le reconoció entonces.

—Perdona los modales —se excusó el Jambo sin necesidad.

—No importa —le contestó tras una pausa para el resuello.

—Alejémonos otro poco —le pidió el Jambo.

—Caminaron parejos sin hablar, aún estaba pálida. El Jambo le ofreció un rubio.

—Te invito a un café —dijo cuando pasaron por uno.

Se sentaron en una mesa. Estaba hermosa, con las mejillas sonrosadas y el pelo un poco desordenado. Tenía un tono castaño con reflejos rubios. Ella se encontraba perpleja por la rapidez con que había ocurrido todo, casi no podía enjuiciar la situación. Todos los días no la salvaban a una de ser apaleada.

—Vaya follón, ¿eh? —comentó el Jambo por decir algo.

—Son unos bestias.

—Para eso les pagan.

Esta observación no le gustó a ella que militaba en un grupo izquierdista. Suponía que su salvador era de los suyos, de alguna otra tribu, pero de los suyos. Aunque su aspecto barriobajero la intimidaba.

— ¿Estabas de paso o participabas? —se atrevió a preguntar.

—Esperaba a unas amigas.

—Ah...

— ¿Y tú? —quiso saber el Jambo.

—Yo participaba —afirmó con decisión.

—Eso está bien.

Sorbieron el café pausadamente, llenando el tiempo muerto con los tragos. Apenas habían terminado los pitillos anteriores y ya encendieron otros.

—Supongo que tendrás que volver —dijo ella.

— ¿A dónde?

— ¿No estabas esperando a unas amigas?

—Sí, pero no voy a volver. Está todo perdido.

Ella no entendió muy bien lo que quería decir. Se sentía confusa en su presencia. No se le había olvidado la otra noche en el pub donde tan mal le había caído. Decidió limar asperezas.

—Realmente eres una persona desconcertante.

—Es posible, pero quizá es cosa de ambientes —se defendió él.

—Es curiosidad, no me interpretes mal.

—No, si no me importa... Soy como soy.

— ¿Y cómo eres?, ¿cómo se ve? —y esbozó una sonrisa irónica.

— ¿Tan mal me ves?

—La verdad es que tengo referencias muy dispares. En el pub me pareciste un insoportable macarra, casi un hampón.

— ¿Del hampa? —se rió él por lo despistada que iba.

—Algo así.

—Y todo por una posturita [¹⁶] de chocolate... —se quejó el Jambo—. Un favor que le hice a tu amigo Antonio, o a los dos.

—No, no. Por tu comportamiento —precisó ella.

—Ya te he dicho que eso depende de ambientes.

—Eso es precisamente lo que me temo.

— ¡Vaya! —Reconoció el Jambo—. Me has llevado al huerto.

— ¿Qué huerto? Si el ambiente en que vives es así, mejor harás en salirte de él.

— ¿Es un consejo de burguesita? —Contraatacó el Jambo con cierta irritación—. Porque...

—Mira, déjate de pamplinas —le cortó ella—. La incultura, la ignorancia, el mal trato a las gentes, porque no quiero decir mala educación para que no suene a burgués, el mal trato repito, nunca harán de nadie nada bueno y menos algo que pueda interesar a cualquier persona medianamente sensata.

¹⁶ Algunos gramos.

El derrotero que tomaba la conversación producía en el Jambo dos efectos distintos y contrarios. Por un lado reafirmaba sus convicciones obreristas, él era como era porque pertenecía a la clase obrera, ¡y punto! Y por otro lado no encontraba manera de contarle su vida, de hacerle comprender que Vallecas, el Pozo, eran otra cosa. Que no era cuestión de hampas y chorradas semejantes, que se estaba confundiendo.

—Mira hermosa, soy un currante, trabajo de trompo en la Constru y vivo en el Pozo. Eso marca.

No sabía lo que era un trompo.

—Peón de albañil. Todo el día dando vueltas de un lado para otro, pero siempre con algo a cuestas. ¿Y qué?, ¿tienes algo contra ellos?

— ¿Yo?, nada, al contrario, tengo las ideas muy claras a ese respecto.

—Ya, pero no tendrías un novio albañil.

—Lo de novio ya no se lleva.

— ¿Y lo de albañil?

— ¿Por qué no? No todos serán como tú. —Y era un golpe bajo.

El Jambo meditó un momento antes de decir nada. Por ahí no íbamos a ninguna parte. Ella apagó el cigarro de una forma que parecía indicar que tenía que irse a alguna parte. El decidió atacar a fondo.

— ¿Saldrías tú conmigo?

—Mucho tendrías que cambiar.

—Ya... Volvemos a lo de siempre —y al Jambo se le puso una cara muy rara.

—Escucha, muchachito —se explicó ella—, no me gustan tus ademanes, ni tu aspecto, aunque eso no es determinante para que yo me relacione con un hombre.

La palabra hombre, en su boca, le pareció al Jambo superior a su persona. Y ella siguió:

—Pero menos me gusta lo que vislumbro bajo tu cabellera — y señaló su cicatriz.

— ¿Qué dices? —Se sorprendió el Jambo—. ¡Explícate mejor!

—Me da la impresión, y perdona, que tienes ideas preconcebidas sobre las mujeres, que adoptas una pose con ellas. Y lo siento mucho, el hecho de que me hayas ayudado no te da ningún derecho sobre mí.

—Vaya pico de oro que tienes —es lo único que le salió a él.

— ¿Me has entendido, verdad?

—Sí, sí. Aunque eso me aleja de ti un montón de kilómetros. En cualquier caso no te tendré en cuenta nada de lo que me has dicho, primero porque me gustas y segundo porque no es como tú lo cuentas.

Ella decidió cortar por lo sano.

—Bueno —y consultó su reloj—, tengo que irme.

— ¿Te volveré a ver?

—Sí..., algún día nos veremos por ahí...

-3-

El viejo lerruxista, la furcia, y otra jornada heroica

La obra donde trabajaba el Jambo estaba muy cerca de la sierra y por las mañanas soplaban un viento seco pero frío. El Jambo tiritaba bajo su escuálido mono. La funda del... como dicen todos los currantes. Se hallaba limpiando cercos en una obra casi acabada de una futura industria cerca de la Nacional Uno. Para combatir el frío prendía a cada rato sacos de cemento vacíos. Era un instante de luz verdosa para calentar los pies y las manos. Luego, la tiritera seguía pertinaz como la famosa sequía. Aquella corriente le estaba matando. Los cristaleros todavía no habían hecho su aparición en la obra. Consultó su reloj. Quedaban varias horas hasta la una. Tampoco podía quejarse, peor era picar al raso, como hasta hacía unos días había estado haciendo. Era el aire, ese aire serrano.

El Pertur, un ayudante de albañil, también vallecano, vino a visitarle. Había dejado la hormigonera a la buena de Dios, y frotándose las manos le saludó con cara de conspiración.

— ¿Qué pasa tío? —dijo, y mirando a ambos lados siguió:

—Esta noche en ca Benito —se refería a una reunión de Comisiones Obreras—. Nos vamos a reunir todos los de Vallecas y van a venir el Maca y otros de la Delegada, ya sabes, hay que preparar una respuesta a la escalada de la represión. Se refería a las sentencias de pena de muerte para unos patriotas vascos y otros revolucionarios del FRAP ^[17]. Y aunque en comisiones se cuidaba mucho el lenguaje y la distancia política con lo que se calificaba de terrorismo desde la bomba de la cafetería Rolando, el sindicato no podía permanecer ajeno a estos sucesos.

—Vale.

— ¿Qué pasa?, te veo con mala cara...

—Una tía —se sinceró el Jambo.

—Chungo, tronco, chungo. ¿Quieres un truja?

—Trae.

Se sentaron sobre el plastón y prendieron fuego a un par de sacos, pero se consumían tan rápido...

¹⁷ Frente Revolucionario Antifascista y Patriota. Grupo de Acción del PCE (m-l) Prochinos.

—Vaya corte que le ha dado Ramón al encargado —mencionó el Pertur.

— ¿Ah, sí?

Se trataba de un viejo peón a punto de jubilarse.

—Pues sí. Iba el pobre con un saco de escayola al hombro, ya sabes lo cascado que está, cuando se acerca el encargado y le dice: ¿Oye Ramón, no tienes otro paso? Porque iba muy despacio. Y entonces Ramón le responde sin alterarse:

—Tengo otro, pero es más lento.

—Qué cojonudo...

—Bueno, ¿Y esa tía, qué?

—Nada, una plumífera [¹⁸] que me ligué en una mani [¹⁹].

— ¿Del Partido? —preguntó el Pertur, para quién todos los buenos militaban en el PCE o simpatizaban, y el resto gente sin importancia.

—No sé, de la guerra sí es.

— ¿Chachi, no?

— ¿Y a mí qué más me da?

—Nada, compañero, era para saber si era una tía legal.

—Si te dijera que me toma por un camello, ¿qué pensarías?

—Que debe tener sus razones.

—Ole tus cojones... Con razón te llaman el Perturbado.

—No te mosquees, tronco, ¿qué pasa?, ¿que te duele que la tipa se confunda?

— ¡Claro! A mí me gusta.

— ¿A ti?, ¿pero si tú eres un ligón?

—Corta el rollo...

Se oyeron pasos.

— ¡Agua [²⁰]!, que viene el Bigotes.

¹⁸ *Oficinistas, estudiantes.*

¹⁹ *Manifestación ilegal, comando.*

El Bigotes era un hombrón de poblado mostacho que se calzaba el casco blanco ladeado como si fuera una boina. Tenía fama de malas pulgas pero con los de Vallecas tenía sus miras, no en vano también él era del barrio.

— ¡Qué leches haces tú aquí! —le espetó al Pertur.

— ¡Para el carro, Manuel! —se defendió éste—. Que yo soy enlace sindical y estoy tratando con este compañero sus problemas laborales.

— ¿Y a ti qué te pasa? —le preguntó el Bigotes al Jambo.

—Que me duelen los huevos de pasar calamidades por cuatro gordas —se disparó éste con muy mal humor.

— ¡Pues ahí tienes la puerta! —le respondió el Bigotes no menos acalorado—. ¡Carretera y manta!

—Tranquilo —dijo el Pertur—. Ya me voy. Bueno, compañero —añadió dirigiéndose al Jambo—, lo dicho.

—Y tú, vuelve al trabajo —le ordenó el Bigotes al Jambo.

—Vale, vale, no me des la barrila [²¹], ¿qué te crees que eres, el gachó de la cobai[²²]?

El resto de la mañana se le hizo insoportable, entre el mal humor y que la hora de la comida no llegaba nunca.

— ¡Maldita sea! —se decía—. ¿Por qué tengo que estar mosqueado yo por esa gil? ¡Ni que fuera Sofía Loren! Aunque..., buena sí está, icoño!

Cuando sonó la campana, tiró la espátula a un rincón y saliendo por una celosía a medio terminar se descolgó ágilmente por un pajaritero [²³] que usaban para limpiar con vinagre el ladrillo visto.

Fue de los primeros en sentarse en las mesas del quiosco del tío Pío, también es verdad que era el más flaco de todos los concurrentes.

— ¡Tío! —Bromeaban los compañeros—. Para comer sí que eres ligero.

²⁰ ¡Agua! Expresión para avisar de algún peligro.

²¹ Tabarra, murga, paliza.

²² Responsable.

²³ Andamio de estructura fija.

—Y no corras... —terciaba invariablemente mientras le metía mano a las judías que la Asun —una furcia madura de origen sureño que también oficiaba de camarera en el quiosco del tío Pío— acababa de traerle.

La Asun era un caso. A eso de las once se llegaba de Madrid, despertaba al tío Pío y lo levantaba o se metía con él en la cama, según los casos. Le daba dos papirotazos al mostrador para quitarle el polvo, subía los contrafuertes y con gran parsimonia se servía un café puro que era lo único que le admitía el cuerpo a esas horas mientras aguardaba indolente la llegada de los camioneros, los albañiles, ferrallas y carpinteros de las obras cercanas, y hasta la pareja de picoletos.

La Asun tenía un problema, una hija en el oficio que se había enredado con un chulo de tres al cuarto en vez de hacerle mimos a un camionero de Toledo que se la quería llevar de regenta a un puticlub que el mencionado pensaba abrir en la Nacional Cuatro, cerca de Bailén.

—Si es que no hay quien haga carrera de esta hija mía —le repetía a todo el que quisiera escucharla. Y había muchos dispuestos.

— ¡Asun! Deja de llorar y tráeme las sardinas —graznó el Jambo al que le gustaba mantener cierto tira y afloja dialéctico con ella.

—Pues anda hijo..., ivaya exigencias! A ver si te crees que estás en el "Riz".

— ¡Eh, tío Pío! —Le decían los clientes al dueño del quiosco, viejo lerruxista que por insondables destinos de la vida había terminado rigiendo un destartalado quiosco a la vera de la carretera de Burgos—. ¡Venga ese vino!

—Esos se creen que tengo cuatro piernas —murmuraba el viejo sin acelerar para nada su templado ritmo.

—Te tienes que jubilar ya, tío Pío —le decían los parroquianos adosados al estrecho mostrador.

— ¿Jubilarme?, ¡quía! Estoy en la plenitud de la vida. Esta mañana sin ir más lejos se la he metido a la Asun, y cuando ya se iba a levantar voy y le digo: No te subas las bragas que te voy a echar otro. Vamos, como en mis años mozos.

—Anda, ya... —se reían todos. Y de reojo le largaban ávidas miradas al orondo trasero de la Asun, quién, profesional al fin y al cabo, cogía todas sus citas para después de la faena.

La hora de pagar era una lotería, lo mismo cien pesetas, que ciento cincuenta que no llegaba a veinte duros. La Asun no cobraba, lo de los números no lo llevaba bien. Y el tío Pío hacía unas raras cuentas en el mostrador que no hubieran resistido la revisión del peón más torpe.

En una ocasión en que el tío Pío estaba malo y se encontraba en cama en el cuartucho anexo al quiosco, la pobre Asun se las vio y se las deseó para servir al personal y cobrarles.

—Hoy me tenéis que ayudar con las cuentas, pero sin trampas, ¿eh? —les decía a los comensales.

Y en el ambiente se fue dejando caer cierta algarabía, pues la ausencia del tío Pío les hacía más atrevidos.

—A ti te ayudo en lo que quieras, chati —dijo riéndose el Jambo.

— ¡Mira el niño! —se desternilló la Asun.

—También le pica —dijo un albañil entre grandes risotadas.

Y un carpintero se puso el martillo entre las piernas y oscilándolo obscenamente le soltó a la Asun:

— ¡Tú te conformabas con menos!, ¿eh?

Esto no le gustó nada a la Asun que le soltó una andanada de insultos de tal calibre que el tío Pío, que no tenía un pelo de tonto, se levantó de la cama y saliendo enfundado en una vieja y roída bata de guatiné les largó una parrafada sobre el respeto:

— ¡Como si fuera yo, tenéis que tratarla!

—Vale, tranquilo, tío Pío —se disculparon.

Pero al Jambo le quedó un cierto mal sabor de boca, y por eso mismo aquella tarde al chapar la tarea, en vez de tomar el autobús a la plaza Castilla como habitualmente, cruzó la carretera y se dirigió al quiosco del tío Pío con ánimo de pedirle disculpas a la Asun, pues entre toda la moralina marxista de que se preciaba, el no pasarse con la gente que curra tenía importante lugar. O al menos eso quería creerse.

El quiosco estaba vacío y la Asun dormitaba al resguardo del brasero.

—Hola Asun.

— ¡Niño! —se sorprendió ella.

—Mira, Asun, que..., yo, pues..., que quería disculparme contigo. Que no me gusta hacer el patoso.

—Nada, no ha pasado nada. Una ya está acostumbrada.

—Pues eso.

Y ya se disponía el Jambo a marcharse, cuando la Asun, que se encontraba muy aburrida al sofocante abrigo del brasero, le espetó:

—Oye, niño, ¿tú me ves a mi guapa?

Si algo odiaba el Jambo, como todo vallecano, era cortarse.

—Hombre..., no estás mal —y dicho así era verdad.

— ¿Y te gustaría? — Y la Asun se recorrió la cadera con la mano.

—No llevo nada —se disculpó el Jambo, náufrago de un torrente de emociones contradictorias.

—Me pagas otro día —dijo ella cerrándole todos los caminos.

—Pero, Asun, si yo no venía a eso.

— ¿Qué pasa?, ¿que yo no te gusto?

—No hombre..., es que, ¿aquí?...

—El tío Pío está dormido. Pasa que echo el cierre.

—Que no, Asun, que me corta a mí esto —se defendió el Jambo.

—Anda, niño, que te voy a dar mucho gusto —y se llevó una mano al pecho.

El Jambo se encontró a sí mismo al otro lado del mostrador. Asun bajó los contrafuertes y el interior quedó en la penumbra rojiza que daba el brasero.

—Venga, niño, extiende esa manta en el suelo —le susurró la Asun—. Pues sí que eres tú parado para esto.

Anda, jódete, pensó el Jambo.

La Asun se estaba desabrochando la blusa por debajo del jersey, a continuación y con toda naturalidad se quitó las bragas y se tendió en la manta con la falda a medio muslo.

—¡Qué pavisoso eres! —Le reprochó al Jambo que la miraba alucinado—. ¡Venga, bájate los pantalones!

El Jambo se encomendó a todos los santos y se bajó los pantalones y los calzoncillos.

—Regular tu picha, niño.

Y como éste no se decidiera por nada, ella le cogió las manos y se las metió por dentro del jersey. Tenía el pecho blando, grande y suave, y los pezones tiesos como el pitorro de un biberón.

—Ay, hijo, me estoy poniendo cachonda —le susurró Asun al oído.

Pero ni por esas el Jambo se encelaba.

—Oye niño, ¿no será la primera vez?

— ¡Qué cojones va a ser la primera vez! —Se mosqueó el Jambo—. ¡Lo que pasa es que estoy cortado!

—Si quieres te hago un francés —apuntó la Asun que no se rendía fácilmente.

— ¡La madre que me parió! —se dijo el Jambo incapaz de encontrar una salida honrosa.

Y sin más trámites, la Asun se arrodilló y con todo su mejor arte se puso a la faena del francés. El Jambo sólo veía el negro pelo a la altura de su ombligo.

En sus afanes, la Asun hacía unos ruiditos que al Jambo le parecieron ridículos.

— ¡Ves, ya estas empalmado! —le anunció ella haciéndose un poco para atrás.

Y era verdad.

Pero en eso se abrió la puerta del cuarto del tío Pío y apareció éste en la penumbra con su afamada bata del año catapún.

— ¡Qué rayos pasa, Asun!

—Nada tío Pío, es un cliente.

Y la escena resultaba tan grotesca, que al Jambo le dio la risa y la Asun se contagió.

— ¡Pues sí qué!... —rezongó el tío Pío dando un portazo—. ¡Por lo menos no deis voces! —dijo desde dentro de su cuartucho.

—Mira, Asun —musitó el Jambo y conteniendo la risa—, ya ves que no hay manera.

Pero ella no era de la misma opinión. Se abrazó al Jambo y entre suspiros entrecortados y un desenfrenado manoseo consiguió que el vigor del Jambo se levantara otra vez.

— ¡Ay, niño, que mal cuerpo... ¿no me irás a dejar así?

Y no la dejó, porque con el pito aún medio tieso, la penetró comenzando a moverse rápidamente. Y ella a su ritmo, meneaba las caderas en círculo y suspiraba, y así estuvieron largo rato y al Jambo le nacieron nuevas fuerzas y se enceló plenamente entrando y saliendo vertiginosamente y ella le apretaba para sí del trasero dando unos fuertes gritos como si la estuvieran matando, hasta que toda su carne explotó en sofocos.

Y así quedaron tirados en la manta un buen rato, sudorosos y palpitantes.

— ¡Ay mi niño, que es todo un hombre! —murmuró ella al incorporarse.

Y el Jambo se sintió el hombre más generoso del mundo. Él era así. Y desde entonces, Asun le tenía un gran respeto. Respeto de verdad, de esos que muy pocos hombres consiguen de una profesional. Respeto de picha. Y lo cierto es que el Jambo lo sabía y jugaba con ello. Era el comensal más mimado pese a lo que pudiera parecer, pues la Asun tenía una forma muy particular de demostrar cariño. Además, tampoco era exacto que el Jambo fuera un picha fuerte, Ocurrió que aquel día la Asun había conseguido que entrando tibio saliera ardiendo. Y eso también lo sabía ella. Y por eso, la Asun nunca le pidió sus honorarios. Ocasiones que en la vida se dan con una mujer.

Habiendo terminado de comer, el Jambo le pidió una de Castellana al tío Pío y la cuenta. El Pertur, que comía en la obra, pues estaba casado y su parienta le ponía la tartera en la bolsa, se había dejado caer en el quiosco, como casi todos los días y casi todos los currantes, para tomarse una copa o varias.

—No se te olvide lo de esta noche —le mentó el Pertur al Jambo.

—Que sí, hombre, que sí.

El centro de la vida del Pertur era la política. Hacía un año que había regresado de Alemania, y con las pesetillas ahorradas se había construido una casa muy molona en Palomeras Bajas, sobre el mismo solar donde los padres de la novia, hoy su mujer, tenían la chabola. El Pertur era un currante nato, un hombre nacido para el tajo. No le molestaba, como al Jambo, tener que levantarse a las seis, ni coger la atestada garrula en horas que Dios no debía permitir, acompañado del concierto en tos de los bronquíticos crónicos que son todos los albañiles. Tenía un talismán vital a prueba de madrugones: la Revolución. Una revolución que no sabría definir exactamente si se lo pidieran, pero que él llevaba en su corazón a todas horas. El Pertur amaba las reuniones, por contra del Jambo que las detestaba. Amaba la facundia revolucionaria del Maca, el veterano líder de las Comisiones Obreras de Vallecas, Admiraba también la voluntad de los líderes jóvenes como Javi, el

misterioso Torres y el incansable Agustín. El Pertur, como digo, los amaba. Eran su verdadera familia. Los hombres a los que él tenía que seguir para que el mundo abocara en una gran Unión Soviética, madre y cuidadora de todos los trabajadores. Pero hasta entonces había que luchar, había que mantener unidos a los díscolos, que como el Jambo y sus amigos, empezaban a cansarse del Partido y de sus consignas cada vez más moderadas, prefiriendo pasarse la tarde bebiendo y fumando canutos en vez de asistir a plumíferas reuniones que no les aportaban nada nuevo. Y además, amanecía una nueva revolución, una bastarda revolución que el Pertur no entendía. Lo de las mujeres, vale, follar no era malo, pero lo de los canutos y cosas peores no conseguía entenderlo. Ese pasar de todo sin haber probado nada le irritaba. Toda la juventud del barrio estaba cayendo en manos de aquella trampa. Pertur no tenía la menor duda de que la policía era la principal responsable de la entrada de costo y caballo en el barrio. "La droga es un arma política", se repetía invariablemente. Por eso tenía que sujetar firme al Jambo. Era un buen elemento, pero que había perdido la fe en el Partido que todo revolucionario debe mantener. Lo que el Pertur ignoraba es que tanto el Jambo como el resto de sus amigos estaban hartos de ser utilizados en las acciones y marginados en las decisiones. Y lo que ignoraban todos ellos es que todo estaba siendo atado y bien atado en despachos y salones en los que ninguno de ellos hubiera osado entrar salvo a cuchillo.

— ¿En qué piensas, Pertur? —le interrumpió el Jambo.

—No, nada, en lo de esta noche, parece que le han largado la cita al Tostao.

El Tostao era un estudiante metido a obrero, militante de la Liga ^[24] y representante más izquierdista de las Comisiones Obreras de la Construcción de Madrid.

— ¿Bueno y qué?

— ¡Ya sabes cómo es! ¡Seguro que la lía!

—Por lo menos nos entretendremos un poco.

—Estas palabras no le gustaron al Pertur, para quién la maquinaria revolucionaria no admitía garbanzos negros, era un poco como la disciplina militar. Con un izquierdista nunca sabe uno a qué atenerse, ya lo dijo Lenin, la enfermedad infantil del comunismo.

—Prefiero un fascista que al Tostao —dijo finalmente el Pertur.

²⁴ *Trotskistas.*

— ¡Venga, coño! ¡Parece que estáis en el treinta y seis! —Al Jambo, su amigo Pertur le parecía a veces un fanático. No le tenía ningún respeto, y le hacía correveidile de los peces gordos de Comisiones. El Jambo prefería a los izquierdistas o al mismo Tostao, más liberales y a los que no dolían prendas al confesar que fumaban y que había que follar mucho, y que además la izquierda estaba dirigida por un montón de burgueses y otro de estalinistas.

La tarde pasó mejor, en cualquier tajo la tarde siempre pasa mejor que la mañana, son sólo cuatro horillas.

Camino del Pozo, el Jambo iba buscando una excusa para no asistir a la reunión. Lo que de verdad quería hacer era coger al Rubio o a Perico y darse una vuelta por Pentagrama o incluso por el Armadillo a ver si la veía. Desde luego no era de las que iban a la Vaquería. Aunque los lunes eran un mal día para estas cosas.

Pero llegado al Comunín, el Rubio no tenía la menor intención de separar los ojos de la revista Triunfo.

—Tío, que es lunes —decía en su defensa—. Además, no tengo un baré.

—Estás anajabao [²⁵] —le largó el Jambo con mala leche—. Muertecito, tronco.

—Vete a cagar...

—Qué mal bají [²⁶], qué mal... —insistió el Jambo.

—Mira gachó —se puso serio el Rubio—. Tus jaris [²⁷] son tus jaris, y a mí no me lées más. Hoy he llegado tarde al curro y me van a quitar dos talegos [²⁸] por una hora de mierda, y para acabarlo de joder no me llevé la chupa y menudo frío he pasado hasta la hora del bocadillo. Llego acoqui —refiriéndose a la habitación que oficiaba de salón— y ¡oh fortunata!, no hay nadie en el sofá. Así que no me voy a mover hasta que me haya leído esta revista de cabo a rabo. ¿Has semao [²⁹] lo que te largao?

—Vale, tronco —se mosqueó el Jambo—. Te estaba pidiendo furuné [³⁰]. Pero punto y fetén. Arrieritos somos...

²⁵ *Acabado, Muerto.*

²⁶ *Carácter, talante.*

²⁷ *Asuntos.*

²⁸ *Billetes de mil pesetas.*

²⁹ *Entendido.*

³⁰ *Ayuda.*

— ¡Vete de aquí ya! ¿Qué pasa? Que tienes una reunión y no quieres ir, ¿no?

—Pero el Jambo ya no le escuchaba.

Con muy mal cuerpo, se encaminó a la *queli* [³¹] del Benito, un jubilado que siempre ponía su casa a disposición de Comisiones porque entre otras cosas daba igual un sitio que otro pues los grises no se atrevían a entrar en el barrio.

En la puerta se encontró con el Agus protegiendo la encorvada espalda del Maca, quien, algún tiempo atrás, había terminado por quebrársela en la obra del Zoo de Madrid.

—Hola compañeros —les saludó.

—Hola chaval —respondió Agustín, al que el Jambo le caía simpático aunque también sabía de qué pie cojeaba.

Se encontró con el Boty, con su limpia y larga melena, y su amigo Pepe el Carpanta.

Pepe, que había estado a punto de ser padre, no se había casado, ni siquiera había tenido el hijo. La July, que fue su novia algún tiempo, había optado finalmente por abortar. Un médico progre la ayudó. La sensata July tomó el camino más doloroso para ella, pero el más fácil para todos los que la rodeaban. La realidad de la July seguía siendo cruda, amarga y solitaria. Después del verano, Pepe y July dejaron de salir.

El Maca les comentó que estaba el Tostao y que estuvieran al tanto por si las moscas.

—Vale, vale —respondió Pepe, consumado radical pero que todavía militaba en el PCE y que además le tenía un gran respeto al Maca, porque aparte de ser los dos del mismo oficio habían trabajado juntos en la obra del Zoo y sabía el calibre de luchador que se gastaba.

— ¡Qué rollo se traen con el Tostao! —le comentó el Jambo a Pepe.

— ¡Es chachi, parece como si tuviera la culpa de todo.

—Un poco flai sí es —terció el Boty que le tenía antipatía.

Comenzó la reunión con los informes de los representantes de cada obra, después se tocó de refilón las finanzas, y finalmente se entró en el último punto del día que defendió el Agus: la alternativa política que suponía la constitución de Juntas Democráticas en la agonía del régimen, y el papel de los sindicatos de clase en este proceso. Y aunque había sectores del sindicato que no veían con buenos ojos esta intrusión de la realidad política en el quehacer sindical, todavía eran los menos.

³¹ *Casa (quel).*

Cuando Agustín, con su peculiar forma de hablar, terminó su informe, el Tostao pidió la palabra. El Pertur que oficiaba de moderador, le ignoró. Y el Tostao que estaba acostumbrado al trato, se lo tomó con calma entre otras cosas porque no las tenía todas consigo, sabía cómo se las gastaban los de Vallecas.

El Jambo estaba harto de oír decir lo mismo que había dicho el Agus pero en las bocas de los purilis del PCE. Se lo traían aprendido de las reuniones del Partido, y eso al Jambo le molestaba mucho.

—Oye Pepe —le susurró a éste—. Mañana me lo cuentas que me voy a najar.

— ¿Y eso?...

—Nada, una jati [³²].

Esto le sonó bien a Pepe.

—Si te esperas un poco me voy contigo y celebramos que he cobrado unos metros — porque Pepe trabajaba a destajo con una cuadrilla de carpinteros de obra.

—Buten, tronco.

— ¡Callarse, coño! —graznó el Pertur que se tomaba muy en serio lo de moderar.

— ¿Aligeramos, tronco? —propuso el Jambo.

Pepe se levantó y se dirigió a la reunión en general:

—Que nos piramos porque hemos quedado con unos tíos del metal para ayudarles en una tirada [³³].

Ya en la calle, Pepe propuso coger el seita. Lo tenía preparado con adornos y chuminadas de colorines, pero lo mejor es que un colega de un taller de al lado de su casa le había trucado el motor y corría de cojones con un petardeo muy molón.

— ¿Dónde vamos? —preguntó Pepe, puesto al volante con la misma determinación que un fangio.

—Pues no sé...

— ¿Pero no habías quedado?

— ¿Qué va, tronco, lo que quiero es buscar a una tía que me ha comido el tarro.

³² *Mujer. (De, ja).*

³³ *Acción de rociar las calles con panfletos: octavillas de la oposición clandestina.*

— ¡Hostias!, pues sí que lo llevamos claro.

—Nos damos una vuelta por la glorieta de Bilbao y si no hay nada que rascar, a lo que caiga.

Pepe corría que se las pelaba. Todo lo que tenía de pequeño lo tenía también de temerario. Lo mismo en una obra para sacudirle a un encargado que al volante de su bólido.

El Jambo que no lo era tanto, le dio la vara para que frenara un poquito.

— ¡Tío, que nos van a trincar!... —se quejó—. Además, seguro que llevas el bote lleno de panfletos.

—Es chachi, lo de la tirada del metal era verdad. Ahí debajo hay unos dos mil.

—¡Vaya, toalla!

—Nada, ahora cuando pasemos por Méndez-Álvaro los vas tirando en tochos gordos, los ahuecas un poco y los esparramas por la acera. Y hemos cumplido.

Pero cuando llegaron a Méndez-Álvaro ya se les habían adelantado.

— ¡Vaya embolado^[34]! —volvió a quejarse el Jambo.

— ¡Pues los tiramos en Atocha! —decidió Pepe.

—Eso está lleno de maderos.

—Nos metemos por el escalétric ^[35] y los arrojamos desde arriba.

Así lo hicieron, en cuatro brazadas y a toda máquina se deshicieron de todos ellos. Ni siquiera los habían leído, ni sabían lo que decían.

Antes de iniciar el baile se tomaron un bocata en el asturiano de enfrente del drastor, después un cafelito en el Comercial para ver el ambiente. No había mucho porque era lunes. Estaban nerviosillos por la cosa de las tías y se gastaban bromas ruidosas o hacían comentarios para que la gente supiera que ellos estaban en la guerra. Aunque en realidad daban más miedo que confianza, lo cual tampoco les importaba un pimiento...

—Nada, ni rastro de esa tía —dijo el Jambo. Como si encontrársela en el Comercial hubiera sido la cosa más normal del mundo.

—Vamos a tomar una copa a Pentagrama.

³⁴ Problema (embolao).

³⁵ Antiguo paso elevado, que destrozaba la hermosa glorieta de Carlos V. (Atocha).

Naturalmente, allí tampoco estaba, pero casi estuvieron a punto de entrarle a dos progres, lo que pasa es que mientras que si sí que si no, las tías se abrieron.

— ¿Bueno, tronco, nos enrollamos o qué? —sugirió Pepe, al que lo ambientes progres desmadraban un pelín.

Pero entonces empezaron a suceder cosas.

—¡Tío, facistas^[36]! —gritó Pepe al ver entrar un tropel de pijos armados de bates de béisbol.

— ¡La cagamos —gritó el Jambo mientras echaba mano de la botella de cerveza por lo que pudiera ocurrir.

— ¡Rojos, cabrones! —Gritaron los fachas—. ¡Todo el mundo a cantar el Caralsol! —y para reforzarlo golpearon una mesa con el bate con tal fuerza que la gente se levantó despavorida hacia el interior del local. Uno de los fachas había agarrado a un tipo y amenazándole le increpaba para que cantara, iy con el brazo en alto!

A Pepe se le revolviéron las tripas. El Jambo estaba asustado pero guardaba la calma. ¡Eran la tribu enemiga!

— ¡Hijos de puta!, ¡facistas! —gritó Pepe y les arrojó una botella y otra más que les largó el Jambo.

Los fachas se abalanzaron sobre ellos, pero ya nuestros dos héroes habían saltado el mostrador y parapetándose a su seguro la emprendieron a botellazos y sin que les faltara provisión. Cundió el ejemplo y los parroquianos organizaron una lluvia de botellas, vasos, taburetes y cualquier otra cosa arrojadiza. Ante semejante respuesta, los fachas emprendieron la retirada no muy bien parados. Entonces fue el acabose. Pepe se subió al mostrador y una tras otra les arrojaba las botellas de licor de los estantes mientras gritaba:

— ¡Viva Vallecas la Roja! ¡Viva Comisiones! ¡Viva la República! ¡Viva!...

Y fue cuando vio al Jambo en el suelo y llenito de sangre.

— ¡Tronco, tronco! —gritó bajándose en su ayuda.

La clientela había salido a la calle en persecución de los fachas. Toda la zona se había movilizado. Los que quedaron dentro estaban tan excitados que espontáneamente comenzaron a cantar la Internacional a la par que se abrazaban.

³⁶ Así.

La sangre del Jambo no tenía importancia, un corte en la mano al romperse una botella. Pero lo del brazo si era serio. Se lo habían destrozado de un estacazo.

—¡Pepe, Pepe! —gemía.

—Tranquilo, tronco, ahora mismo te llevo a la casa de socorro.

Pero Pepe había perdido el sentido de la realidad. Hablaba, gritaba, discutía con los camareros por la cosa de las botellas, se abrazaba a la gente y voceaba: ¡Victoria! ¡Victoria!

Y como en todas las guerras, las enfermeras se ocuparon de los heridos. Unas tías se acercaron al Jambo y lo levantaron. Quien dio un aullido desconsolador cuando le tocaron el brazo para quitarle la cazadora.

—Hay que llevarle al hospital —dijo una de las chicas.

¡Pepe, mamón!, ¡no me dejes tirado! —le gritó el Jambo a su amigo, que, completamente desquiciado, seguía discutiendo con los camareros.

—Oye —le dijeron a Pepe las niñas—. Que nos llevamos a tu amigo al hospital.

Embarcaron al Jambo en un errecinco. Eran enfermeras de verdad y curraban en el Primero de Octubre donde tenían buenos amigos, y hacia allí se dirigían.

—Me parece que está Ana de guardia en Trauma —mentaron.

— ¿Te duele mucho? —le preguntó una que se llamaba Maite.

—Más me duele que ese mamón me haya dejado tirado —contestó el Jambo haciéndose el duro.

—No te preocupes —le consoló Maite, muy segura ella—. Las fracturas duelen un poco al principio, pero después ni te enteras.

Entraron al hospital por la puerta de personal, recorrieron largos pasillos, y luego que Maite hablara por el telefonillo, fueron a Trauma donde les esperaba la nombrada Ana, Una residente que se estaba especializando en traumatología. Con una sonrisa de boca a boca pues Maite le había contado la batallita, dijo:

—A ver, ¿dónde está el héroe?

Pero la sonrisa se le quedó en mueca, porque lo que menos se esperaba es que fuera el tipo de Atocha.

— ¡Anda! —exclamó sorprendida.

—Ya ves... —dijo el Jambo repentinamente entusiasmado—. Me han tenido que romper un brazo para volver a verte.

— ¡Ah!, ¿pero os conocéis? —preguntó Maite.

—Pues claro, hija —aseveró irónica Ana—. Este también es el de Atocha. Ese del que os he hablado.

—Pues..., chico..., estás en todas —se sorprendió aún más Maite.

—Gracias —rezongó muy digno el Jambo.

—Bueno, vamos a curarte —dijo Ana disponiéndose para la faena.

Rasgó la camisa con una tijera y observó el golpe pareciéndose haber olvidado de todo menos del brazo. Había que hacer radiografías. Y se las hicieron. No había nada roto, había tenido suerte, una lesión sin mayores problemas. Le pondrían una férula, y descanso por unos días. También le puso un punto en la herida de la mano.

—Tengo más puntos en el cuerpo que Frankenstein [³⁷] —dijo el Jambo haciéndose el gracioso.

Maite le prestó un pañuelo a modo de cabestrillo y tomaron unos cafés en el bar del personal.

—El viernes te vienes por aquí a primera hora de la mañana y te examinamos, te traes la cartilla —le dijo Ana al Jambo. No parecía tener ningún otro tipo de interés que no fuera el curarle.

— ¿Pregunto por ti?

—Es igual —le respondió ella—. He hecho un informe.

Maite se había dado cuenta de que el Jambo sólo tenía ojitos para Ana, pero que ésta sólo pensaba en su guardia.

—Querrás lavarte y cambiarte de ropa —le dijo al Jambo como excusa para marcharse.

Este asintió, completamente derrotado.

— ¿Te esperamos a desayunar, entonces? —le preguntó Maite a Ana.

—No creo que pueda escaparme tan temprano, ya os llamaré. —respondió ésta. Y al Jambo—: ¡hasta otra, héroe!

³⁷ Quería decir que el monstruo de Frankenstein.

En la calle se puso la cazadora por encima de los hombros.

— ¿Vivís juntas las tres? —le preguntó a Maite.

—Sí. —Y ella cambió al terció tan temido por él—. ¿Y ahora, dónde te llevamos?

—Bien podíais darme cobijo por una noche.

— ¿Pero no quieres cambiarte? —preguntó ingenuamente la otra chica, que se llamaba Charo.

Pero cuando el Jambo iba, Maite ya había vuelto.

— ¿Todavía quieres ligar? —preguntó muy sonriente—. Si ya no vales para nada.

— ¿Eh? —se sorprendió él.

—Ya te conocemos muchachito —siguió Maite a la par que le palmeaba el hombro bueno.

—Todo calumnias —se defendió el Jambo pero siguiendo el juego.

— ¿Sabes lo que quiere...? —Le dijo Maite a Charo—. Quiere que le invitemos a una copa en casa y...

—Concedido —dijo Charo. Y con razón, pues los tres querían lo mismo.

Al Jambo el piso, un alquiler en el barrio del Pilar, le pareció muy dabuti, de gente de pelas. Le llevaron al cuarto de baño y pese a sus protestas le quitaron la camisa entre comentarios de qué flaco estás machito y le endosaron, el cielo le asistiera, una camiseta de playa que apenas le llegaba a las rodillas. Pero como había calefa se estaba fetén.

Luego Maite preparó unos irlandeses y el Jambo se sintió el ombligo del mundo. Charlaron un rato de la guerra. Ellas estaban más a la izquierda que el Partido. Y el Jambo lo interpretó mal, pues mezcló poder adquisitivo con ideas. Desde que visitó con un grupo de curritos la casa de una conocida abogada laboralista de la ORT [³⁸], presumía de saber que cuando los rojos tenían pasta solían ser izquierdistas. El obrerismo del Jambo era uno de sus más sólidos puntales ideológicos. Si no era el único. Pero tampoco le importó. Se encontraba muy a gusto y tiempo después y pese al café le entró un sueño insalvable. Ellas siguieron hablando pero al percatarse de que su invitado cabeceaba, trajeron una manta y le arrojaron dejándole todo el sofá para él. Bajaron las luces y tumbadas sobre la alfombra siguieron de plática.

—Qué tipo más raro —mentó Charo.

³⁸ Organización Revolucionaria de Trabajadores. Partido a la izquierda del PCE, con importante presencia entre los trabajadores.

— ¡Peón de Albañil —sentenció su amiga.

—Se ve clarísimo que lo que quiere es ligar.

—Como que tú no le hacías un favor, ¿eh, Charo?

—Vaya que sí, está requetebueno.

—Pues ahí lo tienes, dormido como una marmota.

—Hija —se compadeció Charo—, está lisiado el pobre.

Y ambas rieron.

-4-

Una tarde con Pink Floyd

Cuando los comuneros vieron las fachas que traía el Jambo se tronaron de risa. Especialmente el Rubio, a quién Pepe, pues trabajaban en la misma obra, le había contado la historieta.

— ¡Te las dan todas, tronco! —sentenció.

—Pegado a la estufa seguro que no pasa nada —le respondió el Jambo.

Y añadió:

Y a cuenta del brazo tú no sabes dónde y con quién he dormido yo esta noche.

—Con la jati de Atocha...

—La misma —mintió descaradamente—. Y tiene dos troncas cosa fina...

—Cuenta, cuenta...

—Te dije que si te camelaba [³⁹] venir —se vengó el Jambo.

—Bueno, pero... —se defendió el Rubio, sinceramente arrepentido—, si necesitas un colega.

—Date el queo [⁴⁰], mucharó [⁴¹]. Me las voy a quilar a las tres.

— ¡Anda ya, pegotero!

El Jambo había quedado con Maite y Charo para el fin de semana, además, confiaba ver el viernes a Ana en el hospital. Una vez que hubo arreglado los papeles de la baja y sin nada que hacer decidió pasar las mañanas tomando el solecito en el Retiro y las tardes tomando botijos [⁴²] en el barrio. Una baja siempre viene bien. El dinero le daba igual. ¡Siempre estaba a dos velas! Y en cuanto a Pepe que vino a visitarle una tarde después del currelo, le puso a parir:

— ¡Marica! Me podía haber muerto.

³⁹ *Querías.*

⁴⁰ *Escabullirse. (Irse, en la expresión).*

⁴¹ *Muchacho.*

⁴² *Botellín de cerveza.*

—Pero qué dices, tío, ¿no te socorrieron dos gachises?

—Claro, como tú andabas pegando voces como un majara.

— ¡Qué jari, tronco, qué jarillón! —Recordaba con orgullo Pepe—. Y fuimos nosotros, la vanguardia de la clase obrera, ¿eh?

— ¡Venga, Pepe, que estoy harto de verte sacar la barra de uña [⁴³] por cualquier excusa.

—Tío, es que si no, nos comen. ¿No querrás que tenga garlochí [⁴⁴]? Además, cada uno es cada uno.

—Claro, claro.

— ¿Qué?, ¿hace un botijo en ca Paco?

El Jambo se encontraba en su salsa. Algunos compañeros de Comisiones bajaron a saludarle y sin comerlo ni beberlo y por obra de la inconsciencia de Pepe, porque eso era y no otra cosa, inconsciencia, era un héroe. No con el tono que tenía la palabra en boca de Ana, sino un héroe de la clase obrera que se había enfrentado con éxito a la tribu enemiga. Que es muy otra cosa de lo que pensaba esa matasanos.

Y entre quinto [⁴⁵] y quinto —siempre invitado— al Jambo se le hacía el culo gaseosa.

—Y mañana viernes.

El brazo le bailaba en la férula, pero ya no le dolía. Para su desgracia Ana no apareció por ninguna parte. Unos ateeses le atendieron y le quitaron el vendaje. Se las vio y se las deseó para ponerse la camisa pues apenas tenía fuerza en el brazo. Le aconsejaron que lo conservara en cabestrillo unos días más. Usó el pañuelo de Maite para ello y se puso la cazadora por lo hombros. Menos mal que era la chungu porque se sentía torpón usando sólo la buena. El médico le dio un volante para su ídem de cabecera. Las vacaciones se habían terminado.

Comió en Legazpi en un restaurante de camioneros, se tomó un sol y sombra y se compró un ronly que tiraba fetén. Y ahora, a llamar a esas poncias y que le den morcilla a la chandé, que el culo de Maite es mucho bul.

— ¿Diga? —contestó desde el otro lado del teléfono la voz de la mencionada.

⁴³ Herramienta de los carpinteros de obra y otras profesiones.

⁴⁴ Arrepentimiento.

⁴⁵ Botellín de cerveza de 1/5 de litro.

— ¿Las hermanitas de la caridad? —bromeó el Jambo.

— ¿Cómo? —no entendió Maite.

—Soy el herido. Llamo por si eso.

— ¿Por si qué? —Y Maite seguía sin entender.

— ¿No habíamos quedado en que os llamara?

— ¿Pero quién eres?...

— ¡Ahí va Dios! Soy el del brazo roto.

— ¡Ah, bueno! Sí, sí, ¿cómo estás?

—Muy bien. ¿Qué pasa, nos vemos?

—Pues no sé..., no sé si vamos a poder.

El Jambo captó en el acto la retirada y también en el acto se mosqueó.

—Dos razones de buten, sí señor.

—No, es que... —pero el Jambo no le dejó terminar.

—Oye Maite, a mí no me tienes que dar explicaciones. Me dijisteis que llamara y eso he hecho. ¡A mandar y hasta otra! —Y colgó. Se arrepintió a los diez segundos pero ni por todo el oro del mundo volvería a llamar. Era un cabezón.

Comprendió que la tarde estaba perdida. Por un momento se vio sentado en el salón del Común pegado a la estufa y aguantando la caña del Rubio mientras se maqueaba para salir con su americana, si es que no se la traía al Común para pasársela por las narices. ¡Vaya ful! Tampoco tenía ánimos para buscar algún tronco y salir de farra.

No tuvo valor para sentarse a ver la tele en el salón y se encerró en su habitación. Se sentía torpón y se tumbó en la cama. Mirando un calendario en la pared lleno de tías en bolas, se empalmó y se la cascó. Después se quedó traspuesto hasta que unos golpes en la puerta le despertaron.

— ¡Tío! —Era Currito Chrysler, un comunero que trabajaba en Barreiros.

— ¿Qué pasa? — y la voz le salió a medio pronunciar.

—Que hay aquí unas chicas que preguntan por ti.

Estuvo a punto de mandarle a tomar vientos, pensando que era una broma del Rubio, pero se oyeron unas voces de fondo que eran de mujer. Se incorporó a toda velocidad, escondió

debajo la cama el pañuelo con el consumado, y se dio una rápida mirada al espejo para ordenar la cabellera. Y abrió.

Eran ellas: Ana, Maite y Charo. El corazón le dio un vuelco.

— ¡Hola! —dijeron. Y traían lucecitas en los ojos de la tarde fría. Y un aura les rodeaba como si fueran santas. O al menos así le pareció al Jambo.

Les mandó pasar, despidió a Curruto Chrysler que quería apuntarse a la fiesta, y cerró la puerta.

— ¿Cómo sabíais que vivía aquí?

—Tú lo dijiste, que vivías en el Común.

— ¿Lo dije? —se sorprendió el Jambo.

—Yo ya lo conocía —dijo Ana que seguía seria y distante—. Conozco a gente de este barrio. Lo que no podía suponer es que vivieras con el cura Llanos.

—Pues ya ves.

—Es muy completito —apostilló Maite.

Llamaron a la puerta.

— ¿Quién? —atronó la voz del Jambo.

—Nosotros... —Eran el Rubio y Perico el ateese.

— ¿Qué queréis? —les preguntó muy seco el Jambo. ¿Qué iban a querer?

—No nos vas a presentar a tus amigos... —intervino Ana. Encima ella.

—Pues no.

—¿Por qué? —se rieron.

—Porque todavía no me he decidido por ninguna.

Se mondaron de risa, sobre todo Maite. Ana se molestó.

— ¡Vaya!, ni que fuéramos propiedad tuya.

—En la guerra como en la guerra y en el amor como en el amor —le defendió Maite.

Fue Ana quien abrió la puerta. El Rubio y el Perico entraron sonrientes como dos tratantes de feria. Ambos se las maravillaban solos para camelar a cualquiera. Por contra de otras veces que tanto les había admirado, al Jambo le parecieron dos pesados, dos ligones

pringosos. Encima resulta que Perico conocía a Charo, porque estudiaban juntos fisioterapia. Había que actuar rápidamente si quería sacar algo en claro, sobre todo no dejarles acercarse a Ana. Los muy mamones...

Pero Perico ya estaba liando un canuto y el Rubio había puesto una cinta de Pink Floyd.

— ¿Pero es que os vais a apalancar [⁴⁶] aquí?

— ¿Es lo suyo, no? —respondió el Rubio con una seguridad que desquició al Jambo.

—Que música más bonita —mentó Maite por hacer buen ambiente.

—Pink Floyd, "La cara oculta de la Luna" —sentenció la docta Ana.

— ¿Por qué estás tan nervioso, chico? —le preguntó Charo al Jambo.

— ¡Eso! —quiso saber Perico.

—Porque no se ha decidido todavía —dijo Ana mirándole a los ojos.

Por fin. Ésta era la suya.

— ¡Falso! Me he decidido por ti, chica —le espetó el Jambo sosteniéndole la mirada con decisión. Ella ni pestañeó—. Así que, Rubio —le dijo a éste—, hazme un sitio y búscate la vida por ahí.

—De buten —contestó el mencionado, que ya le tenía echado el ojo a Maite.

El Jambo encendió una vela olorosa que le había regalado Mari Carmen hacía tiempo y apagó las luces. Subió un poquito la música y volviéndose a Ana y rodeando su cintura con el brazo sano, la besó. Que ya tenía ganas el pobre. Ana se dejó hacer. Ni sí del todo, ni no tampoco. Pero cuando el Jambo le metió descaradamente mano por su más hermosa anatomía, se hizo a un lado susurrando:

—Demasiada gente y además no estás en disposición —y le señaló el brazo.

—No será un moretón lo que se interponga entre nosotros, chati —bromeó él, que, tras varias caladas al canuto, empezaba a alegrarse. A su alrededor, recostados mal que bien sobre la cama, el Rubio y Perico habían seguido su ejemplo y pasaban al ataque. Ahora la estrategia consistía en que cada uno pudiera llevársela a su cuarto. No era la primera vez, aunque sí la primera que aparentemente se aventuraba tan fácil.

⁴⁶ *Asentar sus reales.*

Pero las cosas se desarrollaron de un modo imprevisto. Allí la batuta la llevaba Ana. Si ésta le daba cuartel al Jambo, Maite y Charo, ídem a su pareja. Si le sujetaba, lo mismo. Era una situación estúpida y así no iban a ninguna parte. Ni la música, ni el porro, ni nada de nada.

Al rato, el Jambo, que compartía con sus amigos un creciente dolor en sus partes más tiernas, propuso dar una vuelta.

Aceptaron. Para su sorpresa, las titis se manejaban estupendamente pese a los canutos que se habían fumado. Mejor que ellos, pues Perico estaba empezando a chamullar [⁴⁷] en extremeño, señal inequívoca de que estaba tocado, y el Rubio se daba continuas palmadas a sí mismo como si tuviera frío.

— ¿Qué os pasa, machitos? —preguntó con ironía Ana.

Como Perico tenía también coche, se repartieron por sexos. Estrategia muy peligrosa, pero había que tener en cuenta que ambos contingentes necesitaban urgentes reuniones de alto estado mayor.

— ¡Tío! —Se quejaba Perico ya en su buga —un simca mil—, ¡Vaya amigas que tienes!

—De eso que estáis pensando, inasti! [⁴⁸] —aseveró el Jambo muy serio.

—Tranquilos —dijo el Rubio, que raramente perdía la esperanza—, dos pasos adelante y uno atrás.

—Igual no nos hemos emparejado bien... —pensó en alto Perico a la par, como iba en Babia, que daba un frenazo en el semáforo del puente de Entrevías.

—El bacalao lo parte la chandé [⁴⁹] —aclaró el Jambo—, pero va de despistar al enemigo. Las otras parecen sus hijas.

—Por eso hay que separarlas —dijo muy seguro el Rubio.

—Ahora nos vamos a un pub que esté chindao [⁵⁰] —tramo Perico—. Ellas, seguro, que ya se han puesto de acuerdo. Vemos de qué van y con una excusa yo me abro con Charo. Y luego, vosotros os lo burláis como podáis.

⁴⁷ *Hablar.*

⁴⁸ *Nada.*

⁴⁹ *Sabio, Médico.*

⁵⁰ *De chindé, ciego, destruido, disperso. Aquí se usa como escondido, discreto.*

—Pero sólo hay dos bugas —se quejó el Rubio que ya se veía tirado.

—Es igual, yo ligo un tequi —se ofreció el Jambo—. ¡Total, para volver al Común!

— ¿Pero tú no has estado en su quelí? —le preguntó el Rubio, que no alcanzaba a ver el favor que el Jambo le hacía.

—Para ti la casa de su menda.

—Bueno... —se conformó el Rubio que, tramara lo que tramara el Jambo, después de esto le daba igual.

Ya en Atocha, los seis se tomaron unos cafés.

—Por cierto, Rubio —le preguntó el Jambo—, ¿dónde te metiste el viernes pasado, el día del putiferio?

—Me chindé en el tigre hasta que pasó el follón.

— ¡Qué niveles! —se rio Perico, que era un valentón, o mejor, otro inconsciente.

—A ti te quería haber visto yo, listo...

—Y en peores. Cuando mataron a Patiño...

— ¡Venga, corta! —le espetó de malos modos el Rubio, que en estas cuestiones no admitía lecciones de nadie.

Ellas escuchaban la conversación muy sonrientes, les hacía gracia el acento que le daban a las frases, ese acento chipé [⁵¹] especialmente vallecano.

No tuvieron que ir a ningún pub. Sin ningún esfuerzo se fueron aislando por parejas, pues ambas tácticas, y no por azar, coincidían exactamente. Perico y Charo se despidieron con la excusa de que Charo tenía que hacer no sé qué, pero estaba clarísimo que se iban al Común a echar un caliqueño. Poco después, Maite y el Rubio dijeron que se iban a dar una vuelta. Este tenía una sonrisa de conquistador de oreja a oreja, sin pensar, el muy cretino, que no era su artibuli [⁵²] ligón, sino que la cosa ya la habían decidido ellas de antemano.

Una vez solos, Ana se hizo la sorprendida, como si no tuviera nada que ver. Como el Jambo estaba escocido de anteriores batallitas, no se dejó atrapar en ninguno de los intentos de conversación que ella quiso improvisar. Con media sonrisa y cuarto de paciencia esperó a

⁵¹ Lengua. Por extensión, todo lo referente a las jergas barriobajeras.

⁵² En puridad chisme. También se usa como gracia personal.

que las cosas se pusieran solas en su sitio. Un par de nerviosas miradas después, Ana decidió entrar a saco en la tarde tontorróna que de seguir así las cosas se barruntaba.

— ¡Ay, machito, qué mal!

—No me llames machito...

—Pues anda que... Jambo.

—Así me llaman. Es cuestión de acostumbrarse.

—Muy bien, Jambo —dijo ella con una sonrisa que era una bomba de tiempo.

—Yo no quiero poner el dedo en la llaga —se sinceró el Jambo—. Pero supongo que estando juntos un viernes por la tarde y tal como han ido las cosas...

Ana sonrió.

—Lo que quieres decir es que terminaremos...

— ¡Dios te oiga!

—Vaya con la clase obrera, cómo está de reprimida, ¿eh?

— ¡Venga! ¡No te quedes conmigo! ¿Por qué, si no, habéis venido a verme esta tarde?

—Te equivocas. No ha sido cosa mía. Maite quería saber cómo estabas.

— ¿Sí?, pues ya has visto...

—Le gustará tu amigo.

—Ana, no me cortes más. Si no tienes intención de enrollarte, dílo y sanseacabó.

Ninguno de los dos sabía por dónde salir. El Jambo se mosqueó consigo mismo. Se mosqueó y se desanimó. Y en estos casos siempre reaccionaba igual.

—Ponme un JB con hielo —le pidió al camarero, y volviéndose a ella—: ¿Tú quieres algo?

No quería nada.

—Pobrecito mío —y le acarició las mejillas—. Y ahora se va a emborrachar como todo un hombre.

—Corta...

—Bueno, hijo, pues bébetelo y vamos a algún sitio tranquilo dónde podamos sentarnos porque tengo que hablarte de cosas muy serias.

-5-

Una víctima de la chochocracia [53]

Para su sorpresa, Ana detuvo un taxi y fueron a su piso. Al Jambo le encantaba aquel piso, tan calentito. ¿Dónde estarían Maite y el Rubio?

Tenía las palmas húmedas de la emoción. Hizo sus planes, un canuto, y luego desnudarla, jugar con ese divino cuerpo. ¡Santo Cielo! ¡Cuánto le gustaba! Pero no se hizo ilusiones. Nueva sorpresa, Ana le sirvió un güisqui. El Jambo se arrellanó en el diván y sumamente intrigado masculló con tono interesante:

—Pues usted dirá, señora mía.

Ana no parecía tener prisa. Con una excusa se cambió de ropa. No volvió más sexy pero sí más cómoda. Se puso un chándal afelpado.

—Sabes que me empiezas a caer mejor —dijo repentinamente ella.

Al Jambo esta frase no le hizo gracia, le sonó a aperitivo de una tajada mayor que vendría después y que no le hacía ninguna ilusión. En la propia actitud de Ana se adivinaban afanes que nada tenían que ver con sus planes. Aprovechó para hacerse el duro. Así es la vida:

—Me da la impresión de que me vas a pedir algo, ¿no?

Asintió con la cabeza.

—Necesitamos de ti.

—Maldito plural —y le pareció una frase genial.

—Pero no sé por dónde empezar —siguió ella.

—No voy a decir eso de que empieces por el principio, pero por lo menos dímelo claro y corto.

— ¿Cómo ves la situación del país? —le preguntó Ana.

Con esta pregunta el Jambo se dio cuenta de lo que presuntamente Ana quería de él. Reclutarle. Vulgar proselitismo. ¡Había pasado otras veces por ello! Incluso se había aprovechado de esta especial chochocracia como método de crecimiento de los grupúsculos de izquierda.

⁵³ Técnica de captación de militantes mediante el concurso de una hermosa mujer.

— ¡Venga, Ana! ¿Qué quieres, liarme a estas alturas?

—Cualquier cosa menos liarte —y su tono subió un poco—. Lo que quiero es hablar contigo. ¿Tan raro te parece?

—Ana, a mí me gustas tú, no tu partido, y no te lo tomes a mal, que no sé cuál es.

Bueno, mira... Milito en un grupo de izquierda que se está planteando un nuevo tipo de acciones. Acciones más comprometidas...

—Dame una pista.

—Necesitamos gente con experiencia y con contactos.

—Pero si a mí me echaron del PCE en el setenta y dos. Ya sólo milito en Comisiones. Yo soy de la puta base.

—Me refiero a experiencia a otros niveles. Sé que estuviste en la cárcel y que conoces gente. Antonio me lo dijo.

—Sí, estoy en libertad provisional. Pero la gente que conozco son como yo, obreros y rojos.

Ana estaba empezando a perder la paciencia. El Jambo era un hueso duro de roer:

—Ya veo que no quieres hablar de política.

—No hombre —se moderó el Jambo—, lo que pasa es que a mí me aburre hablar de política, esas interminables discusiones que tanto os gustan a los progres, a mí me aburren.

— ¿Entonces, tú qué opinas, qué quieres tú para este país?

—Yo... ¡La Revolución! Lo de siempre, la Dictadura del Proletariado, vamos, que mandemos los pobres.

— ¿Y tú crees que eso se va a dar así por las buenas?

—Me parece que no se va a dar...

— ¡Desde luego que no se va a dar! —parecía cabreada—. Con pactos por la libertad, con Juntas Democráticas, Plataformas, y toda esa porquería pequeño-burguesa, aquí no va a haber ninguna revolución se muera o no se muera la momia. Y menos cuando suba al trono el Pelele Primero.

— ¿Bueno, y qué? Me fui del PCE por eso. ¿Y qué vais a hacer?, ¿otro FRAP y matar más grises?

—No. No vamos a hacer otro FRAP. Vamos a crear grupos de acción para acciones más comprometidas. No vamos a permitir que muerto Franco aquí se instale un democracia orgánica, con Juan Carlos o sin él.

—Lo dices como si fuerais miles.

—Pues de eso se trata, de conseguir miles de personas comprometidas dispuestas a arriesgar.

—Ya hay miles en el PCE.

—No me hagas reír —se despachó ahora ella. ¡Carrillistas [⁵⁴]!

—Oye, —preguntó el Jambo con cierto mosqueo—, ¿no serás del PORE? (un grupúsculo, escisión de otro grupúsculo, escisión de la IV Internacional, que se caracterizaba por su ultraizquierdismo).

— ¡Por favor!

Ana calló un momento en el que tuvo dudas. Finalmente se confesó.

—Soy de Izquierda Comunista. IC.

Al Jambo le sonaba, no mucho, pero le sonaba: a la izquierda del PCE, intelectuales y profesionales. Publicaciones de mucha enjundia política.

— ¿Pero qué queréis, asaltar bancos?

—Una cosa así. Ya te digo que se trata de acciones comprometidas con objetivos muy concretos que refuercen la lucha de masas.

—Traduce eso —le rogó el Jambo.

—Primero hay que financiarse. ¿Ves algo malo en ello?

—No. Pero como dice Tomas de Quincey, se empieza por matar una vieja y se acaba por no ir a misa.

Esta mención literaria le sorprendió a ella.

—Pensé que estabas más a la izquierda —dijo Ana con cierta decepción.

⁵⁴ Mención despectiva para los militantes del PCE, cuyo secretario general era Carrillo.

—No sé dónde estoy —reconoció el Jambo—. Desde que salí de la cárcel no sé muy bien donde estoy. Milito en Comisiones pero sin integrarme totalmente. En definitiva creo que me he arrugado un poco.

Este arranque de sinceridad dejó a Ana sin palabras. El Jambo siguió:

—Desde que me trincaron en la huelga de junio, les he cogido miedo. Ahora sé cómo se las gastan. Sé que entré por una puerta y salí por otra, pero también podía haber salido por una ventana. Creo que es por eso y porque no encuentro nada que me convenza por lo que estoy en la guerra al ralenti. Además, me ocurrieron algunas cosas raras, y quizá también son muchos años sin ver resultados.

—Eso nos pasa a todos —le consoló Ana. Y siguió—: ¿Quieres que lo dejemos?

—No. Termina de contarme tu rollo.

—Yo lo que creo es que estás desorientado. Saliste del PCE, pero en el fondo te sigue pareciendo el único partido serio. Y a su izquierda, también es verdad, hay mucho imbécil. Nosotros tampoco somos nada, unos centenares en todo el país. Pero no nos engañamos. O se pone en marcha una fuerza de izquierdas capaz de actuar a todos los niveles de la lucha política, o nos comen vivos, Carrillo y los suyos incluidos. Nosotros proponemos la unidad de la izquierda bajo unos mínimos inexcusables. Un frente revolucionario que impida a los pactistas besar el culo de la burguesía.

— ¿Quiénes son los pactistas?

—Los carrillistas y los socialistas, que han fundado sendos engendros democráticos.

— ¡Ah! Nunca les había oído llamar así.

—Bueno... Sólo es una forma de hablar, espero que no te ofenda.

—No me ofende nada. Con el PCE tengo contactos en el barrio, y en cuanto a los socialistas, poca fuerza les veo.

—Ahora sí, pero cuando les llegue el apoyo de la Internacional Socialista, o sea de Alemania, nos vamos a enterar. No queda más remedio que financiarse como sea.

— ¿Y no hay otras formas?

—Tú me dirás.

—Ya, pero no quiero terminar como la gente de la Baader-Meinhof...

Se hizo un denso silencio. Por un lado al Jambo, que aquí le demostraba que no era tan simple y rudo como a primera vista, esta forma de financiarse no dejaba de parecerle tan legítima como cualquier otra, pero de lo que estaba seguro, es de que estas escaladas en la acción terminaban muy mal. Y él conocía en sus carnes los zarpazos que un régimen como el franquista podía dar antes de caer. Las once penas de muerte dictadas por los tribunales militares eran un ejemplo palmario de ello. Por otro lado, no dejaba de contemplar con simpatía el valor, las agallas que había que tener para plantearse estas acciones, ahora que todo el mundo reculaba, menos los vascos, que como siempre, al entender del Jambo, se llevaban la peor parte de la represión. En cuanto a Ana, ella no tenía dudas. Estaba armada de una terrible verdad: sabía que las fuerzas progresistas en la clandestinidad eran más débiles de lo que a primera vista pudieran parecer. Y si los grupos a la izquierda del PCE no eran capaces de aglutinar una entregada vanguardia capaz de agriarles la fiesta a carrillistas y socialistas una descafeinada democracia se impondría con toda probabilidad, pues a poco que se tuviera ojo político, ya se adivinaba la gran vocación de pacto que las fuerzas ilustradas ex franquistas y la oposición democrática tenían. Unas para no perder en el cambio, y las otras para ganar algo. La posibilidad de que IC, donde militaba Ana, un grupo tan sesudo como pequeño, pudiera encabezar la más mínima unidad de la izquierda, con "recursos financieros" o sin ellos, era de una entre mil. Todos los militantes de IC lo sabían, la habían discutido largamente como era su costumbre, y pese a ello, deseaban intentarlo, deseaban imponer un poco de racionalidad a las irreales, habitualmente, propuestas políticas de la extrema izquierda, aportando sus análisis y documentos en todos los foros, pero para ello hacía falta dinero, y para conseguirlo hacía falta gente que descendiera unas pocas veces, al último escalón de la subversión. Pero IC no tenía a nadie en ese escalón, ni siquiera disponían entre sus militantes de un obrero en su sentido estricto. IC era un grupo de selectos profesionales e intelectuales. Y Ana, que había sido encargada de esta tarea porque desarrollaba sus labores de base en una asociación de vecinos, había encontrado en el Jambo su tabla de salvación. Pero el Jambo era engañoso. Parecía un joven lleno de vida, agresivo, capaz de cualquier cosa a primera vista. Y no era cierto. El Jambo estaba quemado, como se decía. Los años de aparente infructuosa lucha, su detención, su paso por la DGS y por el TOP ^[55], y el reblandecimiento, a su entender, de las antaño férreas posturas de la izquierda, con el nacimiento en París de la Junta Democrática, le habían quemado. El Jambo probablemente exageraba. Sólo estaba cansado. Quizá su falta de perspectivas personales, estudiante metido a obrero y sin cargo en ningún sindicato que pudiera garantizar su futuro, le nublaban

⁵⁵ *Tribunal de Orden Público (Tribunales especiales del franquismo, carentes de toda garantía jurídica).*

la vista. Estaba perdiendo la esperanza. Cada vez le gustaba más el costo, la juega por la juega, olvidarse de sus problemas. Y como el Pertur no dejaba de señalar, este era un viaje a ninguna parte, quizá a la desolación, quizá era el viaje que muchos querían para los jóvenes como el Jambo.

—No sé, Ana —reconoció—. Todo el mundo espera agazapado que se muera este cabrón. Todo el mundo mira a Europa para que impida que los cafres vuelvan al treinta y seis. Otros, deliramos con imposibles revoluciones. Y en cuanto a la gente, las masas, sólo quieren que no haya sangre, pero aguantarán lo que les echen y aplaudirán al primer avisado que les garantice paz.

—Bueno, no seas derrotista, que no te va —le animó Ana—. Entiendo que tengas miedo. Todo el mundo lo tiene...

—No tengo miedo, al menos no en el sentido que tú lo dices —le interrumpió el Jambo, algo dolido.

—De acuerdo. Sólo señalarte, que es en estas cuestiones cuando las personas dejan clara la distancia que sufren entre sus opiniones, siempre fáciles, como sabes, y las verdaderas convicciones.

— ¡A ver si para demostrar mis convicciones voy a tener que asaltar bancos!

—No, no digo eso —aclaró Ana sabiendo que había hecho blanco—, me refería a gente como yo, como los camaradas de IC.

—Mira Ana —aseveró el Jambo—, yo me la juego todos los días, tanto en el tajo como en la guerra. Tanto me puedo caer de un andamio como me pueden matar a hostias los sociales.

—Yo lo sé, machito —le respondió—. ¿pero, qué me dices de tu grado de compromiso?

—Suficiente.

Ana se encontraba exhausta. Venían a su cabeza todas las argumentaciones que en decenas de reuniones había desarrollado y defendido. Ella era la principal animadora de este paso adelante de la organización. Y sin embargo, de nada le servían con el Jambo, era inútil usarlas. Las argumentaciones políticas sólo valen cuando la otra parte comulga contigo en lo fundamental. Y no era el caso del Jambo. Decidió dejarlo. Quiso relajarse, mañana sería otro día.

—Bueno, chico, dejemos la discusión por hoy.

El Jambo no supo qué decir. Quizá debiera irse. Su corazón de sufridor empedernido le decía que aligerase. Su deseo de abrazarla le inmovilizaba.

— ¿Sabes, Ana, en el fondo, no me fío de vosotros —esto no era del todo cierto, pero el Jambo quería justificarse. Sin embargo, Ana le creyó.

— ¿Y por qué desconfías?

El Jambo fue aún más cruel.

—Porque no sois de mi tribu. Os veo como a unos plumíferos.

—Tú tampoco eres un obrero, no pretendas engañarme.

— ¿No?, ¿entonces qué soy?

—Seguro que un estudiante metido a obrero.

—Eso no es así. Si ser estudiante de Maestría Industrial es ser estudiante metido a obrero, pues sí. Lo que no soy es un currique [⁵⁶]. Pero soy un proletario porque no tengo nada en la vida, ni donde caerme muerto —Y esto último sí era verdad.

—Me vas a hacer llorar —contraatacó Ana usando las armas del Jambo.

— ¡Además! —Dijo el Jambo con aire de terminar la historia—. ¡Yo sinelo [⁵⁷] lo que sinelo! —y se levantó dispuesto a irse. Tan ofendido estaba.

—Te ha sentado mal...

—Sí, y creo que debo irme.

— ¿Me permites una pregunta antes de irte? Te juro que tengo gran curiosidad. ¿Por qué hablas esa jerga con tus amigos y luego cuando quieres lo haces correctamente e incluso bien?

Este golpe terminó por exasperar al Jambo.

— ¡Porque es lo que nos distingue de los demás! ¡Pero tú no lo puedes entender, tía! —y componiéndose la cazadora como pudo recogió el tabaco y el mechero y se fue hacia la puerta.

— ¿Dime al menos cómo te llamas?

⁵⁶ *Albañil de profesión.*

⁵⁷ *Tener dinero. Aquí se usa por ser lo que uno es.*

—Jambo, ya te lo dije antes.

— ¿Por qué? ¿Qué significa?

—Que tengo las piernas muy largas.

— ¿Pero tendrás un nombre?

—Para ti, Jambo.

—Pues bueno, Jambo, no quiero que te vayas.

Se quedó inmóvil. Por un segundo dudó de su sinceridad, pero ella se lo aclaró.

—Olvida lo que hemos hablado —y sus ojos grises, clarearon y sonrió llenando su rostro inteligente de belleza e incitación.

El Jambo se apoyó contra la pared.

—Creo que me has desarmado —dijo quedo.

—Tú también a mí.

Estuvieron mirándose a los ojos un rato. El muro que había entre ambos se deshacía como agua.

—A mí me gustas, chica, ya lo sabes.

—A mí también me gustas tú.

—Pero ya sabes que no me fío de ti...

—Yo tampoco.

Entonces se rieron.

—Lo siento —dijo el Jambo acercándose—, pero te voy a besar.

—Bueno...

La cazadora cayó al suelo y allí quedó toda la noche. Ana jugó con el Jambo. Le enseñó cómo se puede hacer del amor, algo interminablemente delicioso, que de esto no sabía el vallecano, pues era demasiado pasional. Y el Jambo se dejó, primero asombrado y luego entusiasta. Fumaron canutos y salieron de sus ropas para posarse en la alfombra empequeñecidos como mariposas en celo. Y tuvo el vallecano que usar sus manos y su lengua sobre su intimidad hasta que ella le detuvo ya muy cerca de su placer. Y después Ana se sentó a horcajadas de los flancos del Jambo, y se movió lentamente durante eones hasta que él gritó y aulló y se tensó como el acero para caer derrotado y feliz, y ella aún siguió y

con el sedimento de su amante exhaló su final pegada a él, musitándole palabras ardientes, afiladas como el hilo final de su placer. Y luego quedaron quietos, abrazados, casi mareados, saboreando el hachís que los había sacado de la miserable vida de los tiempos que corrían.

-6-

La hija de la furcia

El Jambo entró silbando en el salón del televisor. El Rubio y Perico, que estaban allí pegando voces, al verle la cara, le palmearon la espalda. Ellos también.

— ¡Tronco, qué demasiado! —Graznó Perico—. ¡Vaya jaca!

— ¡Superior! —corroboró el Rubio.

El Jambo no dijo nada. Se sentó frente a la estufa, cosa que le fue permitida por mor de la comunión existente. También ahora era un poco héroe. Un proveedor de mujeres. En el mundo de la escasez, él les había proporcionado un par de hermosos polvos para aumentar la lista de sus fanfarronadas. No les importó que Charly anduviera por allí arrastrando los pies como un oso. La autocomplacencia rebozaba sus jaraneros vozarrones.

— ¿Bueno, y esta tarde qué? —preguntó Perico.

—Yo nada. He quedado con ella mañana por la mañana en el Rastro —les aclaró el Jambo.

—Pues nosotros vamos a ir a su casa para echar unos canutitos —informó el Rubio.

Eso no le gustó nada al Jambo. Aquel piso era territorio prohibido para ellos.

— ¡Macho!, ¿y tú americana, qué? —quiso saber el Jambo.

—Hay tiempo para todas —le respondió el Rubio. Y casi se le caía la baba de gusto.

— ¡Qué jodio! —se admiró Perico.

El Rubio tuvo un arranque de inconmensurable generosidad.

—Tronco, vente...

—Sí, hombre —dijo Perico—. Si se nos tercia un caliqueño, pues nos chindamos a una chambra [⁵⁸] y tú no te cortes.

—Chachi, tronco —confirmó el Rubio.

Así que se fueron a comer a un chino de Tirso de Molina más contentos que unas Pascuas, sin recordar que el Jambo tenía una reunión de la Delegada de Comisiones. Y el Rubio, que su americana no se despegaba del teléfono esperando su llamada.

⁵⁸ Habitación.

Por la tarde, de nuevo en el piso, Ana no estaba, tenía guardia. Como pronosticaron sus amigos, el Jambo se quedó solo en el salón. Pero no le importó. Bajo los efectos del peta y escuchando heavy, se rindió a las pretensiones de Ana, sin que ni siquiera estuviera presente. ¡Qué diablos! Tenía razón. Estos cerdos se van a cargar a once de los nuestros. Y él iba a aportar su granito de arena. No podía seguir militando a medias. Tenía un pasado al que debía ser fiel. Y este paso era justamente lo que necesitaba. Un poco de acción revolucionaria. Se lo diría a Ana mañana como el que no quiere la cosa. Así era él. Capaz de discutir políticamente una acción y una vez madura, tomar decisiones. Y se lo creía.

Y envalentonado, se puso a bailar una danza guerrera, mezcla de rock and roll, kárate y ardor revolucionario. Y se lo estaba pasando pipa. Entonces regresaron sus amigos. Se partieron de risa, pero todos le imitaron, las chicas también. Hasta que los vecinos de abajo golpearon con la escoba en el techo, hartos de tanto escándalo. Y Charo y Maite les pidieron moderación porque no querían líos. Aun así, estuvieron tronchándose un buen rato y sacaron bebidas e hicieron bocadillos de ocasión y el Jambo hizo más canutos, descubriendo, no sin preocupación, que su provisión de costo se agotaba. Pero fue una tarde memorable. A las once se fueron de parranda a la glorieta de Bilbao, y no hicieron mucho el macarra porque iban bien acompañados y estaban algo tocados, pero se sentaron en Pentagrama, allí donde tantas veces se habían sentado sin compañía femenina y discutieron de todo menos de política, pues por una noche, no vieron a los maderos, ni los panfletos sucios de pisadas por las aceras, ni las pintadas, ni los tipos sospechosos, ni nada. ¿Quién rayos era Franco esa noche? Nada, polvo del museo de los horrores.

Cuando el Rubio y Perico le dijeron al Jambo que se volvían al piso con ellas para rematar la faena, el Jambo no se mosqueó.

— ¡Qué vicio que tenéis! —bromeó.

—Hay que aprovechar las rachas —ironizó el Rubio.

Y Perico que tenía la vena filosófica y seguro que lo había leído en algún sitio, dijo:

—Es que la vida sólo es el tiempo que transcurre entre polvo y polvo.

Y esta mención le hizo mucha gracia a Maite, que tenía un hermoso brillo en los ojos de tanto mirar al Rubio.

Ana no se presentó. Se pasó horas esperándola debajo de Cascorro. A cada momento creía reconocerla entre la multitud. Para fastidiarlo, un grupo de fachas alborotó lo suficiente como para que se produjera una estampida que a punto estuvo de arruinar los tenderetes de

antigüedades de los gitanos. Estos se mosquearon mucho, y agarrando sus garrotas y jaleados por sus hermosas mujeres se organizaron para darle lo suyo a estos hijos de puta, pero ya habían desaparecido. Y la bronca, que en otro momento le hubiera entusiasmado, terminó por desquiciarle. Ahora sí que no había manera de encontrar a nadie en aquel caos. Se fue para la plazuela de los libros y tebeos y estuvo enredando hasta que se hartó y se fue a comer.

Derramó el vino dos veces y se fue endemoniado del restaurante. Dudaba si llamarla. Pero él era demasiado orgulloso para eso. Regresó al Común. Estaba vacío. Se encerró en su cuarto, se hizo el último canuto y durmió beatíficamente toda la tarde.

Al despertar, el Común seguía vacío. Se fue al Puente y valoró la posibilidad de comprarle un talego al Botines, un camello que era una hiena. Pero pasó, estaba seco de pelas. Se comió un bocata y se metió en el cine. Encima, una pareja no le dejó ver la película tranquilo. Una del Landa haciendo de falso marica con unas tías jamonas. A la vuelta no quiso hablar con nadie y se acostó. La buena vida se había terminado. No había estado mal, casi una semana. Pero había que volver al tajo.

Por la mañana se levantó con el tiempo justo. En el metro, un estudiante inexperto, casi le da en la cara con un tocho ^[59] de panfletos al arrojarlos dentro del vagón justo cuando se cerraban las puertas.

— ¡Gilipollas! —le gritó, sin que el estudiante, que se había quedado en el andén, pudiera oírle. Y como la gente le mirara dudosa, dijo para arreglarlo:

— ¡A ver si aprendes! —y cogió uno. Eran de la Junta Democrática, que si las penas de muerte y todo eso.

Tuvo una mala mañana, primero vino el Pertur a preguntarle si le había pasado algo, lo de la Delegada, que por qué no había ido. Le contó una batallita, un compañero recién salido del maco, que se habían ido a celebrarlo. Entonces el Pertur le soltó la retahíla, lo que se había hablado. Y el Jambo hizo como que le escuchaba.

Y para terminar de arreglarlo, el Bigotes le cambió de puesto y le puso a limpiar ladrillo visto con un cubo de vinagre y un cepillo de esparto. Subido en el andamio, el Jambo acabó por exasperarse. Había que largarse de la Constru, ya llevaba el tiempo suficiente como para estar harto. Al principio estuvo bien. Era como una aventura, las reuniones, las asambleas en

⁵⁹ *Montón de papeles. Libro.*

el sindicato vertical, las huelgas del Rayo y de Malpisa, los compañeros. Se lo había pasado bien, pero ahora no le compensaba. Él no aspiraba a un puesto en Comisiones, pretendía algo más, una chaqueta de cuero, un corraje y una pipa, y un buen follón donde ejercer de bolchevique. Pero quía, estaba todo más perdido que Carracuca. Lo de Ana, era quizá su última oportunidad. ¡Sí señor! ¡Me caguen la madre que los parió! No hay más cojones. Hay que liarse a tiros con estos cabrones. Aquí no se pueden templar gaitas. ¡Hay que ir a por ellos! Y cuantos más ladrillos limpiaba más se convencía. No era ya que le gustara Ana, ies que tenía razón!

Cuando sonó la campana y se sentó en la mesa del quiosco del tío Pío, la Asun que le había echado en falta, le preguntó:

— ¿Niño, has estado malo?

—Estoy jodido, Asun.

—Pues vente luego a las seis que quiero decirte una cosa.

— ¡Que no, Asun! —le respondió el Jambo pensando que lo que ella quería era trajín.

—Que sí, que te quiero comentar una cosa.

—Bueno vale. ¿Qué tienes hoy de papeo [⁶⁰]?

A las seis se fue para el quiosco. Estaba la Asun, dos motoristas de la pestañí, y una chica joven. Una hermosa joven.

—Niño, ¿tú conoces a mi hija?

—Pues no...

El Jambo estaba cortado por los picoletos. La hija de la Asun parecía de otra madre. Para empezar era rubia, quizá teñida, y estaba sabrosa como una cereza. Al reír se le veía un diente pocho, pero poco.

—Hola, ¿qué tal? —le saludó

—Bien...

—Se llama Pepi —aclaró la Asun—. ¿A que es guapa?

—Vaya que sí.

— ¿Oye niño? ¿Y tú, cómo te llamas? —quiso saber la Asun.

⁶⁰ Comida.

—Jambo.

Los picoletos se volvieron.

— ¿Jandro? —mal entendió la Asun.

— ¡Jambo! ¡Coño!

— ¿Y ese qué nombre es? —y lo preguntaba la misma Pepi.

—El mío —y se hizo el duro.

Uno de los civiles se le acercó para preguntarle dónde trabajaba. Pero la Asun le avaló diciendo que era un buen chico que no se metía en nada y que además era cliente.

La Asun le puso una cerveza. El Jambo y la Pepi se miraron, uno a cada lado de la barra. La Pepi le preguntó de qué trabajaba y cuando se lo dijo, ella se extrañó. Que parecía más espabilado de lo que se necesita para ser peón de albañil. Pero el Jambo no iba a contarle su vida. Ser peón sólo tenía mérito entre estudiantes rojos capaces de sublimar hasta la heroicidad, el sacrificio que comportaba arrojar los libros a un lado y dedicarse a la causa personificando en uno mismo el último eslabón de la sociedad humana. No había muchos, pero los había.

— ¿Y tú, a qué te dedicas? —contraatacó el Jambo.

—Ayudo a mi madre y tengo novio.

No le pareció al Jambo que tener novio fuera ninguna clase de ocupación. En cuanto a la primera de ellas, se preguntó si la hija tendría el mismo oficio que la madre. La Pepi hablaba de su novio, según lo describía, debía ser un tipo afortunado. Coche, un piso no sé dónde, que si ropa de no sé quién. Un rollo. Al Jambo le fastidió que tuviera novio, no por nada, sólo por el pingüi que se estaba tirando la muy majadera. Y es que la Pepi, lo era, nada especial, había miles como ella, hembras jóvenes, sanas, incluso hermosas como la Pepi, pero completamente desnortadas en opinión del Jambo. Sólo faltaba que se pusiera a hablar del Uri Geller de las pelotas.

¡Vale!, estaba jamona, rebosaba de vida y salud y probablemente le importaba un bledo la política o incluso le daba miedo, como a tantos millones de compatriotas. Sin embargo, el canalillo que se adivinaba bajo el ajustado suéter de pico se llevaba tres de cada cuatro miradas del Jambo. Y de esas tres, en dos de ellas se alisaba la Pepi el jersey, estirando, sacudiendo un ignoto polvo, recomponiendo un inexistente refajo, todo alrededor de su esbelto pecho. Y esta aspaventera que corría pareja con las bobadas que decía y que como

un guardia urbano dirigía el tráfico de miradas del Jambo, estaba a punto de conseguir que empezara a perdonarle todo.

— ¿Y dónde vives? —quiso saber ella.

—En el Pozo.

— ¡Ay!, pues yo tengo una prima allí, se llama Isabel.

—Pues no la conozco —atajó el Jambo antes de que ella se lo preguntara—. ¿Y tú, dónde vives?

—En la Ciudad de los Ángeles...

Lo decía como si la City fuera algo más que el dormitorio de los currantes de la Crysler.

—O sea —continuó el Jambo—, que autobús hasta la plaza Castilla, luego el metro hasta Atocha, y luego el 18, lo menos echas hora y media.

—Para venir sí, pero vuelvo en taxi con mi madre, o me lleva mi novio.

—Pues nunca te había visto por aquí.

—Sólo vengo algunas tardes, otras salgo con mi novio.

Como los picoletos se habían marchado, la Asun terció en la conversación:

—A que es guapo este chico, hija.

—Sí... —Y la Pepi se sacudió una mota imaginaria.

—Anda, hija, pasa al cuarto y mira a ver si el tío Pío necesita algo, que tengo que hablar con... ¿cómo dijiste que te llamabas, niño?

—Jambo...

Pero sin escucharle, la Asun le encareció a su hija para que tuviera cuidado con las zarpas del viejo lerruxista. Y cuando se hubo ido le dijo al Jambo:

—¿A que te gusta mi chica?

—Sí...

— ¡Ya lo sabía yo!

— ¡Asun!, no sé qué coño quieres de mí.

— ¡Ay, niño! Es que tengo un problema muy grande con esta hija.

— ¿Y cuál es el "poblema" —le preguntó el Jambo imitándola.

—Pues chico, que se ha echado un novio que no me gusta nada, uno de mala vida. Para mí que anda liado con golfos. Ya sabes tú.

— ¿Ah, sí? —esto le interesó al Jambo.

—Sí. Y mira que tiene admiradores, porque no es por nada, pero es que es igual que yo cuando era joven.

—Pues sí que estabas buena, Asun —la piropeó el Jambo.

— ¿Verdad?

—Bueno... Y el tipo ese, el novio, ¿qué pasa? ¿A qué se dedica?

—No lo sé. A la mala vida. Yo creo que es un chori [⁶¹].

— ¿No jodas?

—Me parece que sí. Y tú me podrías ayudar.

— ¿Yo?

—Sí. Quitándole a mi hija esos pájaros de la cabeza.

—Pero Asun, si yo no tengo dónde caerme muerto, ganas tú más en una tarde que yo en un mes.

—El dinero no lo es todo, niño. También cuentan las buenas personas. Y yo sé que tú lo eres.

— ¡Venga ya, Asun! ¡Qué coño sabes tú de quién soy yo!

—Se ve —aseguró ella con cierto misterio sureño.

—Bah... ¿Y qué quieres que haga yo?

—Podrías hablar con ella.

—Pero si no nos conocemos.

— ¡Ah!, pero yo le he hablado de ti.

— ¿Y tú qué sabes de mí, Asun?

— ¡Niño! Que he tenido tu rabo aquí —y se señaló la boca.

⁶¹ Ladrón.

El Jambo soltó una carcajada. Esta Asun era la monda. Con ella, uno tenía la seguridad de terminar tronchándose de risa. Era una andaluza estupenda.

—Vale Asun, hago lo que quieras

— ¡Ay, qué bien! Y ya sabré yo pagártelo —y se recorrió la cadera con la mano.

—Bueno, ¿qué tienes planeado?

—Nada, hijo, que le hables, la saques por ahí, para que no esté todo el día con ese sinvergüenza y vea otras cosas.

—Sí, vistas desde Palomeras Altas [⁶²].

—Pues sí, ¿es bonito?

Se volvió a reír. Eso era una madre.

— ¿Entonces, qué? ¿Quedo con ella ahora mismo?

—Pues, si quiere...

—Y no te da miedo que me la pueda beneficiar.

—Mira niño, te voy a ser sincera. Yo lo que quiero para mi hija es que se vaya con un amigo mío de toda confianza, un camionero que tiene un club en la carretera de Andalucía y se la quiere llevar de regenta.

—Pero Asun...

—Sí, chiquillo, que ese es un negocio seguro, que no están los tiempos para pamplinas.

En estas, la Pepi regresó con una bandeja con los cacharros de la cena del tío Pío. Éste también salió.

—Buenas, tío Pío.

—Humm —farfulló el viejo. No le hacía gracia que no hubiera clientes.

—Pepi —dijo la Asun—, este chico se va para Madrid, si quieres puedes irte con él.

— ¿Tienes coche? —preguntó la interesada.

—Tenía una moto, pero hace tiempo que me la mangaron —se excusó el Jambo.

— ¡Ah!, pues entonces esperaré a ver si viene mi novio, y si no me voy contigo en taxi —le dijo a su madre.

⁶² *Inmenso barrio de chabolas y casas bajas, anexo al Pozo.*

— ¡Anda, hija! Vete ya, que yo tengo cosas que hacer. Y tu novio no va a venir, que lo sé yo.

La Pepi se fue con el Jambo. Cogieron el autobús hasta la plaza Castilla. En el viaje, la Pepi se puso a hablar de una radio novela que por lo visto arrasaba el país. Y el Jambo, que ya tenía un plan trazado, y donde la Pepi no figuraba como compañera de nada, sino como la novia de un chorizo, al que tenía interés en conocer, se dejó hacer, y hasta respondió con monosílabos a la desenfadada charla de su compañera que desgranaba horribles tragedias que sólo existían en las ondas. El Jambo estaba pensando en otras cosas. Claro que había reflexionado sobre lo que su adorada Ana le había propuesto. Había cavilado mucho. Estaba convencido y preparaba un golpe de efecto. En el Pozo había chorizos, sí. Pero no eran de fiar. Los que el Jambo conocía sólo eran basura, el escalón que conduce al infierno en vida. Broncas, cárcel, incestos, borracheras, maldad. No había nada que hacer con ellos, era el lumpen, aliados objetivos de las fuerzas represivas. Necesitaba profesionales. Amigarse con un par de tíos serios. No conocía ninguno, y el novio de la Pepi era una buena oportunidad. Llamaría a Ana como si sólo le interesase el asunto político, nada personal. Tranquila, qué no te voy a pedir en matrimonio, así que no sufras. Y si lo que quieres es conocer gente del hampa, pues sí, tengo un par de contactos...

Al bajar del autobús se encontraron un fregado espantoso. Carreras, grises, botijos [63] regando. Hasta la policía municipal estaba en el follón. La Pepi se asustó y no quiso ir al metro. Que un taxi. Salieron zumbando para Atocha. Por la calle Antón Martín a la Pepi se le ocurrió que quizá le apeteciera bailar y para horror del Jambo, mandó parar al taxista delante del Consulado.

No tuvo huevos para negarse. Nada más entrar le sacudieron con el Mammy Blue. Y a la pista, titis. ¡Qué espanto!

Luego a una mesa. Y la Pepi que empieza a poner ojos de cordero degollado. ¡Ahí va Dios! Y que enseña canalillo y se pone en plan aquí estoy esperando un menda de verdad. Difícilmente se podía encontrar algo que más perturbara al Jambo en su forma de entender el sexo: ligar en la más hortera de las discotecas de Madrid.

Así que se puso a preguntarle por su novio. Que a él le interesaban también los bisnes, que de qué iba. La Pepi picó. Su novio era demasiado. Se llamaba Gonzalo, tenía negocios en futbolines y billares y además un ciento veintiocho especial.

⁶³ Aquí se refiere a coches cisterna de los grises que arrojan agua a presión, normalmente sucia o teñida.

Alargó todo lo que pudo la conversación, pero cuando sonaron nuevamente las lentas se acabó la plática. ¡Madre mía!, ¡cómo se pegaba la condenada! Y al Jambo le circulaba la sangre, arriba y abajo.

Y ella, en el colmo del cinismo va y le pregunta casi al oído:

— ¿Es que no te gusto? — ¿Cómo se podía preguntar eso cuando tenía el bulto clavado entre sus piernas?

-7-

¡A las armas!

El viernes, cuando llegó a la plaza Castilla después del currelo, llamó a Ana. Lo cogió Charo, quien le saludo cariñosa, qué donde se había metido.

— ¿Estas saliendo con Perico? —quiso saber el Jambo.

—Pues sí...

—Es un tipo estupendo, me parece de buten.

—Vale...

Se puso Ana.

— ¿Cómo estás...? —le preguntó ella.

¡Vaya una forma de empezar! Como si a él le pasara algo. No se habían visto desde hacía una semana, ¿y qué?

—Bien. Por qué.

—Por nada, chico. ¿Qué te cuentas?

—Quería hablar contigo, ya sabes, de lo del otro día.

Ella no sabía cuál de las dos cosas del viernes pasado.

—Pues que sí. Que cuentas conmigo.

— ¿De verdad?

—Sí. Lo he pensado tranquilamente.

—Oye, ¿has oído la radio?

—No, ¿qué pasa?

—Que se cargan a cinco [⁶⁴].

— ¡Hijos de puta!

—Pero que se los cargan mañana.

⁶⁴ Militantes de ETA y del FRAP. A finales de Agosto, el régimen había aprobado una durísima ley antiterrorista que permitió aplicar a todo el Estado y a todas las fuerzas políticas, lo que antes sólo se había atrevido a usar en el país Vasco.

— ¡Ah!, por eso está todo tomado.

—Sí, nos vamos a concentrar en una iglesia de Moratalaz.

—Pues me voy contigo.

— ¡No, no!

— ¿Por qué?

—Si estás decidido, no te metas en nada hasta que nos veamos.

— ¿Y tú, qué?

—Es distinto. Lo organiza mi asociación de vecinos. No hagas bobadas, ¿de acuerdo?

—Sí, pero no sé si te haré caso.

—Oye, tómatelo en serio o lo dejamos.

— ¡Vale, vale! ¿Y cuándo nos vemos?

—Ya te buscaré. Y ahora vete para tu casa.

—Sí mami.

Ella se rio.

—No seas zángano, Y adiós, tío bueno...

Y colgó.

El Jambo se quedó unos segundos con el auricular en la mano. La última frase le había dejado agradablemente confuso. Caminó hacía la boca del metro bajo una fina lluvia otoñal. Había sociales y grises por todas partes, pero los ignoró. Así que, tío bueno, ¿eh? Toma Geroma pastillas de goma. ¿Pero por qué no habría llamado antes?

Cuando llegó al Comunín, la gente se había ido a la capilla y estaban en asamblea permanente. Charly, Diez Alegría y el cura Juanjo se encontraban por allí. El Rubio también.

— ¿Ya lo sabes, no? —le dijo éste.

—Sí.

—Oye, ha venido Pepe el Carpanta preguntando por tu menda.

— ¿Qué camelaba?

—Nada, las Juventudes, que han montado un Comando en el Puente, era para invitarte.

— ¿Y a qué hora es?

—A las nueve, vamos a ir todos.

— ¿Y los purilis, también? —se refería a los curas.

—No, tío. Pero vente para la chambra que tengo que entoligarte [⁶⁵] una cosa.

—No me lo digas. Botellitas con un trapito.

—Sí.

—Pues a ver si furrulan mejor que los últimos.

—Un problema técnico, tronco. La mezcla que era chungu.

— ¿Y quiénes los llevamos, tú y yo?

—No, tú.

— ¿Yo solipandi?

—Tronco, que yo tengo que cargar con los panfletos.

— ¡Ah, bueno!

— ¿Y hay piquete para protegernos?

—No sé, tronco, ha sido todo muy rápido. ¡Además!, ¡estamos en Vallecas!

—Vale...

—Mira, tú, clavado aquí, que tengo que ver a una gente para concretar, y vengo enseguida.

El Rubio se fue. Y el Jambo se quedó dormido en su piltra. Cuando volvió su amigo traía mala cara. Le acompañaban Perico, Currito Chrysler y otros comuneros.

—Tío, lo han suspendido —le dijeron.

— ¿Y eso?

—Nada, ha bajado un baranda [⁶⁶] del Partido y lo ha prohibido.

— ¿Pero por qué?

—Política de altura, tronco. Que el Partido no se puede mezclar...

⁶⁵ *Darte.*

⁶⁶ *Jefazo.*

El Jambo estalló.

— ¡Me paso el Partido por los huevos!

— ¡Y yo! —gritó Perico.

—Esa gente es tan comunista como nosotros —dijo el Jambo.

El Rubio trató de calmar los ánimos. Pero entonces llegaron, el Morriña, José Luis, y gente de Bandera Roja []. Parecían dispuestos a todo.⁶⁷

—Nada, tronco —le dijo el Jambo al Rubio—, esto —y señaló los cócteles—, lo tiramos esta noche.

—Chachi —asintió el Rubio—. Pero déjame tiempo para reunir a la basca.

A la puerta de la cooperativa se reunieron un tropel de comuneros y jóvenes del barrio. Salieron a relucir banderas rojas y pancartas. Perico mandó al Lele [⁶⁸] a su casa. No estaba el horno para bollos. Coreando Franco asesino subieron por Carlos Martín Álvarez hasta Portazgo. Las calles estaban vacías. Cortaron el escaso tráfico y regaron el pavimento de panfletos, luego, el Jambo se repartió los cócteles con Pepe el Carpanta y los tiraron contra la sucursal del Hispano Americano. De los cinco, sólo ardieron tres.

El Rubio se mosqueó. Que hay que saber tirarlos. Pero el Jambo se rio de su amigo.

—Lo que hay que saber es hacerlos...

Se oyeron las sirenas de los grises. Un único canguro venía Avenida Albufera abajo. Algunos salieron corriendo. Perico sacó la cadena de la moto que tenía un pesado candado en la punta. Pepe, el Jambo y Currito Crysler cruzaron un banco en la avenida.

— ¡Para qué los habéis tirado contra el banco! —se quejaba el Rubio—. ¡Ahora es cuando había que tirárselos!

Pero los grises pararon el Land Rover a unos treinta metros y no osaron bajarse. Esto les envalentonó.

— ¡Asesinos! —les gritaron—. ¡Venid si tenéis huevos!

⁶⁷ Grupo maoista, originariamente escindido del PCE, apadrinado por Claudín, bestia negra de Carrillo (junto con Semprún) y que a finales del 75 iniciaron un proceso de expiación y regreso a la casa del padre.

⁶⁸ El entrañable tonto del Pozo. Rubio, de ojos azules y de buena catadura. Repartía porras calentitas por la mañana, y hacía otros muchos trabajos. Muy querido por los vecinos.

Les tiraron papeleras y poca cosa más. No habían venido preparados. Entonces sonó una detonación.

— ¡Venga, todo el mundo a correr! —gritó el Rubio.

No quedó nadie para ver qué había pasado. Algunos carrerones después volvieron a reunirse y regresaron al barrio tranquilamente sin dejar de gritar contra Franco.

En ca Paco se pusieron ciegos de botijos, se cagaron en todo lo que quisieron y cantaron la Internacional cuantas veces les dio la gana. Madrid estaba vacío, la noche entristeció, y hubo quienes no se acostaron para no tener que levantarse al alba. Fue un mal fin de semana.

El sábado los fusilaron.

Ana no dio señales de vida y los fachas se desataron. Prepararon una gran manifestación en la Plaza de Oriente, contra el resto de los españoles y contra el resto del mundo. Muchas empresas dieron la mañana libre, pero el Jambo la curró. Los periódicos babeaban, había listas de los que no habían ido pero se apuntaban a los irreductibles. El Jambo se subía por las paredes. Casi un millón dijo la tele. ¿Cómo era posible? Y el personal pasando miedo por las calles con aquella jauría suelta.

Esa misma mañana un grupo de militantes del PC(r) mató a cuatro guardias. Se llamaron a sí mismos Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre, por el día en que empezaron a disparar. Al Jambo le impresionó mucho esta acción. Conocía de vista a algunos militantes de este grupo que eran del Pozo. Un fraile rebotado que estaba casado con una hermosa vecina del barrio, además de "el Artista", un aficionado al teatro. Gente aparentemente normal y bien considerada. Pero ahora, en plena oleada ultra, parecía haber españoles dispuestos a devolverles los golpes. Como a la mayoría de la izquierda, al Jambo, este tipo de lucha le parecía que era ponerse al mismo nivel que los fascistas. Sin embargo, una pequeña reflexión, quizá acorde con sus últimas decisiones políticas no dejaba de inquietarle. Matar gente no es hacer política, es hacer terror, que es siempre la política de los bárbaros y de los desesperados. Pero Franco le había quitado la esperanza a mucha gente, practicando el más pavoroso terror con su propia población. ¿Cómo juzgar a los que le contestaban de la misma forma? A ver cómo habían llegado el dictador al poder, sino pasando a cuchillo a media España. Y el país vasco, ¿qué?, con la gente pasándolas más putas que Caín, con un estado de excepción tras otro. Además, cómo si importara que hubiera estado de excepción. Nadie les puede negar el derecho a defenderse. Ya lo decía aquel sabio: el tiranicidio es legítimo. Lo que pasa es que este país ha pasado tanto miedo y

tanta hambre, que está domesticado, derrotado, y de eso se aprovechan, ellos y algunos que dicen ser de los nuestros. ¡Eso es! No cumlgo con el GRAPO o sus primos del FRAP, ¿pero de dónde sacar palabras para censurarlos, después de lo que ha llovido en este país? Y en cuanto a los vascos, el Jambo seguía profesándoles una admiración sin paliativos, incluso después de lo de la calle del Correo. Y es que aquello no era trigo limpio, aquel atentado olía a servicios secretos. Consideraba a Eva Forest y sus compañeros como meras víctimas de la represión franquista más despiadada. ¿Qué tenían zulos [69]? ¿Y a quién no le gustaría tener un zulo para guardar la propa, o los cócteles, o la misma vietnamita [70]? ¡Coño, es que hay que tener las ideas claras!

Sí, el Jambo estaba cabreado. La imagen de Franco, jaleado por centenares de miles de personas, con el Borbón a su lado poniendo cara de despistar al enemigo, le amargó la noche mientras veía, junto a los comuneros, el asqueroso telediario. Ellos, que creían que el rojerío estaba casi listo para tomar todas y cada una de las plazas y calles de Madrid. Y ahora, esto.

El día seis ETA mató a tres guardias civiles. La cosa se ponía fea. En el curro, hasta el Pertur estaba mustio. Todo el mundo tenía miedo. Había que aguantar, a ver si la momia la palmaba de una vez. Y de Ana, ni señales. Vaya semanita que llevaba el país. Todo el mundo hacía cábalas, que si muerto Franco, los militares iban a tomar el poder y esto iba a ser el treinta y seis, que si la burguesía estaba por el cambio, y aquí no iba a pasar nada, que si Europa, que si...

Días después, Charo apareció una tarde del brazo de Perico, y le dio una nota de Ana. Luego se fueron al cuarto de Perico a follar, y como Charo daba unos suspiros espeluznantes, los comuneros se pusieron a dar la tabarra tras la puerta, y Charly salió de la habitación donde platicaba con unas cuarentonas, gritando que no había derecho. Pero como Charo no se enteró, siguió a lo suyo, y Charly, encorajinado se encerró en la habitación con sus monjas leninistas y subió el volumen de la música. Y todo el mundo en el Comunín se mondaba de risa.

La nota de Ana era una cuartilla doblada. ¡Vaya!, ¡qué seguridad! Nada, que la llamara a un teléfono. Así lo hizo desde la cabina de la esquina. Estuvo muy seca. Que fuera para Prosperidad y que esperara frente al mercado.

⁶⁹ *Escondite clandestino.*

⁷⁰ *Multicopista rudimentaria, muy popular entre el rojerío.*

Para allá se fue el Jambo, más intrigado que entusiasmado. Esperó un poco y apareció Ana. ¡Qué hermosa le pareció!, con aquellos pantalones vaqueros y el jersey ajustado. Sólo con verla se encelaba, pero lo disimuló.

—Vamos a tener una reunión —le informó ella.

— ¿No deberíamos hablar tú y yo primero?

— ¿De qué?

—De esto, ¿de qué va a ser?

— ¿Qué quieres saber?

—Bueno... Pues, ¿cuál es mi papel? De acuerdo, estoy con vosotros, pero me gustaría saber de qué va el rollo.

—Se trata de realizar algunas acciones que nos procuren dinero. Dos o tres a lo más. Después, el grupo se disolverá. Y en cuanto a ti, no estás obligado a nada, ni a integrarte en la organización, y mucho menos a compartir nuestras ideas. Personalmente, prefiero que nos sirvas de enlace con gente preparada para este tipo de cosas.

—No me has entendido —se quejó el Jambo—. Todo lo que me has dicho ya lo sabía. Te hablo de mí. Yo os ayudo en esto, ¿y luego, qué?

—Yo sí que no te entiendo —le respondió muy seria.

—Pues es muy sencillo, tía, ¿tú, por qué crees que estoy aquí?

—A mí no me mires, yo no te he obligado.

— ¡Ya, ya! —Se mosqueó el Jambo—, pero un poco de sexo sí que me has dado para ablandarme.

— ¡No te consiento que digas eso!

— ¡Vete a la mierda, tía! Estoy aquí, para que lo sepas, por convicción. Porque quiero y me parece bien lo que vais a hacer. Pero necesito más. Quiero que me cuentes qué pensáis, porque deseo militar en algo más que en un sindicato. ¡Te enteras!

Ana tardó un poco en reaccionar, pero lo hizo muy bien:

—De acuerdo. Cálmate. De verdad que me parece estupendo, pero tendrá que ser más adelante. Cuando se disuelva el grupo te lo vuelves a plantear. Cuenta conmigo para ello.

Sus palabras habían sido suaves y conciliadoras. Esto animó al Jambo:

—Me gustaría contar contigo para otras cosas.

Ana sonrió. Le miró a los ojos. El Jambo conocía y adoraba esa mirada:

— ¿Para qué quieres contar conmigo? —y le tomó de la mano.

— ¡Ya lo sabes!

—Bueno, pues todo se andará. Ya sabes que no te hago ascos —y le dio un besito en la boca.

El Jambo se derritió, se bamboleó como un flan y consintió:

—De buten, tronca, vamos para la queli esa de tus compis.

Le hizo dar varias vueltas por el barrio antes de decidirse a entrar en el portal de la casa donde iban a celebrar la reunión. Era un casa baja muy cerca de la fábrica de sostenes. Pasaron un zaguán y entraron en una gran habitación donde les esperaba más gente. Ana se los presentó por sus nombres de guerra. Al Jambo le llamó Charly. ¡Vaya, le habían bautizado ya! Uno de los presentes, era Antonio, el conocido del Jambo que trabajaba en artes gráficas con el que conoció a Ana, la cual, tenía, por cierto, por nombre de guerra, María José. Pues vale...

Y Ana empezó a hablar. Leyó un informe que llevaba en unas cuartillas. Que era el momento, que debían ser conscientes de la tarea que iban a abordar. Que si las medidas de seguridad y todo eso. Que esta iba a ser la primera y probablemente única reunión que iban a celebrar, que se establecerían formas seguras de contacto y que los responsables, o sea ella, facilitarían el modus operandi del grupo. Finalizadas éstas, el grupo se disolvería de nuevo en la organización, pero hasta ese momento, todo el mundo dejaría de militar, incluso en las tareas más elementales. Y para dar ejemplo, cuando terminó de leer la cuartilla, la quemó en un cenicero.

El Jambo escuchaba con interés, pero parejo a esto, observaba detenidamente a los concurrentes. A más de Ana, se encontraba el mencionado Antonio. No le veía el Jambo con una pipa en la mano. Era un blando. Un cachondo mental. Ultraizquierdista, eso sí. Y tenía también buena planta, probablemente era otro estudiante metido a obrero. Estaba también uno, nombrado como Wili, que tenía las manos finas y cuidadas, detalle fundamental en opinión del Jambo, para valorar a un tío. Llevaba el pelo largo y una trenca de progre. ¿Dónde quería ir con esas pintas?, se preguntaba el Jambo. A su lado se sentaba un tipo corpulento, de mediana edad, pelo escaso y canoso. Tenía el rostro perfectamente rasurado y

una viva e inteligente mirada. Lo habían presentado como el Pater. Y precisamente comenzó a hablar:

—Bueno, yo no voy a pertenecer al grupo, y estoy aquí por encargo de la organización como observador. Ya habéis escuchado a María José de que va esto. Quiero también que sepáis, que yo soy contrario a este tipo de acciones y así lo expuse en su momento, sin embargo, la disciplina me obliga a apoyar toda acción de la organización...

Ana quiso interrumpirle, pero el Pater no se dejó. Estaba claro que eran rivales políticos. El Pater siguió:

—Mi labor aquí es únicamente de control. Informar a quien corresponde de lo que aquí se trate y en su caso, también quiero que sepáis que tengo derecho a vetar acciones que considere fuera de los planteamientos acordados.

Antonio, entró en la lid:

—Vale, camarada, ya lo sabemos, pero nosotros tenemos mucho de qué hablar, así que si te parece, cumple con tu labor, y déjanos a nosotros que empecemos el lío.

—De acuerdo —se resignó el Pater.

Ana retomó la palabra.

—Bien. Como sabéis, estamos aquí camaradas de la organización y compañeros que no lo son. Desde este momento, la única militancia que se permite es al grupo. Todos dejareis vuestras tareas políticas habituales. Tampoco realizaréis labores de información ni de captación. Un comité de la organización decidirá las acciones a emprender, preparará los planes y aportará los medios al grupo, que como digo, no tendrá más labor que llevarlas a cabo. El grupo no realizará en ningún caso reconocimientos del terreno, ni otras parecidas, pues las acciones que se pretenden, serán sencillas y estarán completamente estudiadas de antemano por otros camaradas. Por tanto, la tarea del grupo de acción, insisto, consiste exclusivamente en ejecutarlas de acuerdo a unos planes que se suministrarán. Cada miembro del grupo recibirá en su momento detallada información de su tarea específica.

Bueno, pensó el Jambo, parece que habrá una especie de Estado Mayor que se encargará de todo, y que no seremos más que peones en una acción coordinada desde arriba. No le gustó, pero no dijo nada. En ese momento entraron dos personas, una de ellas era Maite. La última que hubiera esperado en una historia como esta.

Maite no le saludó. Estaba muy en su papel de conspiradora, pero al Jambo le daba risa. Él también podía currarse la página. Ellos eran unos pringados en el fondo. Tampoco es que él fuera nada, pero al menos tenía contactos. Conocía los bajos fondos. Bien lo sabía Antonio, y bien lo sabían Ana y Maite. Vivía en la frontera, en la linde con El Pozo del Tío Huevo, y la Celsa, territorio Apache, sin duda. ¿Que tenía que hacer un esfuerzo y buscar gente curtida?, no hay problema. Pero no era en esos barrios donde pensaba hacerlo. Allí sólo existía la desolación y la miseria. No. Era en otros lugares más céntricos, donde encontraría lo que necesitaba. Y el novio de la Pepi, sería su primera oportunidad. Pero eso era una sorpresa que le reservaba a Ana.

La reunión languidecía. El Wili, el mismo Antonio, y el recién llegado, desvariaban al parecer del Jambo, mientras el Pater, con cara de resignación se mantenía distante. De vez en cuando, sus miradas se cruzaban. Se le veía curioso en la persona del Jambo. Aunque éste ya estaba acostumbrado a la curiosidad ajena. Tenía planta y pose para eso y para más. Y si había que poner cara de malo, pues se ponía y punto. Como en el póker, el que quiera saber si es un farol que envite. En el fondo sólo era pura autodefensa. Y aunque muchos eran los que a lo largo de las andanzas del Jambo le habían calado, el farol estaba sólidamente construido en el par de mazas que tenía por puños. Había por tanto que ser muy valiente para tontear con el Jambo en estos temas. Si el Jambo ponía cara de duro, es que lo era y sanseacabó, y si no lo era, se aguantaba y se lo hacía, porque de tanto currarse la página, como se decía, uno terminaba por serlo. Sólo el Rubio, Perico, Pepe el Carpanta y alguno que otro más podían permitirse el lujo de zaherirle sin correr el riesgo de recibir un cate, una hostia, para ser más claros. Además, el Jambo había practicado artes marciales con la pasión del que adivina para que sirven realmente esas mañas. También practicaba el boxeo con Perico, que había tenido veleidades pugilistas cuando sólo era un sartenilla [⁷¹] en la obra del sanatorio de Portazgo. En resumen, el Jambo, era un tipo muy seguro de sí mismo, pero no un valiente, como podía serlo Pepe el Carpanta, o el mismo Perico.

Viene esto a cuento porque, cuando el Jambo no sabía qué hacer, decir o responder, por manifiesta inferioridad intelectual, adoptaba automáticamente la pauta de combate, que, principalmente, consistía en: ¡Chaval, tienes un pico de oro, pero puedo triturarte con una sola mano! Es por ello, que el Jambo no era muy popular entre los intelectuales y rojerío bien hablado. Y este era el caso. Se estaba empezando a poner nervioso. Aquella perorata sin sentido, aparte de las palabras de su adorada Ana, empezaba a fastidiarle el hígado. ¿A qué

⁷¹ *Fontanero-calefactor de obra.*

venía darle vueltas y más vueltas a lo que tan bien había expresado la camarada María José? Sobre todo ese tal Wili, con sus manos de blanca mantequilla, ¿cómo va a ser capaz de sostener una pipa, este fulano? Apreciación fundamentada en la creencia obrera —la necesidad obliga—, de que la fuerza de un hombre se ve en sus manos. Con estas ideas, la mayoría de la población quedaba relegada a la debilidad. Incluso esforzados deportistas caían derrotados bajo esta dura vara de medir. El Jambo siempre recordaba con regocijo la apuesta que ganó en el gimnasio Kimura de Vallecas, cuando un forzudo aspirante a bombero, cinturón negro, que andaba siempre haciendo demostraciones de los millones de lagartijas [72] que era capaz de hacer, cayó en la trampa de medirse con el Jambo en una competición de fuerza pura que consistía en levantar a pulso un pesado butacón sujetándolo con una sola mano por una de sus patas de atrás. La hazaña requería un pulso monumental. El bombero sucumbió, fue incapaz de levantar la butaca más de un palmo. El Jambo la levantó y la sostuvo en lo alto cuanto tiempo quiso. Cuando le preguntaron cómo podía tener tanta fuerza siendo tan flaco, respondió ufano:

—Pico y pala, chaval.

No en vano, de todas las obras donde había trabajado. era el que más lejos llegaba con una palada de arena de río sin que se esparramara,

La reunión, al parecer del Jambo, terminó fatal. Sí, mucho bla, bla, bla, pero luego nada. Claro, como todo iba a venir mascado de arriba, sólo hacía falta que pusieran el bul. De arriba, ese arriba que tanto odiaba. No obstante se guardó mucho de expresarle sus dudas a Ana. En ella sí tenía confianza. Ella tenía cabeza, sabía ser dura o flexible cuando la situación lo requería, menos mal...

Salieron por parejas, Ana se quedó la última con el Jambo. Cuando se dirigían al metro vieron como no muy lejos, el Wili y Antonio hacían una pintada sobre el cierre de una pescadería. A Ana se le puso mala cara. Así se cumplían sus órdenes.

En el metro, el Jambo quiso consolarla. Que no tuviera cuidado, que el conseguiría la gente precisa. Y que tenía toda su confianza. Entonces ella le pidió que se fueran al piso. Y aprovechándose, el Jambo la besó en el vagón, y Ana encontró los ánimos apoyando su cabeza en el pecho del Jambo.

⁷² Flexiones de brazos.

-8-

El chulo de la hija

El Pertur estaba muy cabreado. Pero el Jambo le cortó rápido. Se estaban zampando un par de latas de sardinas, regadas con vino tinto, y al calor de una fogata, dónde, para disgusto del Bigotes, ardían varios tablones nuevecitos. Y el Pertur insistía:

—Vale tronco, tú tendrás tus razones, pero a mí no me la das. Es esa gachí, que te tiene cogido por los huevos.

— ¿Tú qué sabrás?

— ¡Joder!, no hay más que verte. Estás atontado, hasta tengo miedo de que te accidentes.

—Esa gachí, compañero, me da vida. Me da ideas, y me la levanta cuando quiere.

—Estas encoñado. Y mientras tanto, yo tengo que hacerlo todo aquí.

—Vale, vale... —reconoció el Jambo—. ¿En qué te ayudo?

El Pertur tenía razón. En aquella obra perdida de la mano de Dios, sólo estaban ellos dos, y aunque el Pertur había salido elegido como enlace por Comisiones. El personal estaba desmotivado. Y es que él no podía hacerlo todo. Este Jambo ya no era el que fue en las Rozas. ¡Putas mujeres y puta droga! Además, el Pertur era un hombre del aparato, no un mitinero, ni un lanzado, como el Jambo. Y hacían falta de las tres cosas. Hombres del aparato para organizar, mitineros para agitar, y tropa de choque para las acciones directas. Sin esos tres tipos de sindicalistas era imposible calentar y madurar una obra. Y esto le tenía amargado.

A sus treinta y ocho años, el Pertur, se encontraba por primera vez desde que volviera de Alemania, desconcertado y asustado. El régimen no acababa de caer. La vanguardia obrera, estaba bien organizada a su entender, pero la clase trabajadora era en su mayor parte un erial sindical. Sólo había que salir de Madrid para darse cuenta de ello. En las pequeñas ciudades de provincias el panorama era muy distinto al de los grandes centros industriales, ¡joder!, si recibían al Juan Carlos ese, con aplausos. ¡Me cago en la leche!, qué falta de perspectivas. Y encima, la juventud no terminaba de encontrar su camino. Para el Pertur no había otro camino que el Partido. Y el Partido exigía la disciplina y lealtad de un ejército. Esto es una guerra, y no podemos perderla. No le hacían mucha gracia las nuevas hornadas de militantes, hijos de la pequeña burguesía, jóvenes profesionales ansiosos de las libertades

burguesas. Democracia, Parlamento. Sí, todo eso estaba muy bien, pero sólo era un paso. Los nuevos camaradas confundían a veces los objetivos inmediatos, derribar el régimen, con los finales, instaurar la República Popular. Y temía, que caído el franquismo, el país se conformara, y el Partido pasara a formar parte de las fuerzas parlamentarias, al estilo de Francia o de Italia. Y lo de Portugal, estaba por ver en qué quedaba, si bien, el Partido Comunista Portugués le parecía de los más serios de Europa.

Y para terminar, los últimos días habían sido demoledores. Puede que el régimen estuviera en las últimas, o que incluso hubiera gérmenes democráticos en el ejército, pero el aparato franquista estaba intacto, como lo demostraba su capacidad de movilización.

Al Jambo le trató con mucha paciencia, no quería que se rebotara. Que fuera a las reuniones y que repartiera la propaganda, con eso se conformaba.

—De buten —dalo por hecho.

En eso se aproximó el Bigotes, que llevaba ya un rato observándoles desde lejos.

— ¡Qué hacéis aquí! —les preguntó en un tono moderado.

—Comernos el bocata, ¿pasa algo? —le respondió el Jambo que era un irrespetuoso con todos los encargados.

—Pues terminad y volved al tajo.

Entonces, el Jambo recordó la propaganda que le acababa de pasar el Pertur, y sin más historias, le largó un boletín al Bigotes:

—Toma, para que te enteres de que va la vaina.

— ¿Qué es esto? —preguntó el encargado, bastante confundido.

—De Comisiones, chalao, de las Comisiones Obreras de la Construcción.

— ¿Comisiones? —aquí el Bigotes estuvo valiente—. ¿Comisiones? —repitió haciendo el gesto del dinero con la mano.

— ¡Hijo puta! —ladró el Jambo.

— ¿Será cabrón? —añadió el Pertur.

El Jambo atrincó la navajilla, no tenía nada mejor, y se la puso al Bigotes en el gaznate:

— ¡Que te mato!

— ¿Pero tú sabes con quién estás hablando? —Le espetó el Pertur—. Nosotros somos miles, nosotros somos los que vamos a mandar de aquí a nada.

—Estas no son maneras —balbució el Bigotes, verdaderamente alarmado del arranque del Jambo.

—Mira idiota —le dijo el Jambo con los dientes casi pegados a su nariz—, nos vamos a mover por aquí como nos dé la gana. Y tú no vas a decir ni pío. Porque como lo hagas, echo tus tripas a la gaveta, y si me trincan a mí, lo harán otros.

—Vale, déjame —suplicó el Bigotes. Y era ciertamente penoso ver a aquel oso gimotear, no tanto por miedo al Jambo, sino por lo que representaba

Cuando el Bigotes se fue con el rabo entre las piernas. El Jambo se puso eufórico como le ocurría siempre después de sucesos violentos que él consideraba victorias obreras:

—Este no vuelve a darnos la barrila...

—Sí, pero no hace falta ser tan bestia —le recriminó el Pertur—. También es un obrero, equivocado, sí, pero ya habrá tiempo.

—Ni obrero ni hostias, ies un mamón que nos ha estado jodiendo desde que entramos!

— ¿Pero no te das cuenta que la gente puede haberte visto y pensar que sólo somos unos matones? —le replicó.

— ¿Qué va, hombre! ¡Al revés!

—Bueno..., vale, ya te pasaré las citas...

Y el Pertur se volvió al trabajo.

A la una, el Jambo se fue al quiosco del tío Pío. Tenía cosas que hacer. ¡Qué suerte! Allí estaba la Asun, la Pepi, y un maromo, con una pinta de hortera hasta más no poder, que sin ninguna duda, era el novio de la Pepi.

Se lo presentaron como Gonzalo. No chamullaba como los de Vallecas, sino una especie de chipele [⁷³] de los barrios pobres del centro, heredera sin duda del habla chulapona de antes de la guerra, y que se fundamentaba más en el tonillo que en la mera jerga.

Vestía en Sepu, seguro. Aunque la chaqueta de cuero que llevaba le moló al Jambo. Se sentaron en una mesa y mientras el Jambo comía, y Gonzalo se tomaba una de chinchón, la

⁷³ Deje.

Pepi revoloteaba alrededor de ambos en una espléndida recomposición de refajos, escotes, cinturas, caderas y todo lo demás, que hacían imposible ignorar su cuerpo prieto de hembra encelada. Pero a Gonzalo no parecía importarle, y a los comensales mucho menos.

—Hablaron un poco de todo. No fumaba costo, ni trapicheaba, él estaba en cosas serias, billares, tragaperras, quizá apuestas clandestinas. Tenía un buga muy chulo, trucado y eso. Tenía parné, se lo montaba bien. Conocía barandas.

— ¿Y tú, qué?, ¿qué haces trabajando de alondra [⁷⁴]?

El Jambo utilizó la artillería pesada. Le respondió en el habla vallecana más dura. Quería que diquelara que estaba naquerando con un tío bragado. Como si eso se pudiera catalogar por el vocabulario barriobajero.

—La chipén... Este no es mi curro ni mi cotén [⁷⁵].

—Eso se ve...

—Otro chivel dicamos, ahora trinca el pañicari [⁷⁶].

—Las zarpas sí las tienes de currante. Eso se ve...

—Si tú lo dices...

—Lo digo. ¿Y tú, qué rollos te traes con la Asun, que no para de hablar de ti?

—No me traigo nada, me lo arrampo [⁷⁷] —y se rio.

— ¿Qué?, ¿la chuleas?

—Nasti.

— ¿Entonces, cuál es tu rollo aquí?

—Tranquilo, no soy un mangui [⁷⁸], pero hay que apuchelar [⁷⁹] y me busco la vida.

— ¿Con la Asun? —y Gonzalo parecía mosqueado.

— ¿No has semao [⁸⁰] lo que te he largao? ¡Qué no!

⁷⁴ *Albañil.*

⁷⁵ *—La vida... Este no es mi trabajo ni mi gente.*

⁷⁶ *—Otro día hablamos, ahora bébete la copa.*

⁷⁷ *Lo cojo.*

⁷⁸ *Ladrón. Aquí se usa como sinónimo de mala gente.*

⁷⁹ *Vivir.*

—Estupen. Pero voy a darte un consejo, chaval: cada perrito que se lama su cipotito.

—Lo mismo digo.

—De buten. Porque no me gusta que un badanas ande zumbando alrededor de la Pepi.

— ¿Ah, era eso?

—Sí, ¿pasa algo?

—No pasa nada. No me mola la Pepi.

—Estupen.

—Pues eso.

Y Gonzalo apuró la copa de un trago y se dispuso a marchar.

—No te pires, no he terminado.

— ¿Qué cojones quieres?

—Tú ya has piado lo que te camelaba. Ahora le toca a mí menda.

— ¿Y qué te hace creer que voy a hablar contigo, chorbo?

—Porque te interesa.

— ¿Ah, sí?

—Chachi.

—Pues suéltalo.

— ¿Tú, de qué vas?

—De lo que me sale del nabo.

— ¡Mira el banjoló [⁸¹]!

— ¿Qué dices?

—Nada, tranquilo. Asino curripen para un gachó que sea baró. Y camelo semar de tu men [⁸²].

⁸⁰ Entendido.

⁸¹ Valentón.

⁸² Tengo trabajo para alguien que sea valiente y quiero saber de ti.

— ¿Y quién te ha dicho a ti, que me interesa nada que tú tengas? No necesito que tú me des nada.

—Un kilo —disparó el Jambo.

—No le des tanto al mol —y señaló la botella de vino.

—Un kilo, macho. Un kilo para ti.

— ¡Serás julai!

—Vale, pues ajo y agua. Creí que eras un profesional, no un chulángano de billar. ¡Hala, dron...^[83]!

Gonzalo dudaba, por un lado, sentía una profunda antipatía por el Jambo, de buena gana se hubiera enganchado con él, estaba harto de que la Asun, y hasta la Pepi, le hablaran bien de él, de un vulgar peón de albañil. Pero por otro, eso del kilo, le tenía intrigado. Así que se calmó:

—Mira, chaval, no sé quién eres ni a qué te dedicas, pero larga lo que tengas en el coco, porque soy una persona muy ocupada.

—Me dedico a otras cosas, además de venir aquí a comer las judías de la Asun. Y te estoy ofreciendo un curro, que si sale bien, te reportará un kilo.

— ¿Qué trabajo?

—Despacio. Primero lo primero. ¿Se puede confiar en ti?

—Me ofendes tío.

—Pues no te ofendas. Porque además de mucho colorao ^[84], nos puede coger el toro.

— ¡Suéltalo de una vez!

—Hay que dar un palo ^[85].

— ¿Pero por quién me tomas? Yo no me dedico a dar palos.

— ¡Un banco!, ijoder!

⁸³ Camino, carretera.

⁸⁴ Oro, por extensión dinero.

⁸⁵ Atraco.

Gonzalo se quedó estupefacto. Lo último que hubiera esperado de su contertulio es que fuera un atracador de bancos.

— ¿Pero tú sabes de lo que hablas, pringao?

—Acabo de salir del maco [⁸⁶]. Hace dos meses que me dieron la blanca [⁸⁷]. Lo tengo pensado. Pero necesito gente alipiada [⁸⁸] —y en lo primero no mentía.

—Vaya, vaya —se admiró Gonzalo—, qué diría ahora la Asun.

—Punto en boca.

—Naturaca.

— ¿Bueno, qué? ¿pachibelas [⁸⁹]?

—No sé. No me fío. No te veo en la trena [⁹⁰]. Yo conozco...

—Mira, macho, vivo en el Pozo, ¿asinas? [⁹¹] Te estoy entrando de ley, porque me pareces un tipo serio. Pero no te equivoques, no te estoy pidiendo furuné.

—Ya, ya...

Como la Asun se acercó con el postre —una manzana—, dejaron la conversación. Gonzalo se alejó y se puso a tontear con la Pepi para demostrar a la concurrencia quién era el dueño de la niña.

— ¿De qué hablabas con él? —quiso saber la Asun, que no soportaba a Gonzalo.

— ¡Es un gilipollas! —le respondió el Jambo.

—Entre los dos me van a matar —se confesó la Asun.

—Bueno, cóbrame —cortó él, que no deseaba entrar en el tema.

— ¿Has pensado en lo que te dije el otro día? —insistió ella.

— ¿Pero, Asun, qué es lo que quieres de mí? ¡Dímelo de una vez!

⁸⁶ Cárcel.

⁸⁷ El papel que te pone en libertad.

⁸⁸ Alipiar es tener, poseer. Aquí se usa para indicar gente preparada.

⁸⁹ Aceptas.

⁹⁰ Cárcel.

⁹¹ Comprendes.

—Nada, niño, nada —y se marchó enfadada y sin cobrarle.

El Jambo se fue para la barra, los obreros se apretaban para tomarse el postre, o sea, una de chinchón, o de castellana, o un sol y sombra...

El Pertur ya llevaba dos.

— ¿Qué hablabas con ese macarra? —le preguntó al Jambo.

—Nada, es el chulo de la Pepi.

— ¿Pero la hija también es puta?

—No sé, a lo mejor...

— ¿Y de qué lo conoces?

—Me lo presentó la Asun.

— ¿Entonces se puede?

— ¡Coño, Pertur! ¿Qué te la quieres chingar, o qué?

—Macho —se sinceró el Pertur—, es que tengo a la parienta en cuarentena.

Era cierto, El Pertur había sido padre por tercera vez.

El Jambo se rio. No puedes agachar la cabeza sin darte con el nabo, le dijo.

—Soy de carne.

— ¡Coño! Yo pensé que los estalinistas no follabais...

—Sin ofender, ¿eh?

Pasaron los días, Franco enfermó y estuvo al borde de la muerte. Pero nadie lo supo entonces. El amigo Hassán comenzó a morder. ¡La marcha verde! ¡Lo que le faltaba al país! El rojerío simpatizaba con el Polisario y el Jambo también.

-9-

Una lección de política

— ¿Por dónde te metes, que no se te ve? —le preguntó el Rubio, una tarde que coincidieron en la sala de la tele.

—Una tía —fue su sincera respuesta.

— ¿La chandé?

—Sí.

—Ándate con ojo. Esa es una Pasionaria.

— ¡Tú qué sabes!

—Pregúntale a Charo.

—Pero si son troncas...

— ¡Viven en la misma quelí! No es lo mismo.

— ¡Pero qué dices!, si son las tres del mismo rollo político. ¿Por cierto?, ¿ya no sales con Maite?

—Ya no. Fue de buten, pero mi americana me tira más.

—Haces bien.

— ¿Has leído la prensa? —dijo el Rubio cambiando de tercio.

—No, ¿qué pasa?

—Han ingresado a la momia en la Paz.

— ¿Y la espicha de una puta vez?

—No sé, tronco, pero no veas la que hay liada, de periodistas y de personal histérico.

—Ese cabrón la va a diñar [⁹²] en la piltra [⁹³], ¿no, tronco?

—Para mí que está ya muló [⁹⁴], y están montando el paripé.

⁹² *Morir.*

⁹³ *Cama.*

⁹⁴ *Muerto.*

—Es chachi, habrá que estar alinquindoi.

El Granada vino a decirle al Jambo que alguien preguntaba por él. Salió por el pasillo, un poco con pena por dejar la conversación. En el patio le esperaba el Pater.

— ¿Sabes quién soy? —le preguntó éste.

—Sí, pero pasa.

Le llevó a su habitación.

— ¿Pasa algo? —preguntó el Jambo cuando se hubieron sentado.

—No, nada, sólo quería hablar contigo.

— ¿Conmigo?

—Ya sé que no nos conocemos. Y perdona el atrevimiento.

El Pater era un tiarrón. Iba ya por los cuarenta. Tenía buen careto. Una jeró expresiva y bondadosa. De ahí le venía el mote. Llevaba toda la vida en la guerra.

—Es que estoy preocupado...

—Ya.

—Me parece que vais por mal camino.

—Pero, yo soy el último ahí —se escurría el Jambo.

—No lo creas. Tú eres la pieza clave.

El Jambo se encontraba incomodo pese a que el Pater le inspiraba confianza. En el fondo de su corazón sabía a lo que había venido: que no hicieran locuras.

—Yo soy la última mierda. Además, vosotros sois una organización, y sabréis lo que hacéis.

—Aunque te parezca mentira, no.

—Que no, ¿qué?

—Que aquí nadie sabe lo que hace, ni tú, ni nosotros.

—Pues Ana sí lo sabe.

—La camarada María José —le corrigió el Pater.

—Pues eso.

—Mira Charly, por culpa de esta historia, estamos al borde de la escisión.

—Pero, hombre, ¿a mí qué me cuentas?

—Eres mi última esperanza.

Parecía deprimido. Cansado de esperar a que amaneciera.

El Rubio llamó a la puerta. Que estaban dando la noticia por la tele. Franco estaba en la Paz, sangrando por dentro. No estaba mal que sangrara él. A ver si la perdía toda.

Resulta que el Rubio y el Pater se conocían, de la guerra, claro. Y además hacían buenas migas. Al parecer, el Pater era un figura.

Cuando volvieron de ver el parte, el Jambo lo que quería era darle bola al Pater, pero a petición del Rubio y tras la llegada de Perico, se fueron a cenar a ca Manolo, verdurita rehogada, y sardinas o filete de cerdo, una caña de vino, y una pera o yogur.

En la cena tuvieron una animada discusión política. Sólo el Rubio estaba a la altura del Pater.

Claro —decía éste—, muchos quieren apuntarse ahora —lo decía por el notable crecimiento del PCE y de algunas otras organizaciones clandestinas—. Todo el mundo ha comprado champán, y todo el mundo cree que muerto el perro se acabó la rabia.

— ¿Y no es así? —preguntó Perico, optimista impenitente.

El Pater negó con la cabeza.

—Todo está atado y bien atado [⁹⁵].

—No jodas —le abuchearon.

—No me refiero al franquismo.

—A qué leches te refieres, entonces.

—A la Democracia.

—La República y todo eso —confirmó el Jambo.

—No, no creo... —dijo el Pater

— ¿Una monarquía? —le interrumpió el Rubio—. ¡Imposible! Eso no lo quieren ni ellos.

—Lo querrán.

⁹⁵ Frase pronunciada por Franco en la última gran concentración de la Plaza de Oriente.

—Explícate —le pidió el Rubio.

—Es muy sencillo. ¿Qué quiere la burguesía?, ¿una ruptura? No. Quieren una transformación paulatina a la democracia europea. Y si en el camino los trabajadores quedan peor que sus homónimos europeos, pues mejor que mejor.

— ¡Venga, hombre! —se mosqueó Perico.

—Me explico —continuó el Pater—. Había un Partido Socialista cuyos dirigentes estaban en la inopia. Pero hubo un congreso, todos lo sabéis. ¿Y quién manda ahora?

—Los del interior—le respondieron.

—Bueno, sí. Pero quiero decir, ¿cuáles son las expectativas del Partido Socialista? No tiene apenas militantes, ni siquiera la UGT, salvo en Bilbao y Asturias. Es decir, ¿cuál es el capital político del socialismo?

—No tiene más capital que las urnas —aseveró el Rubio.

— ¡Exacto! Cuando no se tiene militancia no queda más remedio que confiar en las urnas. Los socialistas no pueden plantearse huelgas generales, ni acciones de ningún tipo. Tienen que pactar por narices.

—Bueno, como todo el mundo al final —confirmó el Rubio.

—No, como todo el mundo, no. Porque el Partido Comunista tiene fuerza. No sé si será suficiente, porque todavía no hay manera de cuantificar las acciones, pero en cualquier caso, son los únicos que tienen capacidad de movilización, la que sea, pero la tienen. Cierto que no se sabe muy bien cuáles son sus verdaderas intenciones...

—Pero la Junta Democrática —terció el Rubio—, tiene una propuesta bien clara.

—Yo no lo dudo. ¿Pero respóndeme a una pregunta? ¿Por qué los socialistas no se han unido a la Junta?

—Bueno, ellos dicen que no quieren ser títeres de Carrillo. Además, las relaciones nunca han sido buenas, ya desde la guerra —explicó el Rubio.

— ¿Y te parece una razón de peso político?

—Toda la izquierda está dividida —dijo Perico—. De siempre.

El Pater continuó sin prestar atención a la mención de Perico:

—Pero surgió una organización que tiene implantación nacional y capacidad de convocatoria. Responded entonces, ¿por qué los socialistas han fundado esa plataforma, a sabiendas de que no tienen ningún poder de movilización?

—Porque en el fondo es una estrategia correcta —dijo el Rubio, que parecía seguir el razonamiento del Pater.

— ¡Claro! Agrupar fuerzas para las luchas que se avecinan. Pero no me refiero a eso. En la Plataforma están también los nacionalistas. Los socialistas y los nacionalistas no pueden convocar Acciones Democráticas Nacionales, pero representan a mucha gente. Tenemos la manía de creer que como parece que sólo se mueve el PCE y su izquierda, no hay que contar con nadie más. Esto nos traerá muchos disgustos, ya lo veréis. Por otro lado, el Partido Socialista —siguió el Pater—, es la fuerza política más presentable frente a la burguesía. No en vano los socialdemócratas gobiernan en media Europa. Si el Partido Socialista avalara a la Junta Democrática, la ruptura tendría probabilidades. El continuismo con Juan Carlos sería imposible o al menos muy difícil.

— ¿Y por qué no lo hacen?

—La explicación es muy compleja. El pasado... No sé, no sé cómo piensan realmente los socialistas, he leído muy poco de ellos. Pero estoy seguro de que nunca pactarán con Carrillo, con el PCE... Creo que en el fondo, PCE incluido, todos aspiran a ir solos en cuanto tengan fuerzas.

— ¡Vaya jarro de agua fría que nos has echado! —se quejó Perico.

— ¿Entonces, según tú, qué podemos hacer nosotros? —preguntó el Jambo.

Pero el Pater seguía con su razonamiento, sin hacer en realidad caso a las preguntas de sus oyentes:

— ¿Qué podemos hacer? De acuerdo que la Junta es la única capaz de movilizar a los trabajadores. Pero cuidado con sobreestimarse. Pueden surgir desagradables sorpresas. No creo que Carrillo ni nadie sepan realmente la fuerza que tiene la Junta.

— ¿Y qué, nos integramos con los carrillistas?

— ¡Sí, eso es lo que hay que hacer! Integrarse en la Junta Democrática, pero no para hacer la puñeta, hay que entrar con unos planteamientos mínimos y unitarios, y qué queréis que os diga, los de la Junta me parecen suficientes de momento. El problema surge con la confianza. La confianza en el PCE. Yo, personalmente, desconfío de Carrillo y su intacto

aparato de la Unión Soviética, aunque ahora se lo ventile en Rumanía, y desconfío mucho. Pero no veo otra salida que la unidad. He leído artículos de gente muy preparada, Semprún, Claudín y otros. Sé cómo se las gasta Carrillo y su tropa. Pero es la única alternativa que tiene hoy la izquierda. La izquierda del PSOE, quiero decir.

— ¿Y ETA, qué? —preguntó el Jambo.

—Espero que desaparezca en cuanto les den el Estatuto —respondió el Pater.

—Por ahí no tragan los militares —afirmó Perico.

—Podría ser que Euskadi amargara el invento a todo el mundo —dijo el Rubio.

—Sí. Euskadi será sin duda el punto de inflexión. Una incógnita más dentro de la gran incógnita que será la muerte de Franco. Aunque, yo personalmente no guardo ningún temor. ¿Por qué los vascos iban a ser distintos? ETA está tan cansada como todos. Todo el mundo está harto. Y además, de algo sí que estoy convencido. Sin Franco, no habrá franquismo. Venga lo que venga, será mucho mejor.

—Sí —afirmó el Rubio—. Necesitamos que toda la oposición sea una piña. No sé si lo verán mis ojos...

— ¡No seáis pesimistas! —casi gritó Perico.

— ¿Y quién no? —Confirmó el Pater—. Para cualquiera que tenga un mínimo de visión de la situación, mientras la izquierda esté dividida, dudo que tengamos verdaderas oportunidades de cambiar algo. Otra cosa son los delirios revolucionarios de algunos.

La mirada, casi triste que el Pater dirigió al Jambo, no hizo mella en el ánimo del vallecano. Para él, toda esta especulación teórica, no era más que eso, especulaciones. El futuro es por definición impredecible. ¿Qué sabemos de lo que ocurrirá muerto el dictador? ¿Que no hay condiciones para un proceso revolucionario?, ¿que la correlación de fuerzas no es desfavorable? ¡Las condiciones se crean! Eso lo sabe cualquier leninista. Y la correlación se cambia agudizando las contradicciones del franquismo. El problema es la unidad de la vanguardia. Una cuestión de mero bolchevismo. ¡Pero si es de manual!

Cuando se comieron la pera, Perico y el Rubio se volvieron para el Comunín, el Jambo, a petición del Pater, le acompañó hasta la parada de la garrula.

—No pude terminar lo que quería decirte —decía éste último.

—Sé lo que quieres, y no me gusta nada —le respondió el Jambo, sin ninguna gana de discutir.

Sabía que el Pater tenía razón al menos en una cosa. Era el momento menos indicado para hacer chorradas. Sí, claro, había que agruparse alrededor de los carrillistas. Qué duda cabe. Pero no le hacía ninguna gracia tal tesitura. Los conocía bien, si raspabas un poco en el barniz de la Junta Democrática, te salían al paso los duros militantes comunistas de toda la vida. Disciplinados, autoritarios, y con muy poquita tolerancia a las opiniones ajenas. Esta era una de las razones de la existencia de tantas organizaciones, presuntamente comunistas, a la izquierda del PCE, desde el Partido del Trabajo de España, hasta terminar en los más duros, el Partido Comunista (reconstituido), actual padre del GRAPO, pasando por todos los grupos prochinos, incluido eso llamado FRAP, hijo del Partido Comunista de España (m-l). La lista de siglas llenaría una cuartilla. Y he aquí, que una pequeña organización de intelectuales, cogida en el vórtice de su inoperancia, se plantea, como única forma de salir de las tinieblas, la financiación directa, rápida, y si todo sale bien, limpia. ¡Qué tenía de malo, violentar un poco la sacrosanta propiedad privada! Quitarles unos kilos a los verdaderos dueños del tinglado, los que financiaban con gusto los balbuceos democráticos del país. Desde luego, ellos no nos van a dar ni una sola oportunidad. Tomémosla nosotros. Así se lo expresó al Pater.

—Toda eso está, muy bien, de verdad, tienes un buen pico. —Le respondió—, pero es puro infantilismo. Delirios de la esquizofrenia que vive la extrema izquierda. Pero la realidad es muy distinta. No hay fuerzas para tomar el palacio del Pardo, esté quién esté dentro. Así que no hay más juego que el que ellos marquen, y el que nosotros seamos capaces de arrancar, eso sí, pacíficamente. Ningún país, ni formación política europea, apoyará jamás a fuerzas violentas. Ni moverán un dedo cuando los militares tengan la excusa para barrernos como en Chile. Cuando dije antes que estaba todo atado y bien atado, no me refería a lo que dijo Franco, quien lo tiene todo atado es Europa, Alemania, más concretamente. En los despachos de los planificadores de las grandes empresas alemanas, España ya tiene escrito su destino. El Mercado Común nos quiere de consumidores, y de camareros. A cambio ayudaran a los socialistas a conseguir el poder. Porque no hay nadie que represente como ellos la esperanza de las gentes y la seguridad de que la burguesía no correrá ningún riesgo. Por eso hay que atraerse a los socialistas, convencerlos de la necesidad de unidad, con tacto, paciencia, y por supuesto haciendo concesiones. Es un precario equilibrio, pues, el que la izquierda comunista debe mantener. Hay que unirse y presionar con todas nuestras fuerzas hasta que se produzca una ruptura pacífica al estilo del treinta y uno. Pero primero tiene que morir Franco.

—La verdad, me sorprende oír esto de alguien que milita en IC.

—Pero eso no tiene ninguna importancia en esta discusión. Lo que verdaderamente quiero rogarte es que reflexiones. Que te olvides de los planteamientos de la camarada María José. Tú no estás obligado a nada. En cierto modo eres un extraño entre nosotros. Reconozco que ha sido un buen trabajo de captación de esta camarada. Pero no tenéis ninguna posibilidad de éxito. Izquierda Comunista no tiene recursos ni personas para abordar otra tarea que no sea su integración en otra mayor, cuando menos atracar bancos, aunque sólo sea una vez. Nos desarticularán en una semana. Y personalmente, tengo miedo a eso.

—Pero eso no me lo digas a mí. Díselo a tu organización.

—Ya lo he hecho. Pero, desgraciadamente, la mayoría sigue las consejas de la camarada María José.

—Pues salte. Deja Izquierda Comunista.

—Sí. Aunque me concederás el derecho a intentar impedir lo que considero un desatino, y que me temo terminará por romper la organización.

—Desde luego. Pero comprenderás que no comparta tu pesimismo. Todo lo contrario. Creo que en cuanto muera Franco, este país despertará, amanecerá por decirlo así. Se abrirán muchas expectativas y sin ninguna duda, serán mejores tiempos. E Izquierda Comunista contribuirá a ello con todas sus fuerzas.

—Lo dices como si ya fueras militante.

—Tengo intención de integrarme.

— ¡Pero si no has leído ni una publicación nuestra!

—No me hace falta. Un grupo que se plantea, en los momentos que corren, acciones de este tipo. Es el partido dónde yo quiero militar.

— ¡Que bobada! Para hacer el loco hay muchos grupúsculos mejor preparados que nosotros. ¡Únete a ellos!

El Jambo le miró con ira. Pero al ver su rostro se le pasó. El Pater parecía cansado, temeroso. Y lo estaba. Los años de militancia, y varias “animadas” detenciones le habían afectado más allá de su pensamiento político. El Jambo también sabía de estos miedos. Pero mientras para el vallecano, Izquierda Comunista representaba una nueva esperanza, físicamente representada en la camarada María José, para el Pater, la previsiblemente muerte de Franco, ensombrecía su vida, a caballo de los temores y las incertidumbres que esa muerte traía en la grupa.

Se despidieron cuando llegó la camioneta [⁹⁶]. El Pater le tendió la mano. El Jambo se la apretó pero encontró el gesto fuera de lugar. Un tipo listo, este Pater, se dijo, aunque muy extraño. Después se encaminó para el Común. Pero se sintió mal. La conversación le había deprimido. Tanto es así, que dio la vuelta para el Puente y le pilló un talego de costo al camello de guardia.

⁹⁶ Nombre con el que popularmente se conocía a los autobuses que unían los barrios bajos con el centro, para diferenciarlos con los azules de la E.M.T. Iban pintados de verde pálido y los había en todos los barrios y se les llamaba "camionetas". En Vallecas, "garrulas".

-10-

El pisito V.P.O.

Por la mañana, el Jambo se durmió. Por ese motivo coincidió en la garrula con el Rubio, que por trabajar más cerca que él la cogía más tarde. Ambos llevaban un humor de mil demonios. Para terminar de estropearlo, dos idiotas se pusieron a pegarse en la plataforma del cobrador por una pamplina. Como no había apenas espacio, hacían lo que podían. El personal, obreros mañaneros, se puso a pegar voces. Uno de los contendientes, el que iba perdiendo a los puntos, le gritó al conductor que parara en la comisaría, que era madero. Esto cabreó mucho al Jambo y a su amigo el Rubio.

— ¿Pero tú eres gilipollas? —le increparon—. Tú ni eres de la pasma [⁹⁷], ni nada. ¡Venga dejad la bronca, o aquí mismo os matamos a palos a los dos!

Esta inesperada intervención fue aprovechada por el virtual ganador para sacudirle un puñetazo a su contrario. Fue un acto muy cobarde. El Rubio se volvió, le cogió de la chupa, y lo levantó a pulso golpeando su cabeza contra la barra del techo. ¡Verídico! ¡Y aún lo hizo otra vez! Claro, el Rubio era un gigantón...

La víctima quedó fuera de combate y el que se decía madero, ante aquélla demostración de poderío, no dijo ni pío. La paz quedó restablecida. Los viajeros alucinaban.

— ¡La leche!, ¡Rubio!, eso sí que no me lo esperaba —le confesó el Jambo, sin salir de su asombro.

— ¡Calla, tronco!, es que me ha mosqueado lo de la comisaría —le susurró—, es que llevo la tripa llena de Mundos Obreros.

Por fortuna, el Bigotes no dijo esta boca es mía cuando el Jambo se presentó a las nueve en la obra. Esto era así, si perdías el autobús de la empresa, estabas listo, las camionetas pasaban cada media hora.

Se fue para el tajo y estuvo toda la mañana eufórico. El Rubio sí que era un tío demasiado. Lástima que fuera carrillista. Con este tronco, se puede ir a cualquier sitio, ¡a cualquiera! Lo tenía todo, coco, físico, valor, facundia y prudencia. ¡Qué gran rojeras, era!

También pensó en Gonzalo. Tenía que buscar una forma de acercársele pero sin rebajarse ni un pelín. Y eso era difícil. Ya había visto cómo se las gastaba. Este tampoco se abucharaba.

⁹⁷ *Policía.*

A ver cómo le entraba. Lo mejor era por medio de la Pepi. Pero nada de pensar en tirársela, hacerse el amiguete, el tío bien enrollado que pasa de las gachises ajenas. Un tío legal, del foro, pero legal. Aunque la Asun seguro que estaba cabreada con él. ¡Bueno!, trataría de camelársela. Que sí, que le interesaba la Pepi. Cuatro palabritas y a amigarse con la Asun, de esta manera cogería confianza con Gonzalo. Pues esta era la clave de toda la historia.

En la comida no tuvo oportunidad de hablar mucho con la Asun, no parecía especialmente enfadada, pero tampoco le hizo mucho caso. Saludó al Pertur, y cosa extraña, éste no le habló de política. Se le iban los ojos detrás del culo de la Asun.

A las seis, volvería a intentarlo, se dijo camino del tajo. El ronly le duró lo suficiente para tener una tarde decente. Por la mañana había salido un poco de Sol y no se estaba mal. Además, desde el incidente con el Bigotes, hacía lo que le daba la gana. No sabía cómo, pero toda la obra lo sabía. Esto proporcionaba amistades y enemistades, pero así es la guerra.

— ¿Asun, estás mosqueada? —le dijo al llegar al quiosco.

—No —le respondió ésta sin levantar la vista del Hola.

El quiosco estaba vacío. El tío Pío escuchaba la BBC en el cuartillo. Y el farolillo apenas dejaba a la Asun luz para admirar las bobadas de su revista.

—Oye, Asun, ¿Y la Pepi?

—En casa, hoy no ha venido y siguió sin levantar la vista de la lectura.

—Me gustaría verla...

Entonces ella le miró. La Asun había sido bella. Ciertamente que estaba ya en la cuarentena bien entrada y que tenía más quilos de los debidos, pero conservaba el cuerpo prieto y las formas voluptuosas de su juventud. En sus tiempos seguro que fue una puta cara. Lo mejor de la Asun, es que habiendo llevado tan mala vida, todavía conservara la ingenuidad y el entusiasmo de sus años mozos. Por otro lado, su sinceridad era quizá su mejor arma. Era esa sinceridad, que cuando es andaluza, va al fin del mundo. Seguro que nunca había sido una mujer feliz, entusiasta, posiblemente, pero nunca feliz, y sin embargo, la Asun, lo intentaba de continuo. Era una mujer excepcional, aunque el Jambo no lo sabía.

—Que sí, que quiero verla —insistió el Jambo.

—Pues no va a venir.

Y como el Jambo se quedara sin saber que decir, la Asun se lo solucionó:

—Pero si quieres puedes venir a mi casa a buscarla.

—Bueno...

La Asun abrió la trampilla del mostrador y le dejó pasar, luego pasaron al cuartucho donde el tío Pío tenía el salón, el dormitorio y la cocina, y ella le dijo que el chico le haría compañía mientras despachaba a unos clientes que tenía apalabrados desde el mediodía.

El Jambo se sintió un poco cohibido, pero el viejo agradeció la compañía. Era el tío Pío un personaje donde los haya. Tendría la sesentena cumplida, y había pasado por la guerra, la posguerra y el ahora, presumiendo siempre de lerruxista. Como el Jambo ignoraba mucho de estas cuestiones, el tío Pío le soltó la parrafada esa del político más farsante de la historia reciente de España, esa que dice lo de levantar los hábitos de las novicias, que el viejo se sabía de memoria.

La charla amena del tío Pío le entretuvo mientras la Asun trabajaba, y que trabajaba era evidente por los jadeos y resuellos que se oían a través de las delgadas paredes del quiosco. A fe del Jambo que al menos pasaron tres. Al tío Pío le traía sin cuidado, hablaba y hablaba de sus años mozos, iba ya por el pacto de San Sebastián, cuando la Asun entró para salvar al Jambo de las andanzas del tío Pío en el año treinta.

Caminando hacía la parada de taxis a la vera de la Asun, que se había pintarrajeado de la manera más vil, vio al Pertur esperando el autobús para la plaza Castilla. ¿Qué coño hacía el Pertur allí a las siete? ¿No sería que...?

—Oye Asun, ¿el Pertur te visitó esta tarde?

—¡Ay!, no sé quién es ese, ¿un amigo tuyo?

—Ese que está ahí esperando la camioneta...

—Desde aquí no veo nada, ¿pero por qué?

—Nada, cosas mías.

El tequi tardó lo suyo en llegar a la City. Pasado Legazpi, se enfilaba la carretera de Andalucía, y tras un paisaje de chatarra orinienta y un fantasmagórico avión en pedestal, se alcanzaba la Ciudad de Los Ángeles, la City. Gigantes amarillos mirando a Madrid, çe ta dire, al norte. Por eso, la ciudad era fría en invierno, y ardiente en verano. Sin duda, un primer premio de arquitectura para un congreso de arquitectos sádicos. Allí, rodeada de currantes de la Crysler, antigua Barreiros, vivía la Asun. El Jambo, que no había abierto la boca en el viaje, y pese a no ser especialmente sensible no dejó de notar esa tristeza pesada que siempre

impregna los lugares donde dormitan los obreros metalúrgicos. Los escasos intentos de jardines que, a veces, surgían de la tierra apelmazada, no habían prosperado, y no por culpa exclusiva del ayuntamiento. Más al sur, algún campamento despistado de gitanos, algo más lejos, Orcasitas, y un poco al este, San Cristóbal de los Ángeles, y más allá, el famoso cerro.

El Piso de la Asun, el piso que ella había comprado, ahorrando peseta a peseta, en los tiempos en que su carne era cara, su piso, era una caja de cerillas. Vivía allí con su hija y estaba orgullosa de su caja de cerillas. De su hogar. Y con este espíritu se lo enseñó al Jambo. Aquel salón, recreación universal del museo de los horrores de los recuerdos de Talavera en tresillo de eskay, con televisión en el altar, y hasta un tocata. Dos dormitorios, el water, y la cocina terminaban, junto con una húmeda terraza, el hogar de la Asun. Pero el Jambo sólo vio el salón. Y ni siquiera se fijó en la variopinta necedad de los recuerdos de lugares imposibles adquiridos en estaciones de ferrocarril. No, el Jambo se sentó en el tresillo, por cortesía de la Asun, más una cerveza, también, pues la Pepi no estaba, pero no tardaría, fijo.

Y mientras, la Asun se desnudó, se puso su bata casera, y debajo su pijama de franela, y luego paso al baño, y se lavó concienzudamente sus partes, para arrancarse cualquier rastro de amor inhumano. La Asun no tenía cama de matrimonio en su dormitorio. No lo necesitaba. Nunca había hecho el amor en su hogar. Ni tenía intención. Claro que había tenido amores, amores sí, pero nunca enamorada. Jamás encontró un hombre a su medida. Pichas bravas, muchas, ella era ardiente. Admiraba un picha fuerte, como se admira a un semental, pues para ella, las dos cosas iban indisolublemente juntas, pero pasado el gozo, que siempre tuvo fácil de alcanzar, espantaba a los aspirantes a chulo, como el rabo de la vaca a las moscas. Su hija y su profesión la mantenían en el carril. La carrera, de puertas para fuera, la Pepi, en su hogar. Y ahora, cuando tenía el piso pagado, para ella, y anhelaba retirarse de la profesión, y hasta buscarse un novio serio, ahora, la Pepi se revolcaba con un chulo, un chorizo, un mala gente. Y no tenía a quién recurrir. Clientes y conocidos, muchos, amigos en quien confiar, ninguno. Y para acabarlo de desgraciar, la Pepi ejercía ocasionalmente su misma profesión, a sus espaldas, claro, pero como si a ella le pudiera engañar. Y el Gonzalo, ese, chuleándola...

Ella, que le había buscado un puesto de madama en un local de un camionero antiguo cliente suyo, un hombre razonable, que aceptaba a la Pepi, como dueña y no como puta. Pero aún no había dicho su última palabra. Y aquí entraba el Jambo. A la Asun no le engañaba. Bien sabía ella que éste era tan albañil como ella monja. ¿Por qué lo hacía?, no lo sabía, las

cosas de la política, quizá. Y hasta le parecía bien. Era un rasgo de autenticidad, a su ver. Y si lo que la Pepi quería era quitarse el ardor, seguramente heredado, este chico le venía al pelo, se le veía tan necesitado de un chocho. Por contra, el Jambo nunca la chulearía, ni le pegaría, ni nada de lo que ella había tenido que soportar en su juventud. Más adelante, el Jambo volaría, seguro, pero para entonces, Gonzalo ya sería agua pasada, y la Pepi se libraría del baboso. No estaba muy claro cuando fichó al Jambo para amante de su hija, nada tenía que ver el que en una ocasión el Jambo supo mantener la picha tiesa un tiempo excepcional en su mismo coño, eso le era indiferente, los amantes se afinan con el tiempo. No. Veía en el vallecano, sinceridad, aparte de unos hermosos huesos, y además, la Pepi, vera hija suya, no le hacía ningún asco. Y así, estaba dispuesta a encerrarlos en el dormitorio para que se hartaran de follar y se anudaran en el gusto por largo tiempo. Y de Gonzalo ya se ocuparía el Jambo, y si no, ya buscaría ella a alguien.

Cuando la Asun volvió al salón, el Jambo ya se había bebido el tercio. Tenía que adecentar un poco la casa, y preparar la cena, pero lo pospuso para charlar un poco.

—Oye, niño, me dijiste que no tenías novia formal, ¿verdad?

—Ya te dije que no.

— ¿Y la Pepi, ¿te gusta?

— ¡Que sí, Asun!, ya lo sabes.

—Tu sabes que a mí no me agrada nada ese Gonzalo con el que sale.

—Ya. Y quieres que yo lo espante.

Por un momento, en los pensamientos del Jambo se cruzaron sensaciones parejas al remordimiento. Lo que él pretendía, ¿no era en el fondo traicionar la confianza de la Asun? Hasta la presente, la había considerado una puta. Graciosa, enrollada, macizorra, todo lo que quieras, pero furcia. Y ahora, las cosas se complicaban. Se estaba metiendo en su vida. En cierto modo también él quería chulearla.

La Asun le contó su verdad. Él ya lo sabía, que un amigo suyo, un puticlub, bla, bla, bla... Para el vallecano todo se limitaba a si estaba dispuesto a seguir con el paripé o salía de naja y todos sus planes se iban al garete. Y luego a contarle a la camarada María José que era un pringado que no conocía a nadie y que de lo dicho ni mijita.

La Asun le trajo otra cerveza. Era curioso, con la cantidad de bebida que había servido en su vida, la Asun no probaba el alcohol.

Sonó el teléfono, y la Asun respondió con monosílabos, que sí, que no, que adiós.

—Era Pepi —dijo—. Que se va al cine con Gonzalo y que llegará tarde.

La noticia le cayó como una losa. ¡Al carajo! Toda la tarde perdida. Bueno, pues habrá que pirarse...

— ¿Dónde vives? —le preguntó la Asun adivinando sus pensamientos.

—En el Pozo. Dos horas fijo.

—¿Quieres que te dé dinero para un taxi?

— ¡Asun!

—Eso es lo que me gusta de ti, niño.

— ¿El qué?

—Que no eres interesado.

— ¡Tú qué sabrás!

—Anda, chiquillo, no te hagas el chulito conmigo.

—Bueno, me voy... Otra vez será.

—Oye..., nunca me acuerdo cómo te llamas, ¿tú, dónde cenas?

— ¡Qué!, ¿me vas a invitar?

—Si quieres... Así te vas cenado y me haces compañía un rato.

—Pues vale.

Pasaron a la cocina y se pusieron a hacer una tortilla de patatas. Y Aunque el Jambo sólo miraba, parecía como si le ayudara en algo. Después se la comieron con una ensalada. La Asun bebía mucha agua.

—Es bueno para el riñón —dijo.

— ¿Nunca bebes vino, o cerveza?

—No me gusta. Mi padre murió de eso, y tengo un hermano en Cádiz camino de lo mismo.

—Ya.

Se pelaron unas manzanas y el Jambo se echó un pito. La Asun tampoco fumaba.

— ¿Y costo tampoco fumas? —le preguntó el Jambo, al recordar el talego que llevaba en la chupa.

— ¿Eso qué es?

— ¡Hachís, coño!

— ¡Ah, grifa!

—Más o menos.

—Mi padre era legionario en Ceuta —explicó—. Pero nunca lo he probado.

—Pero te habrás hartado de ver gente fumando. Y sabrás que no hace ningún daño.

— ¿Tu fumas grifa? —le preguntó ella.

—De vez en cuando, para celebrar algo.

Eso no le gustó a la Asun.

— ¿Y qué sacas con eso?

—Nada, me entono un poco para pasarlo bien. Te ríes, y para follar es cojonudo.

— ¿Y tú, niño, follas mucho?

—De Pascuas a Ramos.

—Ya me parecía a mí...

— ¿Qué quieres decir?

—Nada, que una te lo nota.

— ¿Lo dices por aquella vez?

—No. Que yo entiendo de eso, y te veo poco corrido.

—Pues tú bien que lo pasaste.

—Trabajo me costó —y soltó una carcajada.

—Bueno, porque estaba cortado...

— ¡Vaya que sí!

El Jambo estaba a gusto en la casa de Asun. Se olvidó de sus historietas y se relajó mientras se tomaba un nescafé. Luego le pidió a la Asun que pusiera la tele por si decían algo

de Franco, que estaba en la Paz. Se fueron al salón y vieron el telediario. Que le habían operado y que se mantenía estable. El hijo de puta no se moría ni para Dios!

— ¿Y tú, de este cabrón qué? —le preguntó a la Asun.

—Yo soy apolítica.

— ¡No me jodas, Asun!

—Oye, si a ti te parece que está mal, pues veo bien que estés en contra, pero yo no creo en la política. Siempre habrá pobres y ricos.

Esta era la típica respuesta que ponía al Jambo al borde del disparador. Sin embargo, se contuvo.

—Bueno, vamos a dejarlo. ¿Oye, me dejas que me haga un canuto antes de irme?

— ¿Aquí?

—Si te molesta, nada, paso.

—Bueno, échatelo si quieres, pero uno, ¿eh?

—Vale.

Se lo lio y lo prendió. La Asun, le miraba, entre molesta e intrigada.

— ¿No esperarás que empiece a volar por la habitación?

—No hijo, he visto a muchos.

— ¡Ah, bueno!

Estuvieron callados mientras el Jambo se lo fumaba, serían sobre las nueve y media. En la cabeza del Jambo estaba ya la idea de coger la chupa y largarse. Mañana había que madrugar, y además hoy había llegado tarde y no podía repetir la faena. El teléfono volvió a sonar.

La Asun se lio a pegar voces por al aparato. Seguro que era la Pepi con alguna otra. Cuando colgó estaba demudada.

— ¡Que no viene a dormir, esta hija mía!

El Jambo no dijo nada, apagó la toba y buscó la chupa con los ojos. Pero la Asun seguía despotricando, sobre todo contra el Gonzalo. ¡Sacrificate por tu hija...!

—Tranquila Asun...

Se le saltaron las lágrimas. En medio del salón, pegando gritos... El Jambo se levantó y le puso el brazo en el hombro.

—Tranquila, hombre...

Entonces ella se le abrazó para seguir llorando. El Jambo se quedó helado. ¡Coño, qué fuerte! Con el medio globo que tenía y la otra estrujándole la camisa. ¡A ver cómo se iba ahora!

Luego la Asun se separó y se sonó, se sentó en el sofá y se atusó los pelos y la cara.

—Ya ves, todo lo que te cuento... —dijo.

— ¡Hombre!, tampoco te lo tomes así...

No sabía qué hacer. Esperaría un rato para irse.

—Estos son los días en que a una le dan ganas de hacer una tontería.

No sabía a qué se refería.

—Tranqui, Asun.

— ¿Quieres otra cerveza? —le preguntó.

¿Eso qué quería decir?, que se quedara, que se fuera. ¡La madre que la parió, ¡era la hora de irse!

—Bueno —respondió.

Volvió con la cerveza. Parecía más calmada. El Jambo bebió a sorbos para llenar el rato. Asun parecía ver la tele. Los minutos pasaban lentamente mientras bebía. Con cierto disimulo recogió el tabaco y el mechero.

—Bueno... —se aventuró a decir.

— ¿Ya te vas?

—Es que tengo que madrugar...

Le acompañó hasta la puerta. Pero sin llegar a abrirla dijo:

—Oye, niño, quédate un rato más. Que no estoy yo para quedarme sola.

—Vale. Sí. No te preocupes. Me quedo lo que haga falta.

Se sintió bien al decirlo. Se sentaron de nuevo. La Asun le dijo que se hiciera otro canuto si quería.

—No. Paso, que hay que administrarlo.

—Haz uno, anda, que le voy a dar yo una chupada, a ver si me da el sueño.

Al Jambo le pareció que la Asun sabía más de lo que decía. Pero, bueno, lo hizo. Le dio una calada y se lo pasó. Tosió como una descosida.

— ¡Qué cosa más mala!

Esto le desconcertó. ¿A que era verdad que no lo había probado nunca?

—Fuma despacio —le aconsejó.

Se lo fueron pasando y lo liquidaron. La Asun dijo no sentir nada. El Jambo se rio para sí, aunque estaba un poco tenso. ¿Y si le daba por hacer chorradas, o si le daba el muermo? ¡Menudo panorama!

—Pues yo no siento nada —insistió.

Y de repente soltó una carcajada liberadora. El Jambo la miraba con aprensión. Quería mantenerse bajo control. Por si acaso.

— ¡Lo que da es risa! —dijo la Asun.

—Sí, ya te dije.

—Es como si tuviera muchas ganas de reírme, pero sin motivo.

—No te comas el coco. Relájate y verás cómo te entra sueño.

—Me siento todo el cuerpo.

—¿Pero para bien?

—Sí, sí, muy bien.

—Me alegro.

Estupendo. Ella se estaba enrollando de buten. Se le había olvidado la bronca, se calmaría, y se quedaría sopa. Entonces, ¡jopo, que nieva!

Tras las primeras risas, a la Asun le dio el rollo del confesionario. Le contó su infancia en una guarnición del Tercio en el Marruecos español, hija de un cabo legionario y de una mora puta. Aquellas tierras tan lejanas ahora. Luego en Ceuta, y sin madre, pues huyó de la brutalidad del ya cabo primero. Criada en la calle, viendo como engolfaban sus hermanos y hasta ella misma. Después Cádiz, y más tarde Madrid. Un chulo de la Puerta de Toledo que le gustaba, la hizo madre. Esto le salvó la vida. Le hizo sentar la cabeza y ahorrar. Nunca fue

una puta tirada. Todo lo que ganaba iba al calcetín. Finalmente un piso de protección oficial en la City. Y así hasta el quiosco del tío Pío. Ahora quería retirarse. Únicamente la Pepi le traía por la calle de la amargura. Entre sus ilusiones se encontraba un viaje. Un viaje a las tierras que le vieron nacer, al Rif, un viaje a esa Luna Árabe, grande y mentirosa, que para la Asun representaba el fin de su profesión y el inicio de una vida mejor.

Poco después, la Asun, se quedó dormida. El Jambo recogió silenciosamente sus pertenencias y se fue.

Pero tuvo suerte, un coche le pitó, eran Gonzalo y la Pepi que regresaban después de haber folgado en el apartamento de éste. Le sorprendió agradablemente que Gonzalo le saludara, era una buena señal. Bajaron la ventanilla y conversaron. Ya me iba y todo eso. La Pepi se despidió y muy amablemente, Gonzalo le preguntó si quería que le llevara a algún sitio.

Ya en el coche, el famoso ciento veintiocho, el Jambo aprovechó la ocasión:

— ¿Has pensado en lo que te dije.

—No. No he pensado. Pero ahora que lo dices, te voy a enseñar un sitio.

Le llevó a los billares de Callao, estaban cerrados, pero entraron por una puerta trasera. Había gente jugando al billar americano, ajedrecistas, y de seguro, partidas de cartas en los reservados. Todo el mundo parecía conocer a su acompañante. Se sentaron en una mesa, y Gonzalo sacó un tablero de ajedrez, ordenó las fichas, y salió con las blancas:

—Tú mueves —le dijo—.

El Jambo estaba intranquilo, aquel no era su ambiente. Allí sus aires macarras no valían nada, al revés, levantaban miradas de desprecio, o peor, de indiferencia. Del ajedrez apenas sabía mover las fichas. Decidió seguirle la corriente y abrió sacando un caballo. Gonzalo parecía disfrutar. Le arrinconó y le dio tres jaques al rey antes del mate. Luego le miró sonriente, con una mirada cargada de desdén que enfureció al Jambo.

— ¿Sabes? —Dijo Gonzalo—, yo me he criado aquí. Y aquí me gano la vida, ¿cómo?, no es asunto tuyo, pero barrunto un gilipollas a mil millas. Y tú eres el más grande gil de los últimos tiempos, no importa que te estés tirando a la Asun, que, por cierto, no sé dónde está el mérito. Aun así, y teniendo en cuenta que a veces el destino pone a un idiota en nuestro camino, he decidido escucharte. Y por favor, no me hables en esa jerga de merchero, te pega como a un santo dos pistolas.

Y le señaló con la mano para cederle el turno de palabra. Las emociones que al Jambo le recorrían el espinazo eran contradictorias, por un lado quería matarle, por otro tenía necesidad urgente de reclutarle. Sin embargo, jamás le habían humillado de semejante manera. Pero se controló:

—De acuerdo, te hablaré en cristiano. No me asusta que me hayas traído a tu terreno, no sé si para apoquinarme, o qué otra cosa, pero es igual. Tengo un palo, un palo serio, bien pensado. Trabajo para una gente, que como tú dices, no es asunto tuyo. Necesito un compañero, eso es todo.

— ¿De qué se trata?

—En su momento te lo diré, si es que llegamos a un acuerdo.

—Un banco, ¿no fue eso lo que dijiste el otro día?

—Puede...

—No me dedico a eso.

— ¿Eso, es un no?

—Quizá.

—Pues en ese caso...

El Jambo, en pleno farol, hizo acción de levantarse. Pero Gonzalo le cogió de la manga:

— ¿Tú te dedicas a la política, verdad?

— ¿Y eso qué tiene que ver?

—Mucho. Es doble riesgo.

— ¿Qué pasa?, ¿estás interesado?

—No. Así por las buenas no. Si tienes algo serio de verdad y sin riesgo, puede que te escuche, y si no, ¡puerta!

— ¡Vaya!, no te gusta el riesgo, ¿eh?

—No. Además, déjate de gaitas conmigo. Sé que andas en líos políticos. El encargado de tu obra es amigo mío. Me han dicho que tú y ese otro andáis jodiendo la marrana. Y voy a darte un consejo: ¡iten cuidado!

— ¡Ten cuidado, tú, mucharó! —estalló el Jambo.

—Tranquilo, sólo es una advertencia —le contestó Gonzalo sin perder la calma.

—Como tal lo tomaré. Y ahora, acabemos de una vez, porque no pienso volver a repetirlo. ¿Estas interesado, o no?

— ¿Pero tú crees que se puede venir así, con este rollo tártaro que te traes, para impresionar a idiotas?

La paciencia de Jambo se agotaba. Empezaba a darle igual que el billar estuviera lleno de conocidos de Gonzalo. Pero sucedió que se acercó un hombre bien vestido con las manos cargadas de anillos. Se dirigió a Gonzalo:

—Oye. El Benito quiere verte.

Había autoridad en el tono. Gonzalo le respondió que estaba hablando con un amigo, que ya iría. El recién llegado alzó las cejas y graznó:

— ¡Ahora!

Gonzalo se levantó y al hacerlo le hizo una seña al Jambo para que le esperase. En ese momento, el Jambo supo que su contertulio no era nadie allí. Claro que le esperaría. Acababa de enterarse de que no era más que un fantasma. El recadero le miró interesado:

— ¿Y tú, quién eres?

— ¿Y a ti qué te importa?

Pareció cabrearse.

— ¡Niñatos de los cojones! ¡Os dan la mano y os cogéis el pie! —y se fue mosqueado.

Ahora sí que tenía pillado por los huevos al amigo Gonzalo. No sólo no era nadie en lo que decía ser su hogar, sino que, más que probable, estaba metido en algún lío, quizá debía dinero. ¡Estupendo! Cuando volviera, iba a saber lo que es bueno este hortera de Chamberí.

Y así fue. Sin abandonar su aire distante y despreciativo, Gonzalo fue cediendo terreno lentamente hasta que el Jambo le arrancó el compromiso de que si le traía algo interesante podrían hacer negocios. Si bien recalcó que él iba siempre al cincuenta por ciento. Y además, la cosa tenía que ser rápida. Tenía otros asuntos pendientes. En esto estaba también de acuerdo el Jambo. Ya estaba bien de esperar, hablaría con Ana, ¡y al tajo!

No quiso que Gonzalo le llevara a Vallecas, cogió un tequi y se fue para el Común con una grata sensación en el cuerpo. ¡Había doblegado a ese mamón! Y ya tenía su contacto.

-11-

Ana tiene un mal día

No había sonado la campana todavía cuando el Barreiros entró en el recinto de la obra. Era un hermoso camión cargado de polvorientos sacos de cemento. Los peones se estremecieron. El Jambo tuvo una premonición: aquel camión llevaba su nombre. Seguro que el Bigotes aprovecharía la ocasión para vengarse.

Pese a que quedaban algunos minutos para las ocho, ni un sólo trompo se calentó las botas esa mañana. Estampida general. El Jambo no se movió. Había algo de reto en sus húmedos ojos, de duelo a muerte bajo un cuatro metros [⁹⁸] sin toldo.

Después de aparcar al lado del ordenado, pero ya exiguo montón de sacos de cemento, el camionero, cuyo rostro era indescriptible por efecto y estrago del sueño reprimido, saludó sin pasión, se puso en cuclillas y se calentó las manos mientras esperaba al encargado.

Sonó la campana. En realidad un trozo de hierro colgado de un alambre que el listero tenía delante del almacén. El Bigotes no aparecía. El camionero no se movió, el Jambo tampoco. Las máquinas comenzaron a funcionar. La grúa, los compresores, los martillos neumáticos, la pala excavadora, la rozadora, la sierra corta-ladrillos y la de los carpinteros, la hormigonera...

El Bigotes terminó de beberse la copa de anís que todas las mañanas se atizaba en el chamizo del listero de una botella que escondían a medias, y nervioso pero feliz, se dispuso a rematar el duelo mientras toda la obra parecía ensimismada en sus tareas pero nadie quitaba ojo a la escena.

No le recriminó el Bigotes a su más díscolo trompo el qué carajo hacía allí quemando la suela de las botas cuando ya hacía diez minutos que había sonado la campana. No, eso no tenía sentido. El Jambo estaba allí esperando a ver si el del casco blanco tenía cojones a mandarle descargar el camión. Y si los tenía, demostrarle que él, sólo o con otros compañeros se merendaba todos los sacos sin pestañear.

—Acércate al camión y vete descargando —le dijo el Bigotes sin alzar la voz.

— ¿Yo sólo? —le respondió el Jambo sin alzarla tampoco pero mirándole a los ojos, cosa que no había hecho el encargado.

⁹⁸ En el argot de los transportistas, un camión de tres ejes con altura máxima de cuatro metros

—Luego te mando a alguien —le respondió. Y el Bigotes se perdió entre los andamios pajariteros. Y toda la obra vio como encendía uno de sus afamados vegueros.

— ¡Hijo puta! —gritó el Jambo. Pero todos hicieron como que no habían escuchado nada. Y ambos quedaron empatados en valor pero el Jambo se tenía que descargar el camión.

—Te apuesto lo que quieras a que lo liquida antes de la una —le dijo un ayudante a su oficial.

— ¡Qué! Este lo reparte hasta las seis. Y bien que hará.

El camionero bajó los portantes laterales. Miró al Jambo con curiosidad, normalmente se ponía una cuadrilla de peones a descargar, dos arriba y dos abajo. Pero bueno. No era asunto suyo. Le preguntó al Jambo si había algún bar abierto y cercano. Hasta las once que llegaba la Asun no había nada que hacer. El camionero se echó a dormir en la cabina. Y el Jambo se encontró sólo, o mejor, con el camión cargado de sacos de cincuenta quilos a metro y medio de altura que debían ser trasladados entre diez y cinco metros según el caso.

Había dos técnicas para este tajo, una, cargarlo de frente y caminar con los cincuenta quilos soportados a puro bíceps. Otra que consistía en cargarse el saco a la espalda sujetado por la base y soltarlo con tino y cuidado de la misma forma sin que se rompiera. Para esta última era necesario el concurso de un compañero subido al camión. Y no era el caso. Así que el Jambo tenía que hacer de los dos. Al principio no habría problema, toda una hilera de sacos estaba a mano, pero a medida que fuera descargando, una parte importante del trabajo consistiría en subirse al camión y acercar sacos al borde.

Con gran parsimonia, indicando a cada gesto que le importaban un bledo los tropecientos mil quilos, se proveyó de guantes y un pañuelo para la cabeza. El cemento quema la piel y los sacos de papel son cualquier cosa menos herméticos. También se trajo el botijo del listero, quién no se atrevió a rechistar.

¡Bien!, ¡al tajo!, se dijo el Jambo. Y comenzó a descargar lenta pero concienzudamente. Todo peón avezado sabe que la fórmula para sobrevivir a estas tareas es la conjunción del mínimo esfuerzo con el máximo rendimiento. Una marcha lenta aunada con la maña para recoger el peso sin forzar ningún músculo permite largas jornadas de esfuerzos aparentemente sobrehumanos. Sólo se necesita una especie de auto hipnosis que mantenga al cuerpo en los mínimos señalados y la cabeza completamente en otra parte. El Jambo tenía un truco. Era un truco estupendo. Propio de él y que nunca había compartido con nadie. Consistía en imaginarse una historia. Construir una historieta en el coco, con personajes y

todo eso con lo que uno pudiera soñar, de forma que el cuerpo fuera por un lado y la mente por otro. Cualquier historia valía, desde que te trajinabas a la Sofía Loren, hasta las más sofisticadas. El Jambo tenía dos preferidas. Una, que por arte de birlibirloque llegaba a una isla con nativos en la edad de piedra, y la historieta consistía en convertirlos en una sociedad marxista avanzada en una sola generación. Y otra, la mejor: las batallas del Ejército Republicano, del que era ferviente admirador por obra de algunos libros de Ruedo Ibérico y otros más nacionales como los del general ese de aviación.

La capacidad del Jambo para la ensoñación era ilimitada. Podía iniciar un cuento con uno o varios personajes, ambientada en el pasado, presente o en el mismo futuro, y si disfrutaba de ella, reanudarla días, semanas o meses después sin perder el hilo ni las características de los personajes.

Aquel día, los sacos de cemento, ¡tan grande injusticia! le llevaron a su ensoñación más rebelde. ¡La batalla de Teruel! ¡Diciembre de 1937! Una gesta heroica como no vieron las tierras de España, por parte del ejército de la República. El Jambo tenía la batalla medio planteada.

Y mientras en su magín sonaban cañonazos, ráfagas de ametralladora, cargas de caballería mora, y asaltos republicanos a la bayoneta calada en medio de espantosas ventiscas de nieve imaginada, su delgado cuerpo, cuajado de secos músculos, pero inagotable, incansable, curtido de polvo de cemento, regado de sudor de pobre, iba y venía como un zombi, cogiendo, respirando, soltando cemento abrasador, a ratos calmado con agua de un botijo tan español como su esfuerzo, tan ibérico como sus gruñidos de cada vez que los cincuenta quilos caían entre sus bíceps y su pecho de ríos de agua salada regado. Y su perdido mirar, su nada en los ojos, sólo su cerebro, ocupando el sentir del esfuerzo inhumano, jadeando, negándose a cansar, renegando, combatiendo, como buen republicano, si armas, si jefes, sin ayuda de nadie, sólo con las ideas. Pero el Jambo ganó. Antes de que sonara la campana. El cuatro metros estaba aviado. Y si grande fue el esfuerzo, más grande fue el general asombro, la común admiración, y un repunte de humanidad que le dio al Bigotes, cuando desde lejos contemplo la mágica escena dónde miles de quilos de cemento habían cambiado de sitio, por obra y gracia de un extraño desafío, donde uno sólo se herniaba por todos. Un comunista, un hijo de puta comunista, que son los que hacen estas cosas con mayor lucimiento: joderse por la causa.

Comió en silencio. No cruzó ninguna palabra que no fuera necesaria con nadie. Y todos le respetaron, desde el Pertur hasta la Asun, que enterada del evento por sus incondicionales,

admiró la fortaleza del joven, y acrecentó sus esperanzas. Y qué mujer no admira la fortaleza en un hombre, sobre todo si es interior, si es de carácter. Para la Asun, estaba claro, el chico era muy hombre, sólo había que darle oportunidades de demostrarlo. Y ella se las iba a dar.

En cuanto al Bigotes, tuvo los santos cojones de ir al quiosco del tío Pío, cosa que nunca hacía, y tomarse un sol y sombra, y de paso hacer justicia. Porque desde el incidente de la navajilla, y tras mucho cavilar, el Bigotes había llegado a la conclusión, de que, efectivamente, esta gente, los rojos, con los años, tendrían mucho porvenir. De modo y manera que él tenía que transigir con la libertad de prensa, la de reunión y también la de expresión, pero eso no quitaba que el que mandaba allí era él. Y eso tenía que entenderlo el vallecano.

El Jambo andaba ya apurando la copa cuando el Bigotes apareció en el quiosco. El personal se las hizo de lipendi. Pidió dos orujos y con las copas en ristra y sin vacilar se enfrentó al Jambo, quién no daba crédito a sus ojos. El Bigotes se sentó en la mesa.

—Eres un niñato y un cabezón —le espetó al Jambo—, pero tienes cuajo. Así que tómate ésta a mi salud.

Y le largó la de orujo. El Jambo le miró sin saber que decir. Cogió la copa y para seguir en plan duelo se la trajinó de un trago, y mientras el orujo le destrozaba las entrañas dijo con voz rasgada:

— ¡Vale!

—Entonces —siguió el Bigotes—, puedes repartir esos papeles, con cuidado claro, y no tengo nada que decir de las asambleas y tal, pero comprenderás que en la obra mando yo. De lo contrario tendré que despedirte. Y no creo que esté el horno para bollos, ni para mí, ni para vosotros. Ya sabes...

—Es Chachi —reconoció el Jambo.

—Pues entonces, lávate y vete a tu casa, por hoy ya has cumplido.

Y el Bigotes se endilgó el orujo al mismo estilo que su contrincante, se levantó, y con una amplia sonrisa se encendió otro de sus proverbiales vegueros. Él sí que tenía política y mano izquierda. ¡Cómo tiene que ser un encargado que se precie!

A las cuatro, camino del Común, el Jambo se dio cuenta de que no podía esperar más. Ana no daba señales de vida y eso le estaba matando, el grupo de acción no se reunía desde

hacía semanas, y todo esto le olía muy mal, más, después de la conversación que mantuviera con el Pater. Los popes de IC se habían rajado, ¡seguro!

¡Con lo que le había costado trincar al Gonzalo! ¡Y la quina que había tenido que tragar! Cómo le odiaba. Le ponía enfermo su suficiencia. Y peor aún, Gonzalo era largo de coco. Tañía los puntos débiles del Jambo como el artista la guitarra. Pero ya hablaríamos. De momento necesitaba a un tío bragado, y que como él tuviera los suficientes contactos como para proporcionarle un par de fuscas, un conductor y un buen buga para salir de naja el día de autos.

El Jambo sabía que Ana trabajaba en el Primero de Octubre como residente de último año, no conocía sus turnos, pero sabía que algunas tardes las tenía libres, decidió arriesgarse y llamar.

Tuvo la suerte de los poetas. Ella misma al teléfono. Y además no le recriminó que la llamara a su casa. Y encima aceptó quedar. Quedaron cerca de la Vaguada. En un bar que conocían los dos. Cuando Ana llegó, el Jambo supo que algo malo estaba pasando. Traía unas ojeras de caballo sobre un rostro pálido, casi enfermizo.

— ¿Qué te pasa? —quiso saber el Jambo.

Ella le dio un beso de amiga. Parecía contenta de verle. Se puso a hablar de política, de Franco y su interminable muerte. Aquella verborrea y su mal aspecto mosqueó a su admirador. Pero ella dijo que se encontraba bien.

El Jambo le propuso ir al Común, tenían que hablar. Ana no quería, le apetecía dar una vuelta. ¿No hacía una tarde estupenda? Bueno, pues caminaron y caminaron hasta que llegaron casi al Parque Móvil, Ríos Rosas, esa parte tan tranquila de Madrid. Al final se sentaron en una terraza que está cerca de la fábrica de raticida, y que tiene unos helados estupendos. El Jambo no pudo aguantarse más y le preguntó por lo de la guerra. ¿Que, qué coño estaba pasando?

Ella cogió algo de color para responder. Estaba furiosa, pero no contra el Jambo, contra IC, y por más señas contra el Pater, al que acusaba una y otra vez, de carrillista emboscado. Va a meter a la organización en el Partido. Lo veo venir.

—Bueno, ¿pero de lo nuestro, qué?

—Lo han suspendido. Todo al garete. Está todo el mundo acojonado con lo de Franco. No se mueve nadie por miedo a que los fachas la armen.

— ¡No me fastidies!

No había nada que hacer, al menos hasta que se celebrara la conferencia de IC de Madrid, cuando la momia la palmara. Al Jambo le importaba un bledo la conferencia. Estaba indignado. Le sorprendía incluso a él mismo la carne que había puesto en el asador de aquella historia. Ahora que estaba empezando a salir del marasmo de izquierdista sin organización dónde militar. ¡Hay que joderse!

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer? —insistía el Jambo.

—No sé —respondió ella. Tenía la lengua blanca.

— ¡Pues algo habrá que hacer!

—Yo que sé... Llévame al Común, invítame a un canuto y lo que venga.

Al Jambo no le hizo ninguna gracia su forma tan directa de pedirlo. No estaba acostumbrado... Si bien, comprendió que la única manera de sacar a Ana del pozo en que se encontraba, quizá por los hechos, quizá por las pastillas, o por lo que leches fuera, era dándole una baño de ternura, otro de sexo duro, y otro final de verdad, con agua caliente y sales, y todas esas cosas. Pero en el Común no había bañera. Y además estaría Charly desfilando por el pasillo a los acordes de la marcha real, vulgo, himno nacional.

—Mejor vamos a tu piso.

—No. Están los padres de Charo que han venido a verla.

— ¿Y qué pintan los padres de Charo en el piso de tres rojas?

— ¡Bueno!, la gente tiene familia. No todos son como tú.

—Vale, vale. Vamos para el Común. Cogemos un tequi.

Le salió por un ojo de la cara, era la hora de la salida del trabajo y tardaron la hueva.

En la habitación se fumaron un par de canutos con la ventana entornada para no asfixiarse y por expresa petición de Ana. El Jambo sabía que todos los que entraran por el patio adivinarían que en su habitación se estaban poniendo ciegos de canutos, lo que no dejaba de ser peligroso, por la cosa de los plastas. Excepto cuando entraba el cura Diez-Alegría diciendo, ¿a qué huele, aquí?, ya lo olí el otro día... Nada, le replicaban los comuneros, son palitos de esos de la India que se queman...

—Pues sabéis lo que os digo, ¡que para ellos! —sentenciaba el docto cura. El Jambo sospechaba que los viejos se hacían los disimulados. Sobre todo Diez-Alegría, que no tenía un

pelo de tonto y que además era un cura formidable. Se trataba de un tipo corpulento, medio calvete, de voz algo chillona, que usaba una dentadura postiza desajustada que le tenía moviendo los labios cada dos por tres. Y siendo de gente de pelás, y teniéndolas el mismo por sus libros, vivía, igual que Charly, en la más absoluta de las medidas. Al Jambo le caía muy bien. No tanto, Charly, que por su carácter, y por tener los defectos más a la vista, a veces se hacía odioso.

Ana se puso melosa, y el Jambo que suspiraba por sus huesos de una forma enloquecida como ya sabemos, aunque a veces se hiciera el duro. Se rindió y se entregó a los caprichosos pero excitantes previos de Ana que le tuvo empalmado horas y horas, o eso le pareció a él, hasta que le dejó penetrarla y el Jambo pudo cabalgar en la nube de su pubis glorioso en un huracán de sofocos, sudores ardientes y placer que limpia la piel de la mierda de la vida que día tras día se nos pega. Ducha del alma, pues, que a ambos dejó felices, aturridos, pero no idiotas.

Sobre las nueve se despertaron. El Común bullía de actividad, pues los comuneros regresaban a esta hora de sus afanes y eran corrientes, las voces, las peleas dialécticas, y la tele a todo meter. Ana estaba preciosa, y no tenía rastros de ojeras, sino la piel sonrosada y los ojos brillantes aunque un poquito hinchados. Y esta era una oportunidad que el Jambo llevaba esperando mucho tiempo. Pues al fondo, en la sala de la tele, se oían las inconfundibles voces del Rubio, el Perico, Currito Crysler, y otros inefables comuneros. Esta vez se la iba a pasar por los morros a todos, con o sin la complicidad de Ana.

—Ven que te voy a presentar a los compañeros.

A ella no le pareció mal. La entrada fue triunfal. En verdad que Ana era un mujer atractiva. De las que no se ven en los extrarradios, cien veces mejor que Charo, que la americana, y que todos los ligues conocidos y por conocer de la población comunera.

Se la fue presentando uno a uno, silabeando sus nombres, y disfrutando de explosivo efecto que causaba en el cenobio. Y tras dejar la discusión tirada debajo del sofá, el Perico y el Rubio, que ya la conocían, le hicieron preguntas y todo eso, sobre su trabajo y tal, sin dejar de observar esa belleza insultante que se les pone a las mujeres recién complacidas y que tanto excita a otros machos ajenos a la lid.

Y viendo el Jambo sus caras y sus idiotas sonrisas congeladas, sólo se le ocurrió bromear:

— ¿Dónde hemos puesto el trapo de la baba?

Y todos callaron y fruncieron el ceño sin saber muy bien qué carajo quería decir, hasta que el Rubio soltó una carcajada estruendosa diciendo:

—El hijo de puta... —y arrastró las palabras casi como un argentino mientras se partía de risa. Y luego se abrazó al Jambo mientras le susurraba: ¡Muy bien tronco! Y ambos tuvieron un momento de verdaderos amigos, troncos de verdad, emociones que renuevan ocasionalmente la empatía que sujeta las bridas de la amistad.

Y se pusieron a hablar de política y de la próxima muerte de Franco, y que ya no quedaban existencias de champán en las tiendas, je, je, je. Y Ana les hizo una quiniela política donde se atrevía a pronosticar lo que iba a pasar cuando la momia sólo fuera un muló. Que Juan Carlos iba a mandar formar gobierno a Fraga, y que iban a haber medio partidos políticos, para contentar a los alemanes y para regocijo de los yanquis, que no querían democracia de verdad en España, como no la quieren en ningún sitio. Que Hassán no invadiría el Sahara, y que la represión seguiría igual sobre el movimiento obrero y la izquierda en general. Y que toda ella, de los carrillistas en adelante estaba obligada a unirse en un frente común para conjurar el peligro de una monarquía Primo Riveresca. Aunque esto último no lo entendieron todos. Y en cuanto a los socialistas, sólo les daba alguna importancia, y en la universidad, a los de Tierno. El resto, los del Isidoro y los de la orilla izquierda del Nervión, estaba claro que no contaban.

Así que los comuneros admiraron a la pasionaria que el Jambo tenía por novia, pero en verdad, que más por sus tetas que por su facundia, pues de discursos estaban sobrados pero de tías no. Y como donde hay una jati, siempre cabe la posibilidad de que surjan otras, como muy bien sabían el Perico y el Rubio, se fueron todos a cenar a ca Manolo, su rica verdura gallega y la tortilla francesa con jamón de York, que parece un menú internacional pero con precios populares.

Y a su fin, Ana y el Jambo se fueron a la habitación de éste y se pusieron a hablar bajito del motivo que había unido en cierto modo sus existencias. Y como Ana se sintiera desmoralizada por tener que renunciar a dar un palo para conseguir una pasta gansa, el Jambo, sin pensárselo dos veces le propuso hacerlo ellos, por su cuenta. Él tenía contactos. Pero a Ana le parecía una burrada. Que sin una organización que les respaldara, era muy arriesgado y además era casi como caer en la delincuencia. El Jambo se cabreó.

— ¡Ole tus cojones...!

—Ovarios —le rectificó ella.

— ¿Pero tú te crees que porque esa banda de plumíferos que llevaste a la reunión, te apoyasen en lo que te apoyasen, ibais a dar un palo de campeonato? ¡Al revés!, esa gente lo único que hubiera hecho es cagarla.

—No hace falta que los insultes, son mis camaradas.

— ¡Camaradas, de qué! ¡De reuniones en cafeterías! Los camaradas se hacen en la guerra, en la cárcel, en los trabajos inhumanos, en el infortunio y en la miseria. Vosotros no pasáis de ser un grupo de amiguetes jugando a la revolución, eso sí, la vuestra es muy sesuda. ¡Vamos!, cualquier carrillista del Pozo se juega más que vosotros.

—Eres injusto —se dolió ella—. Eres un obrerista. Y me estás pareciendo un chulo y un macarra como el día que te conocí. ¿Quién eres tú para juzgar a la gente así? Hay camaradas que han estado en la cárcel, y otros todavía lo están. ¡Al Pater lo torturaron en la DGS! ¡Qué sabes tú!

¡Bueno, es igual! Ni que fuerais la mismísima FAI. No sois profesionales de esto. ¿A ver? ¿Cuántas fuscas tenéis?

— ¿Fuscas?

—Pipas, fierros, puslas, pistolas...

— ¿Ah, pistolas? Nosotros no somos un grupo armado. No tenemos ninguna.

— ¿Entonces cómo pensabas dar un atraco?

—Pues pensaba que tú las ibas a buscar.

El Jambo se quedó un poco cortado:

— ¡Pues vaya una organización!

— ¿Y tú, cuántas tienes? —contraatacó ella.

—Yo tampoco soy un grupo armado —reconoció el Jambo.

—Pues vaya grupo de acción que estamos hechos tú y yo.

—Pero tengo quien nos las puede proporcionar. Y además esto es cosa mía y de la gente que te digo. Damos el palo. Y te presentas en IC con la moquiqui. ¡Menudo flas! Te hacen baranda en el acto.

—No digas tonterías...

—¡Que sí, Ana! ¿Porque tú, ya tenías buscado un sitio?, ¿no?

—Sí, tenía un buen sitio.

— ¡Pues entonces!... al rollo. Nos los hacemos nosotros solipandi.

— ¡Ah!, no sé. Y no pongas ese tono tan macarra —se quejó ella.

—Bueno...

— ¿Y por qué tienes tanto interés en algo tan peligroso? —quiso saber ella.

Aquí el vallecano dudó un momento. Luego le salió toda la bilis del alma de rojo derrotado que en realidad era.

—Porque soy un desesperado. Porque o hago esto o me muero de asco viendo como los verdugos de este país mueren en la cama dejando el sitio a un Borbón.

Ella, le miró a los ojos, y los vio limpios, sanos, llenos de vida, pero tristes. Y le besó. Un beso de desesperada a desesperado.

—Y porque te quiero... —terminó él.

-12-

Uno de la Mancha se la pela

Ana no fue a dormir a su casa y el Jambo no durmió bien pese a su agotamiento. No estaba acostumbrado a dormir acompañado, y la vigilia se le hizo un poco dura. Sorprendentemente, ella durmió como un lirón. A las seis y media, el Jambo se levantó y con el cuerpo pidiendo a gritos una ducha se restregó ligeramente los clisos con agua fría y aderezándose el tomo lo suficiente para no espantar, se vistió, cogió las mil infernales cosas que permiten a un ser humano salir a la calle, y tras dejarle a Ana una nota se fue para la garrula. Ser el primero en levantarse en el Comunín era duro, sí, pero cuando el llegaba a la parada de la calle Villacarrillo ya había currantes que llevaban un rato esperando. Todos con el primer pito en la boca, carraspeando, y con un humor de mil demonios. ¡Allí no importaba mucho que Franco se estuviera muriendo! Ni que el taimado Hassán quisiera comerse a los saharauis aderezados de fosfatos. Allí importaba todo un carajo. Por lo menos hasta que el personal se hubiera metido en el cuerpo algo con más de 40 grados. Y este empujón al café con porras que normalmente precedía a lo anterior, y que ponía el cuerpo en su justo estado de ánimo para el curro, este golpe, era una de las mejores aportaciones de la ciudad de Madrid a la civilización humana. Qué hubiera sido de los currantes en la triste amanecida franquista, sin la de Chinchón, o la de Castellana, o la de Soberano, o si me apuras, sin las porras calentitas, recién facturadas por esos mártires del trabajo que son los churreros y los panaderos.

Cuando una hora después y tres ducados a medio fumar, llegó el Jambo al tajo, seguía siendo casi de noche. Como estaba de volandero, esperó a que algún encargado le endiñara algo que hacer. Pero su caso lo llevaba el Bigotes personalmente.

—Hasta nueva orden —le dijo éste cuando salió del almacén donde se atizaba los matinales lingotazos susodichos—, te pones con los del plastón.

El plastón era una pasta de cemento, arena de miga y algunos componentes más que formaba la base para la solera, bien de plaqueta, baldosa, o parqué. Era un trabajo que se llevaba a destajo. Pero los trompos que ayudaban iban a jornal. Por tanto era un curro cabrón, porque si bien los de la solera le daban caña para cobrar sus metros, los peones no veían una perra. Y esto enturbiaba las relaciones. Por eso Comisiones estaba contra los destajos y las horas extras. Por eso el Jambo siempre que podía daba un por culo terrible a los destajistas. Y por eso, ellos, le temían como a la peste, y no lo querían de peón ni

regalado. Pero el Jambo era muy contradictorio. Una de sus galas era que a él no le ganaba nadie a currar, que rojo sí, protestón también, pero currante como el que más. Y aquella mañana, el honor y el rijo satisfecho y la boca aún fresca, cogió su pala preparada —el borde bien afilado—, y se puso a currar arrimando pasta como un loco, y a los alondras se les encogió un poco el corazón y se arrepintieron otro poco de las veces que habían vaticinado que este chico acabaría muy mal.

Y cuando dio la una, el Jambo salió corriendo porque tenía un hambre dantesca. La Asun le sirvió el primerito. Estaba muy zalamera. Que la Pepi iba a venir por la tarde y que se pasara por el quiosco cuando dejara mano. Y el vallecano a todo dijo que sí, pues como sabemos, tenía la intención de contactar sin pérdida de tiempo con Gonzalo. Nada más que cuajara el plan que tenía a medias con Ana, darían el palo. Gonzalo tendría que poner el buga y el chofer. Les darían la mitad, era lo justo.

El Pertur, se le sentó en la mesa cuando el Jambo pelaba la naranja. El Jambo se temía una reunión. No estaba para historias. No en los próximos días. Pero el Pertur sólo quería comentar la situación. Estaba alegre porque la espichaba Franco, pero cagado con los militares. El Juan Carlos tampoco le ofrecía ninguna confianza. A ése se lo merendaba el Arias Navarro —Carnicerito de Málaga—, en un santiamén.

— ¡Bueno y qué! A nosotros qué nos importa. Venga el qué venga, no va a ser peor que Franco. No creo que nadie pueda ser tan hijo puta como para firmar las penas de muerte desayunando con la parienta, y la lacorrilla [⁹⁹] tomándose el chocolate, como hizo Franco.

— ¡Ya! Pero reconocerás que el personal quiere otra cosa. Quiere cambios..., y tiene miedo.

—Pues si tiene miedo, que se aguante. ¡Pues no queda estopa que prender en este país!

—Ya, pero si se puede evitar un baño de sangre, la vanguardia está obligada.

— ¡Coño, Pertur!, parece que vienes de ver el Jesucristo Superestar, ése. La vanguardia lo que tiene que hacer es unirse. Un frente común de izquierdas. ¡La ruptura, la República, y sanseacabó!

—Se dice fácil, pero aún no tenemos fuerza para eso.

— ¡La tendremos!

— ¡Qué optimista te veo!

⁹⁹ *Hija.*

— ¿Te parece mal?

—No, me parece de putifa, pero no hay que engañarse tampoco. No sé, tronco, yo lo que diga el Partido.

—Pues muy bien... Y si el Partido dice que le beses el bul [¹⁰⁰] al Borbón, pues se lo besas...

—¡No empieces, hostias!

El Pertur se fue rebotado. Nadie como el Jambo para sacarle de sus casillas. ¡Coño!, él no pretendía sentar cátedra, pero las cosas no estaban claras. En el Partido nadie aventuraba qué iba a pasar. En todo caso, que habría que seguir peleando. Quizá el amanecer de los camaradas estaba todavía lejos. Igual tenían que derribar otra monarquía, como en el treinta y uno. Pero fuera como fuera, sin sangre. Este pueblo estaba vacunado contra las revueltas. Los currantes no querían follones. Querían sindicarse, eso sí. Con sindicatos libres y todo eso. Querían votar y elegir gobierno y perderle el miedo a los guardias, por lo menos a los grises, porque a los picoletos no hay Dios que se lo pierda. Y tener una vida digna, terminar de pagar el piso y las letras del coche. Y lo bueno del asunto es que el primero que se diera cuenta se hacía con la vaina. Y cuando muriera Franco desde luego que algo iba a pasar. Tiene que haber cambios, y en esos cambios, el Partido se la juega, porque los militares son capaces de tragar con todo menos con el Partido. Nos ha jodido mayo, saben bien quien es el que parte el bacalao en la izquierda de este país desde el treinta y seis.

Pero si el Pertur tenía algunas dudas, el Jambo carecía de ellas. Enamorado de Ana, entusiasmado con la idea de aportar una acción armada a su curriculum bolchevique, y anhelando presentarse en IC —de la mano de Ana—, con una bolsa de deporte llena de cangrejos [¹⁰¹] y diciendo: ¡Qué!, ¿se podía o no se podía? Aquí tenéis una pasta para el aparato y la propa, y para lo que sea. ¡Hostias!

Y el vallecano se dejaba llevar por su fantasía, por su querencia, y por su inmadurez. Aunque hubiera sido muy capaz de responderle con todo un mitin al pobre Pertur, si es que éste se hubiera atrevido a su vez, a preguntar: ¿Es que crees que un atraco o diez, pueden cambiar algo?

¹⁰⁰ *Culo.*

¹⁰¹ *Billete de cinco duros de antaño. Por extensión, dinero.*

Pero no era el caso.

El caso para la Asun era que quería meterle en la cama con la Pepi, que la cegara de gozo y así pararle los pies a Gonzalo, y si se terciaba sacudirle dos soplamocos. Y luego que se hubieran hartado sus pupilos de gemir y arañarse el alma de tanto follar, mandar a la Pepi para Bailén y al Jambo darle a escoger, puerta, besos y gracias, o carretera nacional cuatro, todos para Bailén y una nueva vida, y una familia también. Y además fetén.

Lo cual demuestra que los sueños no son patrimonio de la locura o de la juventud, o de la desesperanza. Los sueños están ahí, para quien quiera cogerlos. Niño, joven, purili [¹⁰²], honrada o puta, cabrón o maricón, rojo o facha, imbécil o cabal. Y al igual que los sueños, su contraria, la política, a veces el arte de ilusionar, pero siempre el arte de lo posible, estaba ahí, prácticamente sin tocar en cuarenta años de cuartel, casi mocita, aunque voluptuosa como las cuarentonas bien conservadas. Deseosa pero recatada. Esperando su príncipe y también su Maquiavelo.

Y a algunas horas de distancia. Sobre la estrecha cama de la habitación del Jambo. Ana, que no había ido a trabajar, acariciaba, por una vez, el mismo sueño que su amante, ella tan pragmática, imaginándose con el control de IC, con su aparato, con mucho dinero para editar una revista legal, otro Triunfo, que fuera para la izquierda, un faro en aquella noche de niebla que se avecinaba. Y ella, sería su alma, su inspiración, y su prócer. Y el Jambo, uno de los pocos que habían conseguido emocionarla, hacerle gritar de placer desatado, no aparecía para nada. Ni ningún otro. Y los celos que tuviera sobre semejante, a su anterior parecer, desatino, se habían esfumado por obra y gracia de la capacidad de convencimiento físico que tenía el Jambo. Esa fuerza gestual, esa expresiva sinceridad física que algunos hombres poseen, en el amor como en la política, y que había obnubilado, sin que ella lo supiera, el portentoso sentido de la realidad que de normal padecía. Y en su frialdad no observó un subrepticio estado emocional que enturbiaba su magín, enajenaba sus esperanzas y la convertía en una vulgar enamorada. Aunque Ana, jamás reconocía, ni para sí ni para otros, esas debilidades.

Con toda la flojera del mundo, Ana se duchó en el espartano cuarto de baño de los comuneros, para espanto de la limpiadora, y regocijo del Cepero, un comunero en paro que la vio en porreta en la ducha y sin poderlo evitar se empalmó y se encerró en el water para

¹⁰² Viejo.

casársela a escondidas mientras apenas veía a la joven enjabonarse. Y poco faltó para que la misma limpiadora lo sorprendiera.

El Cepero tuvo que esperar a que Ana terminara de ducharse para salir de su escondite, pues amén de ser un tipo tímido, después de una paja le entraba al asalto un dolor del alma, arrepentimiento monjil que se las echaba a perder. Porque en su niñez fue aleccionado por curas homosexuales que le perturbaron profundamente las relaciones sexuales consigo mismo. Tanto era así, que en su interior estaba seguro que cualquiera que pudiera verle segundos después, averiguaría ipso facto qué había estado haciendo durante un rato con la mano derecha. Por tanto, esperó y esperó a que Ana, ajena a estas bajas pasiones, terminara la ducha interminable que toda mujer lleva dentro. Y cuando esto ocurrió, el Cepero se había vuelto a empalmar de nuevo, pero no se atrevió a volver a las andadas. Y hubo de esperar otro rato, donde Ana ya se había ido, a ver si aquello bajaba. Pero en eso entró la limpiadora con esas batas azules que llevan un raja hasta el ombligo, y el Cepero tuvo un desfallecimiento moral y se la cascó de nuevo mientras observaba como la limpiadora adoptaba todas las posturas habidas y por haber, de arriba y de abajo, feliz ella en su inocente tarea.

Y cuando todo hubo acabado, y pudo regresar a la habitación, se volvió a la cama, y decidió recuperarse con un sueñecito. No sin antes reflexionar sobre lo sorprendente de la realidad misma. Incluso en el culo del mundo.

Ana se compró un plano de Madrid, uno de esos de libro donde vienen las calles por hojitas y son un coñazo para hacerse una idea general, pero chachis para hacerse una idea particular. Y después se fue a la Cruz de los Caídos, un estúpido monumento a sus muertos, cruce de caminos, con un busto del J.A. [¹⁰³] en la punta y un cubo de pintura roja sobre todo ello, puntualmente renovado todos los primeros de Mayo por desconocidos, pero entrañables, compañeros de Comisiones de Femsa.

Allí, pegadita a la conocida cafetería estaba la Caja de Ahorros que tenía metida entre ceja y ceja. Era facilona. Un largo mostrador con dos empleados al público. Dos currantes más en las mesas de dentro, una habitación para el jefe de agencia. No más de dos o tres clientes a eso de las diez. Por lo menos habría un kilo o dos, entre lo suelto y lo que traían por la mañana de la central. ¡Suficiente!

¹⁰³ José Antonio Primo de Rivera.

Sería muy fácil. El Jambo y sus dos colegas aparcarían justo enfrente a las diez y media. Saldrían el Jambo y el otro con las pistolas en los bolsillos. El chofer esperaría con el motor al ralentí. Ella estaría en la vecina tienda, mirando un escaparate pero vigilando. Si entraba en la sucursal mientras ellos estaban atracándola, era la señal para que se largaran con viento fresco. El plan era que uno encañonaba al personal y otro cogía todo el dinero del mostrador y luego el del despacho.

Conocía muy bien la Caja por dentro. Había tenido cuenta allí cuando vivió en un piso alquilado de la calle donde estaba la parada del 77. Técnicamente no tenía pega. Salvo que hubiera incidentes con los numerosos obreros de las cercanas fábricas, lo que dado el momento político, con la muerte de Franco, no era probable. El único guardia cercano sería el de la porra. Además ella tenía coartada. Todavía conservaba la cuenta con mil o dos mil pelas. Había que escoger un día tranquilo, nada de días de cobro. No había que ser avariciosos.

Luego, saldrían pitando, ella incluida, por Hermanos García Noblejas, en dirección a la carretera de Vicálvaro y cerca del cuartel de automovilismo se separarían y abandonarían el coche, no sin antes pagar a los amigos del Jambo. Después ella y el Jambo volverían en autobús a Vallecas y esconderían algún tiempo el dinero en el Común. ¡Y a esperar la Conferencia de IC!

Pasó el resto de la mañana recorriendo a pie la zona. Luego cogió un taxi e hizo el trayecto de la huida fijándose bien a ambos lados. Disimuladamente, fue marcando en el mapa los puntos fuertes, semáforos, comisarías (sólo había una), cuarteles, fábricas, etc...

Por un momento tuvo la idea de avisar a los camaradas del grupo de acción y presionarlos para que se saltaran la disciplina de la organización y colaboraran, al menos de presencia, sólo por fastidiar al Pater. Pero únicamente fue una fantasía. Ana era demasiado seria para jugar con lo que había sido su vida desde que entrara en la facultad en el sesenta y siete.

Ana era hija de obrero emprendedor. Su familia vivía en el barrio de Esperanza, cerca del mercado, donde su padre había puesto un taller de reparación de calzado, tras largos años de ahorro y duras jornadas en las fábricas del ramo.

Pudo estudiar y también ir a la universidad. Y allí empezó todo. Conoció a jóvenes arrolladores con los que se acostó muy pronto y con los que comulgó también muy pronto. Se hizo progresista y vivió los estertores del Felipe allá en el año setenta. Pero le supo a poco. Descubrió la fortaleza y la militancia verdadera en el PCE, y terminados sus estudios, y con

un curriculum político de mujer seria, polémica y altamente organizadora, inició la andadura de su adscripción a IC (organización que por cierto, era en realidad una escisión del Felipe en el año 65. Unas decenas de militantes reunidos alrededor de una revista), toda vez que Carrillo andaba buscando un pacto con la burguesía progresista que Ana no estaba dispuesta a tragar. El octavo congreso del Partido la echó fuera y a muchos con ella.

La militancia no la había marcado. No había tenido nunca problemas con la policía o con los sociales de la facultad, pese a que se actuaba abiertamente. Sólo se asustó cuando mataron a Ruano, pero para entonces ya militaba en el PCE. Sin embargo, no era una loca, sabía cómo se las gastaban los de la BIS [¹⁰⁴], los repugnantes jueces del TOP, y los mismos funcionarios de prisiones (boqueras que diría el Jambo). La clandestinidad, que se había relajado en la izquierda durante los primeros años setenta, volvió rápidamente a sus fueros a raíz del fusilamiento de los patriotas vascos del reciente septiembre. El dictador moría como había llegado al poder: matando.

¹⁰⁴ *Brigada de Investigación Social. Los tristemente famosos "Sociales".*

-13-

De cómo la Pepi traiciona a su novio

Una de las cosas que más fastidiaba al Jambo de su amante era simple y llanamente, perderle la pista. Pero Ana era así. Daba igual que le dejaras una nota para quedar después del trabajo. Tampoco te llamaba si tenías un teléfono. Ana hacía lo que le daba la gana. Se presentaba cuando quería, y en definitiva, era tan libre como un pajarillo. Lo que el Jambo no reconocía era que él mismo se comportaba con sus conocidos de igual forma. Cualidad que de haberle alguien reprochado, bajo ningún concepto hubiera reconocido. Él era un amigo para sus amigos, o sea un colega, como ya empezaban a decir, los parlantes de la chipé cané [¹⁰⁵] que pululaban al atardecer por lo que quería ser un parque a la vera de la Ronda del Sur.

El Jambo había esperado en vano durante una hora en la plaza de Castilla. Se había fumado medio paquete de Celtas largos, que a veces alternaba con los Ducados. Estaba de un humor de perros. Primero, había faltado a su palabra eludiendo a la Asun, que a saber qué rayos querría. Luego le daban plantón, con lo que él odiaba esperar, y finalmente llegaba al Comunín y amén de no haber nadie de su cuerda, la habitación estaba hecha un asco. En su irrefrenable ira, tuvo un acceso de gracia de Dios, y decidió ducharse y limpiar la habitación a fondo. Pudieran haber pasado tres meses desde la última limpieza general. Y dicho y hecho. Se duchó concienzudamente, se lavó el estropajoso pelo que ya casi le llegaba al hombro, y armado de la fregona y una bayeta, le dio un enérgico tratamiento de jabón and lejía a toda la celda. Para el vallecano, estos impulsos incontenibles de dejar reluciente su habitación, era como para los católicos, la confesión. Le dejaban con el coco nuevo, casi en gracia de Dios. Afortunadamente, nos los prodigaba mucho. Encontró tres pañuelos petrificados debajo de la cama con un innoble y seco contenido. Horrorizado, los tiró a la basura, pertenecían a una época anterior a Ana, una época de sequía.

Cuando todo estuvo en orden, se sentó en la piltra y se le secaron las ideas. Aún no eran las nueve, dentro de un rato llegarían el Rubio y los demás. Viernes por la noche, seguro que organizaban algo, pero no era plan, ¡ahora era uno de los folladores oficiales! No podía aparecer sin tía. ¡Ya está! Iría a casa de Asun. Le contaba una trola para disculparse y de paso, lo mismo se mercaba una cena.

¹⁰⁵ *Literalmente, falsa lengua. El Argot vallecano.*

Pilló la chupa y salió de naja para la queli de su tronca la lumi. Cogió el autobús en vez de la garrula. Luego otro en la calle Drumen. Y una hora después pulsaba el timbre de la casa de Asun. Quizá no hubiera nadie. Pero sí. Se oían voces. Las de la Asun claro.

— ¡Niño! —dijo al abrir—.

—Lo siento Asun, tuve un jari y no pude.

—Pasa, pasa —le contestó ella sin rencor—. Está la Pepi.

— ¿Y el Gonzalo? —le preguntó el Jambo por lo bajini.

—No... Han reñido — Y la Asun le sonrió con complicidad.

En ese momento no supo el Jambo si eso le convenía o no.

En efecto, la Pepi estaba desolada. Su novio le había mandado al carajo en una estúpida pelea de la que ya no recordaba los motivos. Quizá temporalmente. Ya veremos. Pero ella estaba desconsolada. O Rabiosa, o quizá dolida. Lo que fuera tampoco era tanto porque se animó al ver al Jambo. Y es que a la Pepi le gustaba el Jambo. Le gustaba el bulto de la entrepierna de los ajustados vaqueros del vallecano. Allí, en ese bulto veía la Pepi la esencia del vallecano. Los veintitantos años del Jambo tenían que dar para un montón de erecciones. Una fuente inagotable de placer. Así le veía la Pepi. ¿Por qué?, ¿sobre todo sin pruebas? El infalible instinto de las hembras despampanantes del pueblo llano, que a veces se crían en su seno. ¿Y era verdad? A medias. Como sabemos, el Jambo era ocasional pajero, lo que siempre quita energía se diga lo que se diga, y que como entrenamiento no vale para nada, afirmo, y además, pasaba largas temporadas sin catarlo. Lo que sí era cierto es que el Jambo tenía esas potencialidades. Y lo que aún era más cierto, es que la Pepi era muy capaz de hacérselas aflorar y quintuplicarlas. La Pepi rebotaba humores sexuales por cada uno de sus poros. Y Gonzalo..., Gonzalo se satisfacía enseguida. Y ella disfrutaba, sí, pero Gonzalo estaba más a sus negocios y a lucirla por los tugurios. Y además con toda tranquilidad, porque si la Pepi no le guardaba la ausencia a su novio, este era muy capaz de marcarle la cara con la Palmerab^[106], que era como matarla un poquito.

Por tanto, la situación no dejaba de ser explosiva. La Asun loca por meterlos en la cama. La Pepi, despechada, y a gusto con el recién llegado, pero fiel, aún, a su novio. Y el Jambo que se había presentado, no sabemos muy bien por qué, para no perder contactos. Pero que no dejaba de admirar las curvas de la hija de su madura amiga y a veces confidente. Y no

¹⁰⁶ Conocida hoja nacional de afeitar.

dejaba de admirarlas pese a su arrebolado enamoramiento de Ana. No sería para tanto el enamoramiento. Eso sí, compromiso no tenía ninguno. Y otro sí, él no estaba allí por el culo, las tetas, las caderas, el cuello, los muslos... y todo lo demás de la Pepi, él tenía historias con el Gonzalo, y no iba a estropearlas por nada del mundo.

Así pues, la Asun le dijo a su hija que le enseñara su habitación, no sé qué de unos cuadros que habían comprado en el Rastro. Y el Jambo se fue para aquella plaza sin saber que iba a ser lidiado con el pretexto de admirar unos originales cuadros pintados por un aficionado, allá por los treinta, y que representaban escenas de una riña tabernaria.

— ¡Muy bonitos! —reconoció el Jambo cuando ya la Asun había desaparecido cerrando la puerta tras de sí.

Y la Pepi que se tumba en la cama y le dice que se siente a su vera que está muy triste y que no sé qué coño de unos mimos. ¡Anda!, y le coge la mano y se la lleva al regazo.

Y el Jambo que se empalma en el acto, con lo que aprieta eso en unos pantalones vaqueros ajustados. Y que, mucho rollo y mucho Vallecas, pero no sabe qué leches hacer. Y la Pepi que suspira y empieza a moverle la prendida mano hacia sus propias partes y la tensión sube por las venas del Jambo segundo a segundo mientras su mano recorre la falda, primero por encima y luego por debajo, guiada por su dueña que vidriosos los ojos por el deseo y rojos los labios como una sandia madura está pidiendo sin ninguna duda la más terrible de las guerras a dos jugadores.

Y el Jambo la ganó. Ni Ana, ni hostias. Se lanzó al ataque. Volaron pantalones, jerseys, faldas, sostenes, calzoncillos, bragas... ¡Vaya con la Pepi! La Pepi estaba como un tren. No tenía nada que ver con Ana, que era una belleza sofisticada. La Pepi era una diosa pagana de santuario de pueblo. ¡Qué tetas!, ¡qué firmeza en semejante volumen!, ¡qué piernas de atleta sexual, qué brazos de romana, qué vagina esplendorosa! ¡Qué polvo se sacudieron en sólo quince minutos! Y otro más que exigió la Pepi al rato, para hartarse ella de gusto, aunque su amante sólo tuvo palmas en este segundo de la tarde. Y cuando se dio por satisfecha, le llevó al salón y cenaron juntos las viandas que milagrosamente allí estaban esperándoles y escucharon el telediario, otro milagro estando la Pepi, pero ésta había perdido todas sus palabras al oído de su recién amante, y miraba y callaba. Y el telediario decía que tras haber llegado hacía días la Marcha Verde a las lindes de lo permitido por el ejército español, y que tras la visita del Juan Carlos a la tropa, y tras la reunión de no sé dónde, le regalábamos el terreno y sus habitantes al maldito Hassán y a unos idiotas que habían aparecido por Mauritania. ¡Y nos íbamos de allí! y al país le importó un pimiento, porque desgraciadamente

estaba esperando a ver si se moría ese cabrón, que por cierto, ahí seguía peleando por su vida, él que había quitado tantas con tanta facilidad. Y el Juan Carlos, ése, que a veces no parecía tan tonto, no quería una aventura colonial, ni un ejército africanista, ni nada que se le pareciera. Así que, ¡que os zurzan, saharauis!

Y mientras el Jambo empezaba a sentirse chungo, la Pepi, se renovaba en cada bocanada. Y se hacía mujer y mujer y crecía en su silla mientras le devoraba con los ojos imaginándose ese rabo encendido que la había penetrado mientras hábilmente se estimulaba el clítoris elevando el vientre y frotándose en circulo contra él, como muy bien le había enseñado su madre, para que su placer no dependiera de la fortuna de su amante, o mejor, la disparara al cielo cuando ella quisiera. Porque así gozan las putas cuando quieren disfrutar de alguien al que desean, sea un Casanova o un zafio.

Pero al Jambo se le atragantaba la tortilla francesa. La terrible exaltación sexual que acababa de gozar le remordía como a un adolescente su primera paja. ¿Por qué? ¿Era por Ana?, ¿Significaba esto que le había puesto los cuernos? O eso no tenía sentido entre ellos. Tan progres. Además, ¿qué había en la Pepi, amén de ese cuerpo serrano? ¡Bah! No era su tipo. Ana tenía el poder de atraerle física y mentalmente. La Pepi sólo se la levantaba irremediabilmente en el momento que le diera la gana. Nada mas...

La Asun entró a los postres. No se le escapó ni la más mínima sonrisa de complicidad. Actuaba con la mayor de las naturalidades frente a un tipo que se acababa de cepillar a su hija en su propia casa. Çe la vie.

Las imágenes del Sahara, prontamente ex español, le trajeron a Asun recuerdos de su niñez en una apartada guarnición, bajo el dominio de una espléndida Luna Árabe. A esa Luna, allí donde quería volver, aunque sólo fuera una vez antes de retirarse del oficio. Pero hoy estaba contenta, no quería ponerse nostálgica, que como buena andaluza confundía con la tristeza. El Jambo estaba al tanto de los sueños de la Asun, los había tenido que aguantar ya algunas veces. Simples sublimaciones, que diría el Rubio. Ese volver al lugar donde fuimos felices, bajo un imponente astro beatífico sólo era, al entender del vallecano, una sublimación generada por lo disparatado de nuestras vidas. En las personas conscientes, socialmente conscientes, no tenía cabida. Se trabajaba por la revolución social y punto. En las gentes como la Asun, pegadas al suelo e incapaces de emprender vuelo, como las gallinas, el símil también era del Jambo, sí tenía un papel. Como la lotería, o el cupón de los ciegos, o el amor de su vida... En fin, todas esas majaderías que mantienen a la gente en la ignorancia. Esas cosas que sacaban de quicio al Jambo, y que aquella izquierda obrerista y dogmática que tan

bien representaba no comprendería jamás en el pueblo que pretendía liberar, y del que se decía vanguardia. Y sin embargo era fácil entender ese deseo que el país tenía de yacer bajo un gran astro protector, hartos ya de dianas cuarteleras aunque fueran floreadas. Y de ello pensaban aprovecharse algunos. De aquel país ya tiempo derrotado, incapaz de luchar hogaño, perdida toda su heroicidad, ahogada en sangre, sustituida gota a gota por el miedo. El miedo al pasado, el que recordar no quería, el miedo al presente, de cuerpo ídem, y el miedo al futuro, que se avecinaba imperfecto.

Y la Asun retrataba España divinamente, una niñez colonial, una dura juventud bajo una vara represora y militar, y un oficio particularmente de pobre, un oficio de subsistencia, y para terminar, muchas esperanzas, no se sabe en qué ni en quién, pero muchas.

El Jambo no volvió al Común esa noche. Durmió, o al menos lo intentó. Y eso que no sabía lo que le esperaba a la mañana siguiente. Sábado, sabadete.

Desayunó con churros hechos por la misma Asun, que estaban riquísimos. Dónde y cuándo había aprendido, sólo ella lo sabe. Después fueron a la compra, los tres. Y el Jambo que empezó a poner cara de circunstancias. Como se descuidara iba a pasar allí todo el fin de semana. Secuestrado por madre e hija. Una para labrar el porvenir de su hija y otra para labrarse yo qué coño sé. La situación estaba fuera de control. ¿Cómo se libraba uno de dos mujeres? Una que te alimenta y otra que te exprime en orgías de carne y gozo. Y había sido él, nadie más, el que como un idiota se había arrojado en sus brazos. Ahora, que no le hacía falta para nada. Sabía dónde encontrar a Gonzalo. Y además, se sentía mal por Ana. No es que le estuviera poniendo los cuernos a la dirigente de IC, pero un poquito sí.

Por otro lado, la Pepi, estaba fantástica, se la levantaba a un muerto con ese cuerpo y lo picarona que sabía ser, o sea lasciva. Pero echaba de menos las discusiones con Ana. El genio que tenía y sobre todo, aquellos ojos grises cargados de inteligencia y de decisión.

Y este era el pequeño drama del vallecano, que había usado a la gente y algunos le habían creído, como la Asun y su hija, y otros le habían calado, como Gonzalo y el Pater. ¿Y ahora qué? Ahora que sólo era una sombra entre dos mujeres, ¿dónde estaban sus recursos? Ese rollo de macarra concienciado, gracioso, resultón y chipendoy quedaba reducido a que era un cínico y por ende un egoísta. Y la pobre Ana, quizá sola, preparando el golpe y sin saber dónde encontrarle. Y mientras, las palmas se le humedecían en la pescadería junto a la primorosa Pepi que hablaba y hablaba con los pescaderos en el ejercicio de uno de sus más placenteros trabajos, es decir, ser admirada. Y sin que ésta se percatara, el Jambo se fue a la frutería donde la Asun hacía cola y le dijo que se iba para el Común.

— ¿Lo entiendes, verdad?

—Sí, hijo, vete si quieres... Ya hablaremos.

Y cuando la Asun quedó sola, casi con un rictus de pena en su cara, vino a su magín, una de las pocas cosas que la vida le había enseñado: lo implacable que es el destino con los pobres. Necesitaba que el Jambo se quedara, pero al despedirse, la cara del vallecano le había aclarado su verdad, que ni ella ni su hija tenían nada que ofrecerle. ¿De qué le servía el afecto, o incluso el placer a un tipo como el Jambo? Seguro que no sabía lo que buscaba, pero sí sabía lo que no. Y ni ella ni su hija estaban en la lista. También le asaltó una duda. Una extraña duda para una mujer tan segura de sí. Quizá era ella quien más necesitaba al Jambo. Y eso no dejaba de ser una perversión en su escala de valores. Su hombre, el que ella se imaginaba para sí, en nada se parecía al Jambo. ¡Un crío! Y sin embargo... Esa estilizada figura de manos como mazas y esqueleto por rellenar agitaba secretamente su corazón, tan secretamente que ni ella misma quería reconocerlo. De modo que apartó estos pensamientos y buscó algo que decirle a su hija.

Pero a la Pepi no pareció importarle.

— ¡Volverá! —dijo. Y como su madre pusiera cierta cara de extrañeza. Añadió:

—Volverá porque nadie le va a dar lo que yo —y sin ningún reparo se llevó la mano a la entrepierna para reforzar sus palabras.

La Asun no lo tenía tan claro.

— ¿Pero tú le quieres de novio?

—Ya veremos...

La Pepi diferenciaba muy bien lo que era un novio, es decir, alguien que te quiere, protege y se ocupa de pagar, de lo que era un amante, alguien que te da placer, nada más. Gonzalo era su novio, eso estaba claro. Algún día se casarían. Nunca había trabajado para él, pero si fuera necesario lo haría, aunque esperaba que no. El Jambo sólo era un amante. Una cuestión exclusivamente íntima entre un coño y una polla, y cuando se hartaran se acabaría. Además Gonzalo se tenía completamente creído que a quien se beneficiaba el Jambo era a su madre. Y para terminar, su novio le había prometido que si le salía bien un negocio que tenía entre manos se irían para la Costa del Sol donde pondrían un local, porque allí había muchas oportunidades para cualquier negocio. Aunque esto no lo sabía su madre, ni pensaba decírselo. Ya se enteraría cuando la echara en falta. Y con esa dureza que sólo los jóvenes se gastan con sus progenitores, resolvía la ecuación de su temprana y gozosa vida.

-14-

Una novela de Jack London

Le llevó todo el fin de semana localizar a Ana. Con el Rubio, el Perico y en el buga de Pepe el Carpanta recorrieron todos los pubs habidos y por haber de Madrid. Se lo tomaron como si fuera una peli de gángsters buscando a sus víctimas, o como polis de los buenos, que ellos suponían que en algún sitio habría, buscando a un gángster. Era un extraño cuarteto aquel. El Jambo y el Rubio dos tiarrones con pinta de fugitivos, como el lector sabe, y Perico y Pepe el Carpanta dos bajitos pero bigotudos malas leches. Sus entradas solían atraer todas las miradas, y a veces, sólo a veces, hasta se bajaba la música. El programa era en todos igual. Entraban agrupados mirando al personal como la haría la torreta de un T-34 [107] en busca de una presa. Luego se destacaban por parejas, un alto con un bajo, revisando los rincones oscuros mientras la otra pareja cubría la retirada. El Jambo no sabía cómo habían llegado al numerito, pero todos, incluido él, disfrutaban del jari. Bilbao, Malasaña, Libertad, Antón Martín... Una tras otra, peinaron las zonas de diversión del rojerío sin ningún éxito.

El percal que les había chamullado el Jambo a sus troncos era de orden sentimental. Que si andaba mosqueado porque un maromo [108] se la quería medio camelar, y no semando nasti de la jati se olía un flai [109]. Les había hecho prometer que si la dicaban [110] se pirarían sin más.

En la tesitura de este trajín no tuvieron más remedio que saludar a los conocidos, que los hubo y muchos, y a modo de explicación endosarles una historia sobre una compañera a la que buscaban por un jarillón con la madera. Tanto se fue liando la cosa, que al terminar la jornada eran tres coches y doce compis, tres de Comisiones, dos del Partido, uno del PTE, aunque era un tío legal, un troSCO de la liga que conocía el Jambo, y un carpintero de la obra del Rayo que conocía mucho a Pepe el Carpanta y que era un simpa.

Estaban empezando a llamar la atención. Algunos iban un poco borrachos pero afortunadamente pronto amanecería. La ciudad dormía y las fuerzas represivas también. A última hora se les habían unido unas titis del metal que trabajaban en Osram y que querían

¹⁰⁷ Carro de combate de la Unión Soviética, paradigmático de la II Guerra Mundial.

¹⁰⁸ Individuo.

¹⁰⁹ ... y no sabiendo nada de la chica, se temía un disgusto.

¹¹⁰ Veían.

cachondeo al precio que fuera, lo que ocurre es que eran muy feas, incluso para el estómago de un comunero. Aún así les dieron cuartelillo y cantaron la de yo me subí a un pino verde, y la de gallo negro, gallo rojo, y otras así.

Pero el Jambo estaba hecho polvo. ¡Qué medidas de seguridad en la víspera de un palo como el que tramaba! Se arrepintió de haber dicho nada a sus compañeros del Comunín. Y dio gracias al destino por no haberla encontrado. Y es que el rojería no era serio en estos temas. Si no nos desarticulan a todos es porque la pasma es una inútil. ¡Y la culpa es mía!, se decía el vallecano con cierta pesadumbre por lo inconveniente de la jarana y por no saber nada de Ana, después de haber pasado la noche anterior por una ración de sexo como no recordaba, ¡qué coño iba a recordar!

Les costó muchísimo deshacerse de los voluntarios y hubo que dar extrañas explicaciones y rocambolescas pistas para que nada pudieran encontrar ni en el difícil caso de que lo hicieran.

Cuando después de desayunar en la vaquería que hay al final de la Ronda de Toledo, regresaron al Comunín para echarse un sueñecito, lo último que el Jambo y sus amigos esperaban encontrarse era a Currito Crysler y al Cepero departiendo amigablemente con Ana en la sala del televisor. Había llegado de mañanita con la intención de platicar con el Jambo y no encontrándole y tras ser informada por los citados comuneros de que no había pasado la noche en su habitación decidió esperar un rato por si acaso llegaba el vallecano. Como así fue. Y todo lo difícil que a éste le resultaba encontrar a Ana, le resultaba fácil a ella. Esto cabreaba mucho al Jambo. Después de una sarta de aclaraciones que no convencieron a nadie y que dejaron al Rubio un poco preocupado por su tronco. Ana y el Jambo se fueron a la habitación. Todo estaba listo según ella. Harían un reconocimiento de terreno el lunes, y el martes, que era el mejor día, darían el palo. Podía ya hablar con sus contactos y conseguir el coche y las pistolas. Después el Jambo se durmió y Ana no tuvo inconveniente en quedarse leyendo una novela de aventuras de las que el Jambo tenía mejor provisión que de libros de política. Era de Jack London. Nunca le había leído. La novela le traspasó el corazón. Y se prendió de su protagonista, en la fortuna del mucho tiempo que el plácido sueño de su amante le dejó para terminarla.

Se trataba de una obra excepcional del gran escritor Jack London: "El talón de hierro". El viejo y fornido Jack sabía que se produciría una lucha terrible entre las fuerzas que hacen la historia. Impenitente americano, creyó que tal lucha se desarrollaría en su país, entre obreros

clandestinamente organizados y las guardias pretorianas del capital. En realidad, la lucha tomó formas y caminos impensables en su época.

Cuando Ana y al filo de estas reflexiones terminó la novela, admiró del durmiente varias cosas. Primero que tuviera este libro. Segundo, que siendo ella de sólida formación marxista, jamás hubiera oído hablar de él. Y tercero, la suave expresión del rostro de su amante, sus rudas manos sobre la barata manta que debería haber cubierto una colcha, y ese color bronceíneo en un rostro angulado y enmarcado por el pelo negro y robusto de los trabajadores españoles, tarjeta de visita en cualquier foto lejana donde posaran compatriotas, ya fueran fascistas de la División Azul, republicanos a lomos de tanques franceses liberando París, o emigrantes con rudas maletas sostenidas por hispánicos cordeles en estaciones de nombres impronunciables bajo la atenta mirada de policías arios no ha mucho hijos de otros más estremecedores.

Y Ana, enternecida, dejó que inusuales emociones le recorrieran el rostro que, contra lo que pudiera parecer, embelleció contemplando los últimos momentos del profundo sueño del vallecano. Y así, en la eternidad de la exaltación de los sentimientos sociales estimulados por la reciente lectura en afortunada mezcla con la pasión del enamoramiento, Ana disfrutó de una determinación creciente, que afianzada en la confianza que tenía en la fuerza de su amante, le llevó al arrobo de saber que sólo juntos serían capaces. Y que lo amaba. Y por una vez, y con nadie por testigo dejó que esta agridulce sensación la poseyera en un tiempo detenido, intencionadamente retenido para poder ser recordado.

Y cuando el Jambo despertó, ella lo mimó y le hizo ducharse a conciencia y le vistió con las mejores galas del vallecano, las que eran pocas y malas, y se lo llevó al centro y le invitó a comer en un restaurante finolis, una vez que consiguió amansar sus airadas protestas y otras gilipolleces que no vienen a cuento a la hora de comer. Y pasado su primer envaro, que se tradujo en media hora de actitud desafiante con los camareros —ahí tenía razón, porque eran gentes incapaces de reconocer en el Jambo a un compañero—, media hora, digo, le duró la cara de mala hostia, porque tragón impenitente como era, poco a poco sus humores malsanos se fueron disolviendo en platos exquisitos. Y hasta empezó a disfrutar de la charla de Ana, y se dijo a sí mismo que bien los comensales podían admirar en él al Pijoaparte vallecano, que en el fondo era. Y a su pedazo de gachí.

Y durante este tiempo, también, al parecer, para el recuerdo, el Jambo no se acordó ni por un momento de aquel otro mundo del que horas antes había huido. Porque era un camaleón, mejor, la manilla de un reloj, capaz de mirar a la cara sin pestañear las más dispares horas,

de arriba, de abajo, de izquierda y de derecha. En un ciclo por él ignorado que se alimentaba de no saber quién era realmente, más allá de la retahíla izquierdista que como espesas gachas le alimentaban diariamente.

No hablaron, pues, de otra cosa que no fueran ellos. Y pudo, ¡por fin!, ella, conocer el verdadero nombre del Jambo, aunque prometió no usarlo. Y supo el vallecano de dónde venía su comensal y comprobar con agrado su proletario origen, porque así era de imbécil.

Y luego de una sobremesa larga, relajada y un poco nebulosa por efecto del excelente orujo del establecimiento, tomaron un taxi al barrio del Pilar, porque con padres de Charo o sin ellos, Ana estaba harta de las rasposas sábanas del Jambo, tanto para dormir la siesta como para lo otro si es que se terciaba. Que se terció, pues el Jambo encendió un canuto, con gran deleite de ambos y se hicieron cosquillas durante horas, aunque ellos creyeron hacerse las más sublimes caricias, hasta que les dio la gana correrse y terminar abrazados en una bajada metida en la piel, con el corazón galopante, volando por mundos imaginados coronados de relajantes lunas árabes. Nada que allí hubiera pasado realmente, salvo un hombre y una mujer amándose en una nube de humo que les hacía creer en mundos que tenían arreglo, mundos que se terciaban maravillosos calentando hachís contra la palma de la mano.

15-

Malos dengues [¹¹¹] en el Pozo

El lunes después del curro, el Jambo se fue para los billares de Callao en busca de Gonzalo. Hubo de esperar algún tiempo, pero lo mató jugando una partida de billar, dónde perdió miserablemente cuarenta duros, con un perfecto desconocido. A eso de las nueve le vio entrar. Iba muy bien trajeado, como era su costumbre, e iba, imaldita sea!, con la Pepi. ¿Y ahora qué hacía?

Se apartó discretamente mientras buscaba una solución. La Pepi tonteaba con unos conocidos de Gonzalo. ¡La leche! Iba más apretada que un chupa chups. En eso el propio Gonzalo le vio. Pareció alegrarse. Sin que su novia se diera cuenta y en un gesto que el Jambo no pudo descifrar enteramente, le indicó que se apartaran hacía los jugadores de ajedrez. El Jambo no tenía miedo. No tenía miedo, se repetía. Pero si Gonzalo estaba enterado de lo suyo con la Pepi, estaba mulabaró.

— ¿Qué?, ¿hay algo? —le preguntó Gonzalo aclarándole con esta pregunta que no sospechaba nada, y que además, y esto les convenía a ambos, no quería que la Pepi jamara nada del asunto.

El vallecano asintió con la cabeza. Gonzalo le tomó del brazo y le llevó a la entrada del tigre [¹¹²].

—Suelta...

—Para mañana. Vamos a medias, pero tú pones la loca [¹¹³].— Se refería a que tenía que robar un buga.

—Habrás que ligar un conductor.

—Chachi...

— ¿Y las herramientas? —Preguntó Gonzalo—. Yo tengo una pipa. ¿Y tú?

—También —mintió descaradamente el Jambo.

— ¡Qué esté limpia!

¹¹¹ *Diablos, espíritus.*

¹¹² *WC.*

¹¹³ *Coche robado. Preferentemente un Seat 1430, a poder ser de color blanco. Manías de los choros.*

—Tranqui. Quedamos esta noche para diquelar el chichi [¹¹⁴].

— ¿El qué? ¡Coño! ¡No me hables en gitábano!

—Te espero esta noche a la una en la salida del metro de Ciudad Lineal, salida a Arturo Soria. Vemos el terreno y quedamos para el palo.

—¿Y..?

Pero el Jambo no le dejó terminar.

—Tranquilo. Está todo estudiado y controlado por mi gente.

—Ya. Los rojeras.

El Jambo no dijo nada. La aparente blandura de Gonzalo sólo indicaba una cosa: estaba hasta el cuello y necesitaba la pasta. Mientras las cosas fueran así lo tendría en un puño. Todo su problema consistía en conseguir una pipa esta misma noche. Pero para eso contaba con el Rubio...

Le pidió a Gonzalo que entretuviera a la Pepi mientras se iba. No quiero que nos relacione, le dijo, ya sabes...

Llegó al Comunín y se fue a la habitación del Rubio. Llamó y esperó. Quizá no estaba. Pero sí. Abrió con cara de recién despertado. Se había quedado marmota después de llegar del curro.

—Pasa tronco —le dijo.

Se echaron un pito. El Rubio, que conocía a su amigo como nadie, empezó a sospechar un apuro.

— ¿Algún jari? —preguntó.

—Necesito una fusca —le espetó el Jambo.

El Rubio dudó entre partirse de risa o partirle los morros.

— ¿Lo dices en serio? ¿Es chachipén [¹¹⁵]?

—Si —y el Jambo puso cara de póquer.

— ¿Y para qué coño quieres tú una pistola?

¹¹⁴ Literalmente, agujero, boquete.

¹¹⁵ Cierto, verdad.

- ¿Ah, para que me ayudes tengo que contártelo?
- Pues claro, pringao... ¿Qué te crees que es esto, el rastrillo de los domingos?
- ¡Déjate de rollos! Sé que en el Partido tenéis armas.
- Sí, claro, para dejártelas a ti y a otros locos como tú.
- No hace falta que insultes.

El Rubio se incorporó de la cama. Encendió otro cigarro y moviendo su humanidad por el estrecho pasillo que quedaba entre la escurrida mesa que le servía para sus trabajos intelectuales y el filo de la deshecha cama, caviló que algo muy serio le pasaba a su amigo.

¿Para qué quieres una fusca? —Y llamó al Jambo por su nombre.

La última vez que el Rubio llamó al Jambo por su verdadero nombre habían acabado a hostias. Pero a hostias de verdad. El Jambo lo recordaba, fue en el comedor, con la cocinera, Charly y todos los comuneros cenando. La cosa había surgido por una discusión política. Fueron subiendo de tono los insultos y para terminarlo de arreglar el Jambo llamó a los "carrillistas" traidores a la clase obrera. Eso fue demasiado para el Rubio. Se sacudieron bien hasta que se pudo separarlos. Y si el Rubio tenía mayor talla y unas manos terroríficas, su contrincante, que no era ningún alfeñique, sabía mañas que había aprendido con un chino, bueno japonés...

Para el Rubio, su amigo del alma, el Jambo, era como un hermano pequeño. ¡Que buena pasta si alguien la pudiera modelar! Pero el muy ignorante sólo se dejaba aconsejar por soñadoras. Y esta moza que se había echado estos últimos meses le tenía chingado el hígado al Rubio. Veía en ella a la típica pasionaria, buena como un pan, lista como los demonios, capaz de poner firmes a todo un comité central, y en definitiva, un peligro para las gentes inexpertas y mal folladas que los tiempos daban. Era pues su amigo una víctima de la chochocracia, enfermedad que padecían los rojos jóvenes e inexpertos —si el Jambo le oyera—, y que consistía en que una roja maciza de una organización trosca o china hacía de ellos lo que les daba la gana. Y siendo los tiempos tacaños con la piel deseada, así los sexos disfrutaban, los grupúsculos crecían, el personal tragaba carros y carretas, y todo el mundo, ihala!, a desprestigiar al Partido. Estaba ya acostumbrado a semejantes majaderos, pero lo

que no estaba dispuesto es a consentir que aquella chandé de clisos [¹¹⁶] grises tan berjís [¹¹⁷] metiera a su tronco en un jari donde hubiera puslas [¹¹⁸]. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

Por eso, cuando el Jambo le respondió que no era asunto suyo el para qué. El Rubio se cabreó e hizo lo que en su tierra manchega hacían con los hermanos pequeños rebeldes, es decir, le sacudió un guantazo, que pillándole desprevenido tiró al Jambo al suelo.

El vallecano no se lo podía creer. Así, ¡a traición! Su tronco de tantos jaris, hostiándole como si fuera su padre. Con la mano se contuvo la sangre que le manaba por la nariz. ¡Aquello era increíble! ¡El Rubio le acababa de sacudir! Le miraba a los ojos con una mezcla de asombro e ira.

Pero el Rubio seguía allí a su frente, impasible, pareciendo que la tunda no había terminado. Como un buen hermano de pueblo, demostrando de qué lado estaba la justicia y cuanta provisión de guantazos le quedaban si no cejaba en su estupidez. Y es que de otro modo, para nada sirven las hostias correctoras. No puede uno tumbar a un amigo de una piña, por su bien, y luego acudir en su ayuda para enjugarle la sangre. Un idéjame en paz! arruinaría la bondad de la medida, dando al sacudido una oportunidad en su malvado empeño. Por eso, el Rubio, sabio del pueblo, donde los hubiera, tenía el puño bien prieto, por si la terapia requiriese otra dosis, incluso mayor.

Aunque al Jambo maldita la gracia que le hizo. Empezó la retirada. Ni un insulto le dirigió, ni una mirada de odio. Se fue dolido, físicamente apenas, lo que tenía su mérito de hombrón duro como el pedernal, pero moralmente hecho polvo, hecho fosfatina. Esta huida también afectó al Rubio que quedó intranquilo fumando ducados tras ducados.

¿Y dónde fue el Jambo, con aquella tempestad en la cabeza y la nariz como un pimiento morrón? Pues se metió en el barrio y dio vueltas entre las chabolas y se bebió algunos botijos saludando casualmente a algún currique de la Constru y vagando sin rumbo tratando de aclarar sus penas. ¿Quién podía ayudarle? ¿Quién coño, en este jodío barrio podía tener una pipa para prestarle?

Quienes las tenían estaban a unos metros. Allí mismo, en ca Ramón, donde paraba el Tío y su parentela, donde estaban los gitanos. Se conocían de algún trapicheo con chocolate. No se lo pensó dos veces y entró. Los calorros, al verle con la nariz partida, se rieron:

¹¹⁶ Ojos.

¹¹⁷ Bellos.

¹¹⁸ Pistolas.

—¿Qué quieres, gaché [¹¹⁹]?

Sentados en varias mesas destartaladas que más eran obstáculos para llegar a la barra que otra cosa, estaba el Tío y otros más. El Tío, era el Tío, un bató [¹²⁰] de respeto. Un gitano renegrado, de luto permanente, canas en el bigote, ríos de fina plata en el negro y sano pelo, y de bronce la carrillera donde iba limpia la sonrisa y taimados los ojos.

El Jambo le saludó y le dijo que tenía un asunto de honor, que yendo de plastañi [¹²¹] con unos payos le había surgido un lance que le podía marar. Y que estaba desarmado. Y lo hizo con el debido respeto, sin sentarse, despacio pero con sentimiento. Sabiendo que el bató descendía de un pueblo negro como su rostro, el pueblo caló, y que si no tenían nombre verdaderamente propio, se les puede llamar bohemios, egipcios, gipsos, filistinos, faraonianos, tártaros, sarracenos, agarianos, zíngaros, spukaring, sinculi, romcali, romnicai, romos, romanís y otros muchos nombre más. Un pueblo que todavía y en cualquier parte, quiere ser lo mismo que fueron sus padres, gitanos libres, verdaderos gitanos. Y estas gentes ha nada amantes del campo abierto, gustosas de acampar en las veredas frondosas y capaces de amar a los animales sin ponerles nombre, estas gentes, estaban empezando a perderlo todo. Porque todo se lo quitaban y todo les empujaba a comerciar con droga si querían evitar morir de asco, sin saber que cavaban la fosa de sus hijos, queriendo en su ignorancia darles otra vida. Deslumbrados por los talegos, que verde que te quiero verde, les reportaba el chocolate, y también el caballo.

Y esta menestral pero infame ocupación los había hecho más taimados y perversos. Y los clanes estaban divididos, y las crí y las day [¹²²] asustadas pero también admiradas o envidiosas de ver tanto parné y tan fácil. Y el Tío, cómo coño quiera que se llamara, sentado en el taburete, el sombrero negro en la mesa al lado de un tercio mediado, la garrota entre las piernas, ahora descansando, y la mirada mala y sin disimulo clavada en nuestro valiente protagonista, caviló, el qué, el quién y el cómo del Jambo, al que si recordaba pero apenas conocía: un payo más de los que le compraban costo. Les tenía el mismo respeto que a las piedras del camino. Pero allí, con sus chavós [¹²³] y los chavós de otros batós como él, todos

¹¹⁹ Aquí gaché es despectivo, como payo.

¹²⁰ Hombre de respeto. Gitano con autoridad. Los Tíos gitanos.

¹²¹ En compañía de.

¹²² ... las mujeres y las madres...

¹²³ Gitanos jóvenes (literalmente hijos).

ellos en el negocio de la droga, y con los dos Pozos por mercado [¹²⁴], y la Celsa por domicilio, pareció apiadarse de aquel gachó que con tanta chamuchi rachelaba una pusla para defender su mestipén [¹²⁵]. Le preguntó que si tenía dinero, parné, colorao. No tenía.

— ¿Y por qué te voy a fiar, gaché? —preguntó el Tío con sorna volviendo la cara para sus chavós, quienes rieron sin obligación.

—Si no te pago me mareláis [¹²⁶] y en paz —le respondió el Jambo con el corazón...

—Tranquilo, chaborri... —le contestaron no sin cierta admiración.

Resulta que el Tío tenía algo para él. Un fierro [¹²⁷] que se había dejado un payo y que estaba alipiaó [¹²⁸]. Chachipén.

Luego le llevaron por unas calles menores, el pozo del Pozo, y allí, más temiendo por su cartera que por su vida, escuchó impertérrito la exagerada cifra que les tenía que apoquinar, lo más tarde el sábado, mientras le entregaban un bulto de tela.

El Jambo no estaba muy cabal aquella noche. Se estaba endeudando con unos peligrosos prestamistas. Para comprar qué sabía él. Se cortaba de mirar lo que había bajo la tela. ¡Pero qué carajo! Si no lo miraba le tomarían por un julai. Así que descubrió la herramienta y admiró no sin sorpresa una escopeta con el cañón recortado y la culata serrada hasta dejar el arma en tres palmos. No estaba muy oxidada. ¡Caray! Los dientes se le pusieron largos. Los calorros lo notaron.

El Tío le dio un discursito nuevamente socarrón y sin duda amenazante, gozando, como sólo los calís gozan, cuando engañan a un payo. Más cuando el engaño es por el miedo: que ya sabían quién era y que si no venía él ya irían ellos a verle.

Claro que el Jambo les tenía miedo, les tenía el mismo miedo que a una partida de apaches, pero por apaches, no por su número. Sí, les tenía miedo aunque los gitanos se la sudaban, no se trataba con ellos, excepto para pequeños trapicheos de hachís. Compartía en su jerga palabras de su idioma, pero eso era todo lo que compartía. El Jambo sabía que eran

¹²⁴ *El Pozo del Tío Raimundo y el Pozo del Tío Huevo.*

¹²⁵ *... con tanta sinceridad, buscaba una pistola para defender su vida. En realidad esto es una licencia literaria. Ningún gitano hablaría en chipecalí con un payo desconocido, y menos en cheli.*

¹²⁶ *Matáis.*

¹²⁷ *Arma.*

¹²⁸ *Limpio.*

otra raza, como los quinquis, los mercheros, y otras tribus nómadas que en las Españas quedan. Nada que hacer con ellos. Imposible atraerlos al rojerío. Tiempo perdido. Y a sus espléndidas mujeres, ni mirarlas, por si acaso.

Y así, el vallecano se fue para su cita, feliz y orgulloso de haberse buscado la vida. Con el bulto dentro de la chupa. Ignorando que el Tío le había vendido por una cifra desorbitada el arma de un crimen gitano, para que si se terciaba se lo comiera un payo, que si cantaba se convertía en un chota [¹²⁹], esto es, un mulabaró, un hombre muerto, y donde no importaba cobrar la deuda entera en parné o quizá en favores y trabajitos.

El Jambo esperaba a Gonzalo apoyado en la balastrada de piedra de imitación de la ya cerrada entrada de la estación de metro de Ciudad Lineal. Había un zeta y un canguro aparcados frente al cine. Y muy pocos transeúntes. Ya se sabe, Franco se moría. Llevaba muriéndose una eternidad. Un par de grises paseaban por la acera de Arturo Soria con las manos a la espalda y las solapas del abrigo subidas. El Jambo se intranquilizó. Debería haber dejado el fusco en casa. Pero los grises, en los días de su vida le hubieran tomado por rojo y menos por progre. Llevaba el pelo excesivamente largo para el gusto progre. Más bien podría pasar por un roquero si no fuera por el indefinible aspecto de la cabellera, terció polvo de obra, terció agua de bidón, terció falta de ducha. Ni el bronceado rostro, en ningún caso playero, que coronaba aquella combativa cazadora de cuero negro, en otros tiempos de motorista, y que dejaba entrever en las mangas unas poderosas manos de albañil, grandes, nudosas, morenas, heridas y callosas. También los pantalones vaqueros marca Lois, muy ajustados, terminaban por afirmar que, sin duda, se trataba de un joven currante del extrarradio, más macarra que sospechoso de revolucionario. Naturalmente a vista de gris, que no de social, mucho más cultivados en el arte de la sospecha. En cualquier caso, los rogelios estaban muy tranquilos. Todo el país estaba acojonado. Y de haber fiesta, era en la casa de cada uno. Sólo en los barrios bajos, siempre primeramente liberados, los borrachos, veteranos del Ebro, se cagaban en la puta madre que parió a Franco en la más absoluta y esplendorosa impunidad, a la luz de los cuarenta vatios de la farola municipal, a su calor y a su seguro. Y quizá al grito iracundo de los vecinos de: icállate, so borracho!, más animador que otra cosa.

Gonzalo llegó tarde. Todo el mundo llegaba tarde a las citas del Jambo. Que si no encontraba donde aparcar. ¡Gilipollas!, ise viene en su propio coche! Apenas se saludaron. Pasaron por delante de la Caja de Ahorros, y luego se quedaron mirando el escaparate de la

¹²⁹ Chivato.

armería con evidente placer del Jambo. A lo lejos, la pareja de gurriatos, hablaban del teniente que sin ninguna duda era un mamón. Gonzalo estaba un poco nervioso. No había un alma en la calle. Franco se moría. La bofia a un paso, y este rojeras barriobajero se ponía contarle la historia delante de una armería, ¿pero estaba gilipollas?, ¿o quizá trataba de acojonarle? Bueno, daba igual. Él tendría el buga aparcado y con un conductor a la hora acordada, ya lo tenía todo atado. El resto era cosa del Jambo y los suyos. El plan del Jambo le pareció bien, simple y rápido. Entrarían los dos y luego saldrían pitando. Lo del apoyo de la titi, también. Si ella entraba es que había que salir zumbando. ¡Estupen!

-16-

El palo [¹³⁰]

El Jambo durmió muy poco aquella noche. Una, porque ya me diréis quién iba a dormir con el fregado que tenía para el día siguiente. Otra, porque al examinar el fusco en la habitación, ya con más detenimiento, comprobó desolado que no llevaba cartuchos, y que además, y para más inri, uno de los gatillos se encasquillaba tras el disparo y había que recuperarlo con una navaja. ¡Como para un apuro!

A la mañana siguiente, llamó a Ana a la hora convenida. Lo cogió Charo. Que no estaba. ¿Que no estaba? Había salido muy temprano. ¿Salido? ¿A dónde? No sabía. Tampoco sabía si iba a volver.

¡La madre que la parió! ¿Y ahora qué?...

Un estremecimiento recorrió el espinazo de Jambo. Malos presagios le nublaron la vista, tan fuerte fue la emoción. Las manos le sudaban. Volvió al Comunín y se sentó en la cama. Aún había tiempo. Volvería a llamar dentro de media hora. Se repasaba el pelo con las manos una y otra vez.

La siguiente no lo cogió nadie. Diez, quince pitidos. Regresó al Comunín por si a ella se le hubiera ocurrido venir. Nadie. Del miedo pasó a la ira. Mierda de gente. Todos iguales. Este era un país de idiotas, de impresentables. Niñatos de la burguesía metidos a revolucionarios, buenos, nada más que para follar mucho en nombre del marxismo. Banda de maricones, copando todos los puestos, quitándoles a los obreros hasta la dirección de su propia liberación para luego dejarles tirados. ¡Impresentables! Nunca debía haber confiado en nadie —como si la idea original hubiera sido suya—. Ahora mismo se iba para Ciudad Lineal, daba el golpe con Gonzalo y ¡Santas Pascuas! Que vinieran luego. ¡No te jode!...

Y así lo decidió, aunque tendría que esperar un buen rato, pues aún quedaban un par de horas para la cita. Por experiencia sabía el Jambo, que no había nada tan peligroso como rondar con antelación por el lugar del crimen. Le vino a la cabeza como podría agenciarse unos cartuchos del doce para la recortada. ¿A ver, a quién conocía del barrio que fuera cazador? ¡Ya está! Manolo el de la casa de comidas. Si siempre estaba dando la coña con sus batallitas de caza. Se fue corriendo para la Avenida de Entrevías. Manolo acaba de abrir. Y afortunadamente estaba solo. Le contó que querían gastarle una broma a unos colegas y

¹³⁰ Atraco.

necesitaban la pólvora de dos o tres cartuchos para hacer un buen petardo. Manolo le miraba como a un aparecido. ¡Hombre, Manolo! Que cenamos aquí todas las noches. Pero Manolo era un comerciante de orden. Que aquí al lado, en la Avenida de San Diego los vendían.

—Pero es que no tengo licencia, Manolo.

—Eso te lo venden sin licencia.

—Entonces por qué no me los prestas tú y ya te los daré.

Pero Manolo entornó sus opacos ojos y no dijo más. El Jambo se marchó mosqueado. Entró en la armería de la Avenida de San Diego y pidió una caja de cartuchos del doce.

— ¡Licencia! —le respondió el dependiente taladrándole con la mirada. Porque en todo armero hay un policía escondido.

— ¡Bah! déjalo. Son para mi padre. Pero que venga él y los compre. Yo no llevo la licencia.

El armero le miró las manos. Era un currante.

Le puso una caja en el mostrador. El Jambo estaba que botaba. Pagó y salió de naja. ¡Ahora era un hombre armado! Llevaba doce muertes en su bolsillo. Doce fachas, o lo que coño sea que se le pusieran por delante, para mandar al otro barrio.

Se fue andando hasta el Puente, dónde cogió el metro. Llevaba el fusco cargado, oculto en la bolsa de deportes. El resto de los cartuchos los llevaba repartidos por todos y cada uno de los bolsillos. Pasaba perfectamente por un currante a la chapuza. Al llegar al metro de Ciudad Lineal, el corazón se le fue acelerando. Tenía un mal presentimiento. Salió lentamente por la boca de la estación. Quería asegurarse de que Ana estaba allí, mirando el escaparate, según su propio plan, a dos minutos para el golpe. Gonzalo sí estaba, con una loca blanca, y con él, ¡oh no!, estaba Alberto, el último que hubiera esperado. Alberto había pasado por muy malos trances desde la última vez que el Jambo le abroncara en Lisboa. Había perdido a su novia, tenía los estudios colgados, y vivía entre la pasta que les sacaba a sus padres y los chanchullos que nuevas y peligrosas amistades de los barrios del norte le procuraban. Alberto se había convertido en un golfo.

Gonzalo se le acercó, iba vestido con unos pantalones vaqueros, un jersey y una cazadora impermeable. Antes de hablarle se puso las gafas de sol.

— ¿Y tus compis? —le inquirió al Jambo.

—Todo está controlado —mintió el Jambo—. Ese conductor que te has traído es un mangui —añadió el Jambo, señalando a Alberto que con su insoportable risita, y habiéndole reconocido perfectamente, permanecía al volante.

—Vaya... —musitó Gonzalo—, ¿os conocéis?

Había una extraña sorna en las palabras de Gonzalo. ¿Sería más que una casualidad? El mosqueo del Jambo empezaba a adquirir tintes dramáticos. Las palmas seguían húmedas.

—Claro que le conozco —le respondió—. Una vez me vendió a la madera.

— ¡Un chota! —se admiró Gonzalo.

Pero como no dijera nada más y los segundos se consumían, el Jambo expresó sus dudas:

—No sé... No lo veo claro...

— ¿Te rajas?

—No. No me rajo. Sólo quiero que sepas que es un manguta y que nos va a complicar las cosas.

—Bueno, vale. No hay problema, yo lo tengo todo controlado. ¿Y tus compis, los rojeras, lo tienen todo controlado?

—Sí.

—¿Traes la herramienta?

—Sí, ¿y tú?

—También —y Gonzalo se señaló la cintura. ¿Usamos tu bolsa para la pasta?

—Sí.

—Bueno, pues calma y vamos para allá.

Diez escasos metros les separaban de la entrada a la Caja de Ahorros. Todo estaba muy tranquilo. No había policías por ningún lado, y los transeúntes iban a lo suyo. Desde donde estaban no se veía el interior de la Caja, no podían saber por tanto cuantas personas había dentro. De Ana no había ni rastro. Ni al parecer de nadie. Y Gonzalo tenía que saberlo.

—¿Seguro que tus colegas lo tienen todo controlado? —le preguntó mientras caminaban parejos los últimos cinco metros antes de alcanzar la entrada.

—Yo qué sé...

—Ya. Vale. Pues saca la pipa o lo que cojones lleves ahí —y Gonzalo, girando fuertemente el redondo pomo de la puerta de cristal, sacó la pistola de la cintura, abrió la puerta, entró, y desplazándose a la derecha para dejar sitio a su compinche dijo en altavoz:

— ¡Al que se mueva lo mato!

El grito que dio Gonzalo asustó a todos los concurrentes, incluido el Jambo, que había sacado la recortada, que empuñaba con la diestra mientras sujetaba la abierta bolsa con la chunga [¹³¹]. Tal como habían previsto, el Jambo se acercó al mostrador.

En el pequeño recinto sólo había cinco clientes y tres empleados, de estos últimos, dos se encontraban sentados al otro lado del mostrador, atendiendo al público y un tercero trabajando en una mesa interior.

Al grito de Gonzalo, ni empleados ni clientes acertaban a comportarse como se supone debían. Semejante falta de colaboración no dejó de sorprender a los atracadores. Quienes también eran novatos en el oficio. Durante tres eternos segundos, tres, nadie se movió. Gonzalo movía la pistola en abanico como intimidando, pero no decía nada. El Jambo había puesto la bolsa abierta sobre el mostrador, justo delante del perplejo empleado, pero ni uno ni otro decían nada. Entonces Gonzalo reaccionó y gritó: ¡¡Vengaa!!

Y clientes, empleados y atracadores se pusieron a ello. El peor momento había pasado. Gonzalo apartó a las dos marujas, un jubilado, un obrerete y un hombre de indefinible edad con un terno azul viajante, ordenándoles que se pegaran a la pared de la derecha. El Jambo sólo le dijo al empleado, poniéndole la recortada en la nariz:

—¡Llénala!

El golpe estaba encarrilado. Ahora sólo hacía falta que no entrara ningún patoso o héroe. Que nadie se pusiera nervioso. Y que los empleados se dieran prisa con la pasta.

El Jambo veía los fajos de billetes de mil llenar la bolsa de deportes. Y según esto sucedía el gustillo de la avaricia le nublaban las ideas. El miedo de hacía unos momentos se cambiaba por esa gozosa sensación de la que es víctima todo ser humano, cualquiera que sea su condición y sexo cuando sabe que va a ser poseedor de montañas de estos papelitos verdes. Y la verdad es que el empleado colaboraba, pasaba los billetes del cajón a la bolsa con diligencia. Cuando se le acabó el metálico se lo dijo al Jambo.

—No hay más...

¹³¹ *La mano izquierda.*

El Jambo le pasó la bolsa al otro. Quién se puso a la faena. Los clientes empezaron a ver, oír y sentir. El empleado de la mesa interior, maldecía por lo bajini. Era el jefe de sucursal, y una mesa a la derecha, en la que realmente era la suya, había un botón de alarma dentro de un cajón. Cinco minutos antes le hubieran pillado en ella. Mala suerte para él y buena para los atracadores. Por otro lado, en la sucursal no había más de medio millón, de las que doscientas mil estaban en la caja fuerte camuflada dentro del armario. La desgracia es que estaba abierta. Y era culpa suya. Hasta las once no venían los guardas de la central con un par de quilos, que era lo que la sucursal manejaba entre unos días y otros. Lo que quedaba eran los restos del día anterior que si eran menores de medio millón se dejaban siempre en la caja fuerte acorazada.

El segundo empleado era más remolón. Se creía valiente, de estos españoles valientes y a la par gilipollas a los que luego lloran sus viudas e hijos. La verdad es que no sabía qué hacer. Pasaba el dinero a la bolsa con desgana, pero lo pasaba. El de la puerta parecía un tipo duro. El de la escopeta tenía pinta de macarraza de barrio. Y el jefe de sucursal, ahí, quieto como un pavisoso y dejándose atracar. ¿Dónde vamos a ir a parar? Finalmente resolvió su duda dejando el heroísmo para otra ocasión. Cuando terminó le devolvió la bolsa al Jambo. Había cierto desprecio en el gesto. Pero el Jambo, que se estaba creciendo por momentos, señaló con la recortada el armario dónde sabía por Ana que estaba la caja fuerte y ordenó al oficinista que llenara la bolsa con su contenido.

—Tarda tiempo en abrirse —le informó el empleado, creyendo de verdad que estaba cerrada.

—¡Venga, acelera! —gritó Gonzalo al creer que venía alguien.

El Jambo salto el mostrador, se acercó al armario, abrió las puertas, y ¡equilicué! la caja abierta. Cogió los fajos con golosa avaricia.

En eso, una joven entró en la sucursal. Gonzalo creyó que era la amiga del Jambo dando el agua.

— ¡Venga, déjalo todo y vámonos!

El Jambo pensó que Gonzalo había visto a la madera, y cogiendo los últimos fajos, cerró la bolsa de deportes, y saltó el mostrador corriendo hacia la salida. Gonzalo le siguió a todo meter. Aquella huida tan rápida, que ni ensayada, dejó estupefactos a todos los presentes.

A la carrera, los dos atracadores, sin percatarse de que iban armados, se metieron en el coche, delante Gonzalo, y detrás con las pelotas, el Jambo.

En la huida, Alberto jalaba que se las pitaba. Gonzalo gritaba:

— ¿Pero qué pasa? ¿Por qué dio el agua [¹³²] tu tía?

—¿Qué tía?

— ¿No era tu tronca la que entró para que nos diéramos el queo [¹³³]?

—No, mi tronca no entró para nada.

— ¡Me cago en la hostia! —Se lamentó Gonzalo—. Entonces hemos dejado la mitad de la pasta allí.

—No. Sólo quedaban cuatro perras —dijo el ingenuo del Jambo.

— ¿Cómo cuatro perras? ¿Pues cuánto hay en la bolsa?

—Casi medio quilo —respondió el Jambo después de contarlo un poco por encima.

—¡Y por medio quilo nos hemos jugado el tipo! —gritó Gonzalo—. ¡Dijiste que habría un pastón! Uno para cada uno, al menos...

— ¿Y a mí que me cuentas, tío? Lo tendrán en otro sitio. Tú fuiste el que dio el agua.

— ¡Me cago...!

Se callaron. El Jambo abrió la escopeta y sacó los cartuchos, guardándoselos en los bolsos, luego se metió la recortada entre el cinto y los sobacos. Después permaneció atento al tráfico mientras Alberto conducía con gran maestría, rápido pero sin llamar la atención aunque sin respetar los primeros semáforos. Después, redujo y condujo como un coche más. Ni rastro de la policía.

Aquello era un contratiempo para Gonzalo. Esperaba un kilo para cada uno por lo menos. Sólo al amigo Alberto le había prometido cien mil. Por otro lado, el alquiler de la pistola le había costado cincuenta machacantes que había tenido que pedir prestados a Benito —el boss de los billares—, con lo que su deuda rondaba las cuatrocientas mil. Con lo que él pensaba le iba a sobrar después de pagar a Benito tenía previsto abrirse camino en la Costa del Sol, chuleando a la Pepi. Quien le esperaba cerca del cuartel de automovilismo, donde cambiarían de coche. Y nada de miserias con la Pepi. Había que hacer de ella una fulana de lujo. Cuerpo tenía para eso. Pero ahora todo se iba al garete. Con medio quilo no se podía hacer nada. Y

¹³² *Dar la alarma.*

¹³³ *Huida.*

más si tenía que repartir con este majadero. Una cosa sí le había impresionado del Jambo, ¿de dónde rayos habría sacado este gandul la recortada? ¡En menudo barrio vivía el gachó!

Sólo quedaba una solución. A Alberto le pagaría. Eso estaba claro. No quería jaleo con él. De acuerdo que era un bicho, y que lo que decía el Jambo probablemente fuera cierto. Pero conducía de cojones. Quizá hasta se lo podría llevar de matón a la costa, ¿quién sabe? En cuanto al Jambo. Lo sentía por él, pero lo iba a desplumar. Y lo iba a hacer con gran regocijo. Porque nada odiaba más el amigo Gonzalo, que un estudiante metido a obrero rojo. Encima que podían estudiar, se dedicaban a hacer el gilipollas. A él se lo tenían que decir, que no conoció más escuela que la mera calle donde ejercía su madre. Y él, que ni siquiera había pasado por el talego, vestía de traje, tenía un buga y se ganaba la vida en los billares preparando partidas de póquer para peces gordos. Lo de ahora era una mala racha. Una apuesta desafortunada. En fin, que quitarle la pasta al vallecano, le divertía. No dejando de sorprenderle e incluso de inquietarle, primero que conociese a Alberto y que hubiera sido capaz de ligarse una recortada. Sí, ahí había estado hábil.

—Déjame la bolsa que voy a repartir —le pidió Gonzalo al Jambo.

—El que reparto soy yo —le respondió éste con firmeza.

Gonzalo se rió. Saco la pistola, que era una vieja Astra 400 del ejército, de esas que tienen el cañón redondo.

—Eres un pringado, chaval. Anda dame la bolsa o te pego un tiro aquí mismo —le dijo Gonzalo apuntándole. Y así aprenderás a no guardar tan pronto la herramienta.

El Jambo creyó marearse. Alberto se rió a carcajadas. ¡Traidores! ¡Estaban compinchados! Le dio la bolsa lentamente mirándole a los ojos con inquina asesina. Alberto detuvo el coche. Habían llegado. Justo enfrente, sentada en una maleta bajo la marquesina de la parada del autobús, estaba la Pepi. ¡Ella también!

Salieron del coche. La Pepi cogió su maleta y se encaminó al coche de Gonzalo que allí mismo estaba aparcado. Alberto y Gonzalo hablaban sin dejar de mirarle. El Jambo se llenaba de ira, como cuando se sentía engañado en su buena fe. Una ira terrible contra todos y contra él mismo. Pero era inútil toda resistencia. Así terminaba todo. Ana no se había presentado. En el banco sólo había cuatro perras. Y Gonzalo se quedaba con ellas.

Alberto se acercó al Jambo, pequeño, fornido, con el pelo rubio y mal cortado, con sus dientes montados y sus manos de boxeador. Se miraron. Podían haber sonreído pero no lo hicieron. Ambos despacharon rictus amargos, cargados de mutuo odio. Unos segundos

eternos para dejar bien claro que de cuartel nada. Llevaba la Astra en su mano derecha. Alzó el brazo y apuntándole le ordenó:

—Dame la recortada.

El Jambo no prestó atención al estudiante. Le largó una invectiva de urgencia, pues lo que realmente hacía era mirar al coche de Gonzalo.

Gonzalo y la Pepi se besaban dentro del cupé. De pronto, Gonzalo arrancó. ¡Se las piraban incluso sin Alberto!

— ¡Hasta nunca, par de gilipollas! —les dijo antes de desaparecer a toda mecha.

Y en ese segundo los ojos de la Pepi se cruzaron con los del Jambo. No supo si había alguna emoción en ellos.

— ¡Me la follé veinte veces! —gritó el Jambo.

Luego se volvió para Alberto que se había quedado pálido. El brazo caído y el rostro al garete, sin una puñetera expresión humana. El Jambo avanzó un paso, plena la boca de ira ensalivada. Prieta la lengua hasta casi mordérsela:

—Te voy a matar, so cabrón.

Pero no pudo. La pistola cayó al suelo y Alberto salió corriendo...

-17-

La Luna Árabe.

El Jambo volvió al Común caminando. Se lo impuso como castigo a su imbecilidad. Le llevó tiempo. Cuando llegó a su habitación se encerró, escondió la pistola y la recortada debajo del colchón y se tumbó sobre la cama. Se durmió con facilidad. Por la tarde el Rubio llamó a su puerta. El Jambo abrió. Quizá esperaba a Ana.

—¿Qué pasa, tronco? —le saludó el Rubio.

—Nada.

—¿Estás chungo? —se interesó su amigo.

—No.

—¿Sigues mosca?

—Sí.

—Hazte un canuto, tronco— y el Rubio le tendió una china.

Se lo fumaron tranquilamente.

— ¿Sabes la idea que me viene a la cabeza? —dijo el Rubio.

— ¿Qué?

—Si alguna vez triunfamos los comunistas, seguro que no permitimos fumar canutos.

—Si sois los carrillistas, seguro.

Se rieron.

— ¿Sabes? Le fui con el cante al Pater de lo tuyo y la chandé. Ya sabes, lo de las fuscas.

El Jambo no se lo esperaba. En condiciones normales se hubiera tirado al cuello del Rubio, pero ahora le explicaba lo que no entendía, dejando el juicio a la actitud de su amigo para mejor ocasión

— ¿Y que le han hecho a Ana? —gritó—. Seguro que la tenían secuestrada en su cuarto.

—Nada. Según parece la han convencido para que desista.

— ¿Cuándo?

—Pues anoche. Después del jari.

— ¿Y por qué no me dijiste nada?

—No creo que te hubiera hecho mucha gracia.

—Quizá si no me hubieras sacudido a traición...

—Mira, tronco, no sé lo que vas a hacer, pero desde luego no es un acto político...

—Ya lo he hecho.

El Rubio abrió los ojos acojonado.

—Seguro que la has liado.

—Pues no, simplemente he dado un palo a una Caja de Ahorros. Ha sido muy fácil.

—No me digas, ¿eso era?, ¿dar un palo?

— ¿Qué te creías?

—No sé, algo más gordo. Como el FRAP o así.

— ¿Por quién me tomas, por un pirado...

—No tronco, pero cuéntamelo...

Y se lo contó todo con pelos y señales. Lo que dejó al Rubio estupefacto.

— ¡Tío! ¡Qué inconsciencia tienes! Pero ahora hay que dejarse de jarillones. Que esto es muy serio. Afortunadamente la madera no va a relacionarlo con el rojerío. Así que tú como si no hubieras estado. Si llega el caso tendrías todos los testigos que hagan falta. En cuanto al fierro, me lo das y ya hablaremos nosotros con el Tío. Tengo yo ganas, y otros camaradas también, de decirle cuatro palabritas sobre el trapicheo que se trae.

—Y así queda todo olvidado...

—Sí, y si quieres justificar el día, ya te daré un parte de consulta de un médico del Partido.

—Todo controlado, ¿no? —y había cierto sarcasmo en la voz del Jambo.

—Bueno, queda una cosa.

— ¿Qué?

—La titi. No la puedes ver.

— ¡Qué te parece a ti! —y se incorporó airado.

—Sale esta noche para Barcelona. Creo que a un congreso de IC. Mira, tronco, no te cabrees, pero me temía una tontería. Si hubieras sido otro, me la hubiera sudado. Pero

siendo tú, decidí localizar al Pater anoche. Llegamos a un acuerdo, él se ocupaba de la chandé y yo de tu menda. Lo que no sabía era que ibas a dar el palo hoy.

—Tengo que hablar con ella. Y me vas a ayudar.

—No van a querer. Además, supondrán que eres un peligro.

—Me importa un carajo IC. Lo que quiero es que me ayudes a localizarla. Porque tengo que hablar con ella.

—De acuerdo, pero antes dame el fierro.

El Jambo fue hábil para sacar la recortada sin que su amigo advirtiera la pistola.

—Tiene buena pinta —se admiró el Rubio al sopesarlo. ¿Cuánto te pidió el Tío?

Se lo dijo.

— ¡Hijo de puta...!

— ¿Que vas a hacer con él?

—Tirarlo a la calera.

Cuando el Rubio desapareció con el arma, se sintió mejor físicamente. Toda la ira y la humillación que Gonzalo le había hecho padecer se disipaban lentamente. A esta sensación le sustituía el despecho que la actitud de Ana, el Pater y el mismo Rubio le producía. Pero era mucho más soportable, mientras la primera le incitaba a la acción, a la venganza, la segunda lo hundía en la amargura, lo ensimismaba, lo deprimía. Ahí estaba Ana ofreciéndosele en cuerpo y alma no hacía ni días. Y ahí estaba el Rubio, su mejor amigo, salvándole la vida sin permiso. En cuanto al Pater, ese iba a lo suyo, el congreso de IC, para que se integrara en el PCE.

— ¿Y a dónde vamos? —le preguntó el Rubio cuando volvió.

Fueron a casa de Ana en la motillo del Cepero. Conducía el Rubio. La máquina se ahogaba porque ambos eran muy gansos. Antes de entrar al portal. El Rubio le preguntó que si estaba seguro de querer verla.

— ¿Tú estás conmigo? —le preguntó a su vez el Jambo en vez responder.

—Al completo. Ya lo sabes.

— ¿Y si hay que repartir leña, también?

— ¡Tronco, no empieces! Que son buena gente, buenos camaradas.

—Claro, perdéis el culo por el Pater. Militantes de categoría, ¿no?

—A mi me la suda eso. Pero sé que el Pater es un compañero cabal, iy tú también lo sabes, coño!

—Bueno, vamos a subir...

Abrió la puerta Charo, al fondo se oía la voz de Maite. Al reconocer al Jambo quiso cerrar la puerta. El Jambo le dio un empujón brutal, Charo cayó de culo en el pasillo y la puerta golpeó contra la pared. Maite gritó al verlo:

— ¡Salvaje!

— ¡Calma! —pidió el Rubio.

El Jambo se fue para Charo y la levantó con una facilidad pasmosa.

—Tú, tía lista, ¿dónde está Ana?

—No está... —lloriqueó Charo.

—¿Pero, bueno, José?... —le increpó Maite al Rubio, con la familiaridad que se deriva de haber compartido alguna vez la cama.

—Tranquilos, no pasa nada.

— ¿Dónde está Ana? —insistió el Jambo sacudiéndole del brazo a Charo.

— ¡No quiere verte! —chilló Maite rabiosa—. ¡Y suéltala ya!

El Rubio retiró con decisión la presa que el Jambo tenía en el brazo de Charo. Esta se frotó dolorida:

— ¡Bestia!

—No te creo, bruja... —le espetó el Jambo a Maite.

—Yo tampoco —confirmó el Rubio.

Charo se acercó al Jambo. Temía los ojos iracundos del vallecano.

—Olvídala. No arreglas nada con verla. Las cosas son como son. Dentro de un tiempo ya recibirás noticias tuyas. Y además, lo que pretendíais era una locura.

El Jambo fue perdiendo gas. La ira se la llevaba su entrecortada respiración y las palmaditas del Rubio. Hombre de repentinos cambios, salió por una de las tuyas:

Sí la ves —le dijo a Charo—, dile que no se moleste en mandar notitas y menos en ir a verme.

Y volviéndose a su amigo le increpó para que se fueran de allí.

— ¡Tío! —Se exasperaba éste—, ¡estás como una cabra! ¡Desde luego que necesitas unas vacaciones!

Y el Rubio le dio tan fuerte manotazo que el Jambo se volvió iracundo, aún tenía reciente la leche anterior, y sin mediar palabra le largó uno de recibo a los piños, pero el Rubio anduvo listo y la esquivó. Y sonriendo con toda su comprensiva humanidad, se puso en guardia y bromeando contraatacó:

— ¿Qué quieres, tronco, pelea?, venga dame...

Y se liaron a mamporros, venga ir y venir hostiones de amiguete, que duelen pero no matan. Y cuando ya tenían las narices como pimientos, el Jambo tronó a reír, a reír a carcajadas.

— ¡Tronco! —dijo entre risotadas—, me paso la vida recibiendo. Tronco, tronco de la vida...

Al día siguiente dieron la noticia de la muerte de Franco. El gobierno, los fachas, el Arias, la tele y el Borbón no se partieron de risa precisamente. Los militares pusieron en marcha la operación Lucero y la gente no fue a currar. Creo que era jueves. El Jambo fue en busca de la Asun pero no la encontró. El tío Pío le dijo que se había despedido. Estaba desconsolado. ¡Qué iba a ser de él ahora! Y al Jambo le vino a la cabeza que qué iba a ser de ella.

El lunes, cuando la histeria nacional ya había pasado y hasta teníamos un rey de nombre probable Juan Carlos el Breve, el Jambo se despidió del curro, cobró las cuatro perras, lió el petate y se fue al sur, todo lo al sur que su condición de libertad provisional le permitía. Eran malos tiempos para viajar a dedo, y más para un tipo que llevaba una Astra 400 entre la tripa y el pantalón, pero no le importó. Una inmensa Luna Árabe le estaba esperando al filo del Mediterráneo, una amigable, sonriente y evocadora luna. ¡Aquellos tiempos!

Fin de la Luna Árabe de Mike Blacksmith
